

F
ANTONIO DE VALBUENA.

(MIGUEL DE ESCALADA.)

Agridulces

(Políticos

y literarios).

2.ª TOMA.

MADRID: 1893.

ADMINISTRACIÓN: J. LERÍN

MENDIZÁBAL 10.

Precaz
DGCC
A

AGRIDULCES.

II.

+62127
C.1079143

OBRAS DEL MISMO AUTOR

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

	Ptas. Cs.
RIPIOS ARISTOCRÁTICOS (quinta edición) un tomo en 8. ^o	3 »
RIPIOS ACADÉMICOS (segunda edición) un tomo en 8. ^o	3 »
RIPIOS VULGARES (segunda edición) un tomo en 8. ^o	3 »
FE DE ERRATAS DEL DICCIONARIO DE LA ACADEMIA (tercera edición) tres tomos en 8. ^o	9 »
CAPULLOS DE NOVELA, un tomo en 8. ^o ...	3 »
PEDRO BLOT, versión de Paul Feval (se- gunda edición) un tomo en 8. ^o	3 »
HISTORIA DEL CORAZÓN, idilio (tercera edición, de gran lujo con ilustraciones en cada página en varios colores).....	3 50
AGRIDULCES, (POLÍTICOS Y LITERARIOS) (primera toma).....	3 »
(Los pedidos á la Administración: Men- dizábal, 10, Madrid.)	

EN PRENSA.

RIPIOS ULTRAMARINOS.
AGUA TURBIA, novela.

EN PREPARACIÓN.

VIDA DEL BEATO JUAN DE PRADO.
LOS CAZADORES DE DOTES, novela
RATONCITO NOSEMÁS, novela.
DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA.

AGRIDULCES,
POLÍTICOS Y LITERARIOS,

POR

D. ANTONIO DE VALBUENA

(MIGUEL DE ESCALADA.)

(Segunda toma.)



ADMINISTRACIÓN:
J. LERIN.
Mendizábal, 10.
MADRID.



R. 52424

+ 62127
C

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

Imp. Suc. de J. Cruzado á cargo de Felipe Marqués,
Blasco de Garay, 9.—Teléfono 3.445.

LAS OFICINAS

CUENTO..... (DE NUNCA ACABAR.)

(1881)

Que todos los servicios públicos, tal como los han establecido entre nosotros los liberales, son muy caros, no es cuento. Pero tampoco es cuento que son rematadamente malos.

Cuando un ministro liberal de los más célebres (que vale tanto como decir de los peores) exclamó en pleno parlamento en son de amarga queja contra los diputados que pedían economías en el presupuesto de gastos, «¡se quiere vivir á la moderna y pagar á la antigua!» dijo una verdad y una mentira al mismo tiempo. Dijo verdad al decir ó dar á entender que pagar á la moderna es pagar caro; pero al decir ó dar á entender que vivir á la moderna es vivir á gusto, dijo una mentira como una loma.

A la antigua, por ejemplo, una carta ó un encargo cualquiera que iba de Madrid á León

por la galera ó por el maragato, tardaba seis ú ocho días en llegar, pero llegaba de seguro. Mientras que á la moderna, una carta de Madrid á León, que no debe tardar en llegar más que catorce horas, unas veces tarda mes y medio y otras veces no llega nunca.

Para que suceda esto último basta que algún mal empleado del ramo sospeche que la carta lleva sellos de correos ú otro valor cobrable.

Para que suceda lo primero no se necesita más sino que algún empleado del ramo no sepa lo que trae entre manos, caso muy frecuente, y mande la carta á Cuba ó á Puerto Rico.

Y en cuanto al encargo, si por casualidad es un cordero, ó algún otro artículo de gusto, ni siquiera se da la alternativa de llegar tarde ó no llegar, sino que de seguro no llega.

Para lo cual basta conque á los empleados del ferrocarril les guste el cordero.

Mas dejando á un lado por ahora el servicio de correos y el de encargos, que son tan malos por lo menos como todos los demás, vámonos de oficinas.

En cualquiera de las del Estado que entren ustedes, si les deja el portero, especie de bajá de tres colas, de las cuales una por lo menos merecía que fuera natural, hallarán en cada habitación lo menos tres mesas, y en cada mesa dos empleados, total seis.

Uno de estos suele estar escribiendo.

Los demás no escriben, pero se entretienen: éste pasa la vista á un periódico ó á dos; aquél lee los chistes de un almanaque, y otros tres ó cuatro mantienen sobre la función del teatro de Apolo de la noche anterior animada polémica en franca y amigable tertulia.

—Esto sí que es bueno—exclama de pronto el que lee el almanaque:

—¿Cuántos años tiene usted?...

—Cincuenta y cuatro—responde algo sobrecogido por el tono de la pregunta, un pobre hombre que está esperando hace hora y media á que le despachen un expediente.

—¡Ah! usted dispense, no hablaba con usted—dice el empleado lector; y continúa leyendo:

«—¿Cuántos años tiene usted?—preguntaba un escribano á una señora viuda que se presentó á ratificar una declaración en un pleito.

—Treinta y uno—contestó resueltamente la interpelada.

—Señora, no puede ser—la replicó el escribano, que tenía su primera declaración á la vista;—hace siete años dijo usted la misma edad. (En España cualquier pleito dura siete años).

—¡Ah! Es que no crea usted que soy de esas mujeres que hoy dicen uno y mañana otro: yo soy muy constante.»

Hilaridad general en la oficina: grandes carcajadas en que toma parte hasta el em-

pleado que escribe: todos menos el que espera por el expediente, que no ha encontrado al cuento maldita la gracia.

Continúa la sesión con las mismas tendencias: la polémica bufo-lírico—bailable se va animando.

Otro infeliz de los que pagan todos estos regocijos burocráticos, entra á preguntar por otro expediente, y á una seña del empleado que lee el almanaque, se sienta á esperar turno.

—¡Hombre! que me han equivocado ustedes—dice entre risueño y mal humorado el empleado que escribe;—por poner la *Provincia* he puesto la *Pinchiara* (la *Pinchiara* es una bailarina).

Nuevas muestras de regocijo en que casi se ven obligados á tomar parte los dos paganos espectadores.

Y así sucesivamente.

Vale Dios que los trámites para arreglar en una oficina un asunto cualquiera, son sencillísimos, que si no ¿á dónde iba á parar?

Me acuerdo de una vez que un amigo mío que vivía en Bilbao, me enarcgó pagar en León el canon de una mina. De lo que no me acuerdo, ni es posible acordarse, es de los trámites y requisitos que fueron menester para verificar el pago.

Volantes, órdenes, tomas de razón, registros, firmas, sellos, cargarémenes..... A la

media hora tenía ya tal barahunda de todas estas cosas en la cabeza, que no sabía por donde andaba.

Y todavía puede decirse que no había comenzado.

En la vieja corte de Ordoño II y de otros muchos reyes, están casi todas las oficinas en un magnífico y destartalado palacio edificado en el siglo XVI por un señor Guzmán, que era Obispo de Calahorra (1), palacio que pertenece al marquesado de Toral de los Guzmanes, unido en estos últimos tiempos al ducado de Uceda, y que se conoce en León con el nombre de *Casa de los Guzmanes*. (2)

La Tesorería está en el entresuelo, el Gobierno Civil y el despacho del Jefe económico en el principal, y la sección de propiedades en las guardillas. Y desde ahora declaro que si no subí las escaleras doscientas veces para

(1) Cuéntase que hablando este Obispo con el Rey D. Felipe II, y no sabiendo cómo ponderarle la magnificencia del palacio que estaba haciendo en León, le dijo:

—Figúrese V. M. cómo será el palacio, cuando sólo el *yerro* que lleva en rejas y balcones me ha costado seiscientos mil maravedises..... ¿Qué le parece á V. M.?

—Páreceme demasiado *yerro* para un Obispo—le contestó con gravedad el monarca.

(2) La Diputación Provincial de León ha adquirido este palacio pagando por él una cantidad dos ó tres veces mayor de la que esperaba percibir su dueño; y después la misma Diputación, fiel mantenedora del *yerro* del Obispo, ha gastado en la restauración otra cantidad enorme, que unida á la primera, hubiera servido para hacer un buen palacio provincial de nueva planta, y además, unos cuantos caminos, de que casi en absoluto carece la provincia.

pagar doscientos veintidós reales, no las subí ninguna.

Pues ahora figúrese cualquiera de mis benévolo lectores que vive en Madrid, cosa fácil, por más que sea cara, y figúrese que es abogado, lo cual en sí, no siendo á la vez fusionista ó conservador, es lo mismo que no ser cosa ninguna, y que un condiscípulo suyo liberal que acaba de ser nombrado Juez de primera instancia de un villorrio, le ruega desde allá que haga el favor de sacarle y remitirle el título.

Al encargante le parece que no hay más que llegar y besar el Santo, y lo malo es que al encargado le parece lo mismo; pero lo peor es que ambos se equivocan de medio á medio.

Por de pronto, póngase usted en marcha para el ministerio de Gracia y Justicia...

Si desde que nos despedimos al final del párrafo anterior ha llegado usted al Ministerio, suba usted muchas escaleras, y pregunte usted á dónde debe usted dirigirse en busca del título de su amigo. Primero habrá dos ó tres porteros que no le darán á usted razón, hasta que ya un poco más adentro habrá otro que tampoco se la dará, pero no le dejará á usted pasar adelante.

Insiste usted un poco ó un mucho, según lo necio que sea el portero, y tras una obstinada media pelea, logra usted andar por pasillos oscuros á santa acierta ó santa yerra y

dar al fin con un empleado que se marcha y le orienta á usted deprisa y corriendo...

El resultado es que ya en una oficina le han dado á usted un papel y le han dicho: «Vaya usted con esto á la Cancillería».

Cuando sale usted con *aquello* para ir á la Cancillería, le sale á usted al encuentro otro portero muy amistoso que le dice á usted:

—¡Hola! ¿ya le han dado á usted la minuta?... Pues ahora tiene usted que ir con ella á la Cancillería para que pongan la orden y después... Mire usted, después es muy complicado, vamos, cuestión de muchos trámites y muchos paseos y... ¿sabe usted? lo que suelen hacer los señores que vienen por títulos es encargárnoslos á nosotros: nosotros corremos con todo y luego nos dan cinco ó seis duros ó lo que tienen por voluntad.—

Y como la buena educación de usted no le permite gravar á su discípulo en cinco ó seis duros sobre el coste del título, y tampoco le hace á usted gracia pagar de su bolsillo esos cinco ó seis duros ó *lo que tenga por voluntad*, con tal que sean lo menos siete, no se da usted por entendido de la indirecta, y le dice usted:

—¿Con que ahora á la Cancillería?

—Sí, señor—contesta el *procurador* que le acaba de salir á usted—ahora á la Cancillería para que pongan la orden, pero tardarán mucho en ponerla... Yo podría hacer que la pu-

sieran antes... Si quiere usted que la pongan antes...

—Sí, señor—le contesta usted ya un si es no es mal humorado—yo quiero que la pongan antes, todo lo antes posible, pero no quiero que lo haga usted, sino el empleado que debe hacerlo.

Con lo cual el oficioso servidor se amostaza y se va, dejándole á usted solo, y usted se dirige á la Cancillería.

Sino que, con todas estas bromas, se ha hecho un poco tarde; no falta ya más que hora y media para concluir el tiempo señalado de oficina, y el señor canciller se ha marchado. Vuelva usted mañana.

Ya es mañana, ó mejor dicho, es hoy, de suerte que puede usted volver á la Cancillería, seguro de encontrar al señor canciller, si acaso no está constipado ni se ha ido de caza.

Y suponiendo que se le ponen á usted bien las cosas, entrega usted la minuta y le dan á usted palabra de que la orden estará puesta para dentro de ocho días.

Quien dice ocho, dice nueve; usted vuelve á los diez y todavía no está, pero está á los once.

La orden es para que en la Administración económica le reciban á usted el pago de los derechos (como si en el recibir hubiera engaño), y tiene usted naturalmente que presentarla en la Administración económica de la

provincia, que afortunadamente no está muy lejos del Ministerio.

Pero como si lo estuviera; porque es el caso que estamos en verano, y las horas de oficina son en Gracia y Justicia por la mañana y en la Económica por la tarde, de modo que ahora tiene usted que irse á su casa y volver á la Económica luego, por la fresca, á eso de las tres y media de la tarde.

Supongamos que vuelve usted y que no se asfixia en el camino (que lo que es esto último no es suponer poco): ya no tiene usted más que subir á las oficinas, y preguntar por *lo territorial*, enseñar allí el papel, andar un rato rodando de una mesa á otra, hasta que por fin un empleado coge la orden y *toma razón* de ella. Hace luego unas sumas de pesetas y céntimos y le manda á usted traer de la tercena papel de pagos por valor de tanto más cuanto. Va usted á la tercena, compra usted su papel, vuelve usted á subir con ello á la Administración económica, brujulea usted por los pasillos, consigue usted llegar á lo territorial, y efectivamente aquel día ya no se le despacha á usted porque se ha hecho tarde.

Vuelva usted mañana.

Que, eso sí, al día siguiente ya se le despacha á usted sin más demora que la necesaria para que un empleado arregle un sello con las mitades limpias de dos usados, y

amén de ir á otro departamento á buscar una firma y á otro á poner un sello, le entregan á usted la mitad del papel, ni un centímetro menos, y se vuelve usted con ello tan cam-pante al Ministerio de Gracia y Justicia.

Sólo que, como es por la tarde y allí las ofi-cinas son por la mañana, tiene usted que irse á descansar para la jornada siguiente.

La cual empieza por una expedicioncita al ministerio, donde probablemente no estará el canciller, porque no por fuerza había de es-tar todos los días; pero, en fin, á otro día ya está, porque no había de faltar todos los días tampoco, y le dice á usted que necesita usted llevar sellos de pólizas, dos de á tres reales y uno de noventa, cosa que se le olvidó advertir á usted el día anterior, pero que tiene remedio, y es, darse otro paseito á la tercena.

—¿Ha traído usted ya los sellos de pólizas?

—Sí, señor.

—Pues ahora ya no faltan casi más que otros tantos trámites como los referidos para que salga el título hecho y derecho.

—¡Caramba! ¿Otros tantos?...

—Sí; otros tantos, ó muy pocos menos; no lo dude usted.

Pero no es fácil determinar el día en que podrá usted volver por él para llevarle otra vez á la Administración Económica á que tomen otra vez razón, y volver á Gracia y Jus-

ticia á que le pongan otro sello y cumplir otro montón de requisitos inútiles...

No es fácil, digo, determinar el día en que podrá usted venir por él, porque tan pronto como un empleado concluya de escribir una carta de cuatro carillas con cruzados, que probablemente será para su novia, levantará la cabeza, y le dirá á usted que la Corte está, por ejemplo, en la Granja, y el Ministro en Burgos, y que hay que llevarle allá á la firma.....

Conque... hasta sabe Dios cuándo.

CINCO DÍAS EN GLOBO.

(ARTÍCULO DISTRAÍDO.)

(1882.)

¡Me río yo de Julio Verne!

Y voy á decir á ustedes por qué.

Cinco semanas en globo, nada menos, necesitó viajar con sus lectores el extravagante novelista *científico* para enseñarles por junto media docena de disparates más ó menos ligados entre sí por una docena de hipótesis absurdas.

Esto es un hecho.

Pues ahora verán ustedes cómo, en solos cinco días que viajemos juntos ustedes y yo en el *Globo* cautivo y posibilista de la calle de San Agustín, les enseño á ustedes más disparates y (aunque sea ponderación) mayores que los que en las *cinco semanas* supradichas enseñó á sus lectores aquel presuntuoso vulgarizador de la ciencia.

¡Ea! á la barquilla y que nos vayan dando cuerda sin cuidado.

Vamos subiendo. El primer día es, por ejemplo, el 16 de Setiembre. No miren uste-

des á fuera; miren ustedes solamente al *Globo*. ¿Qué ven ustedes?

—Una portada gótica.

—Es verdad. La catedral de Palma.

El *Globo* es un periódico *ilustrado*, vamos al decir, un periódico con estampas; y un periódico de esa índole tiene que reproducir monumentos. Y como la revolución no tiene monumentos que reproducir porque no ha hecho otra cosa más que ruinas, *El Globo*, periódico revolucionario, se halla condenado á tener que reproducir monumentos de los tiempos del oscurantismo de que dice pestes á cada paso; de la Edad Media, á la que un día sí y otro también suele llamar ignorante y bárbara.

Y la más negra de todas es que la mayor parte de los monumentos que tiene que reproducir son catedrales, templos consagrados al culto católico de que abomina... ¡Vamos! ¡Había para echarse un cordel antes que incurrir en semejantes contradicciones! ¡En una columna cantar las bellezas de una iglesia, y en la otra clamar porque todas sean derribadas....!

El Globo es así.

El artículo explicativo de ese grabado que han visto ustedes, contiene cosas como la que sigue: «La Catedral es el primer monumento que debe visitar el viajero al desembarcar en la hermosa capital de las Baleares.»

¡Ave María Purísima!

Día segundo, ó día 17, que es lo mismo.
¿Qué ven ustedes?

—Una mancha negra.

Es verdad, una mancha que *El Globo* quiere que sea *el lago de la Albufera*, sin que debamos poner empeño en contradecirle: lo mismo puede ser ese lago que cualquier otro, ó un pedazo de cielo, ó una tierra de pan llevar. Es un dibujo, al poco más ó menos, de la misma escuela que el tan conocido que representa á San Roque detrás de una tapia. Cuatro rayas en cuadro que figuran la pared: una raya por arriba que es el bordón que asoma por encima de la tapia, y otra raya por un lado, que es el rabo del perro.

En suma, el grabado de este día es de lo más sencillo.

Mas como *El Globo* sobre cualquier cosa, por simple que sea, tiene habilidad para decir un disparate, la explicación de este grabado la comienza con estas palabras: «Llegando á Venta de la Encina, punto en que *bifurca* el ferrocarril de Madrid.....»

Cualquiera que supiera castellano diría que el ferrocarril se bifurca; pero *El Globo* no es ese cualquiera, y dice *bifurca*. Por la misma razón, es decir, por la misma ignorancia por la que un poco más adelante habla de un río próximo á *desbordar*, debiendo decir á *desbordarse*; porque desbordar será en buena razón

deshacer bordados, pero no salirse de los bordes. Ese verbo aplicado á los ríos, no es activo transitivo, sino reflexivo, y así no habrá oído decir *El Globo* un río *desbordante*, sino un río *desbordado*.

Y no importa que acaso en alguna edición del Diccionario de la Academia se encuentren alguno de esos verbos en la acepción en que los usa *El Globo*. Porque el Diccionario de la Academia no dice más que desatinos.

Ahora dejen ustedes á *El Globo* desbordándose y bifurcándose, y no lean ustedes el artículo que sigue á la explicación del grabado, que se titula *La Providencia*, y es un diatriba cursi contra la Providencia. Chiste no tiene ninguno; pero tiene una blasfemia casi en cada palabra.

Y váyase lo uno por lo otro.

Amanece otro día. ¿Qué es lo que ven ustedes el día 18?

—Otro pedazo de iglesia.

¿A ver? ¡Ah, sí! Es, según dice el rótulo, *una parte* de la catedral de Salamanca.

No lo echen ustedes á mala parte, y lean, si pueden, las explicaciones, donde no encontrarán nada de sustancia, pero encontrarán la gramatical noticia de que «el día 25 de Mayo (1560), se celebró el primer oficio con la pompa y *solemnidad* que á tales *solemnidades* se acostumbraba á dar en aquellos tiempos de.....» *solemnidad*. Así debió haber con-

cluído *El Globo* para juntar siquiera tres solemnidades; por si las dos primeras no se hallaban bien solas y tenían miedo. A bien que ahí está, para hacerlas compañía, *El Globo*, que es un periódico..... ilustrado de solemnidad.

Un poco más abajo ya habla de una torre, y aunque no la llama *solemne*, la levanta un falso testimonio, de esta figura:

«Sobre esta torre hay una *inmensa* campana, cuyo peso no se ha podido calcular hasta ahora.»

¡Bueno! ¡Pero eso de estar la campana *inmensa*, no en la torre, sino precisamente sobre la torre!...

¡Ni aunque *El Globo* hubiera traducido también ese artículo del francés!

Como otro que se ve un poco más adelante, y que por titularse «un Congreso *anti-simitico*», parece al principio que va á tratar de algún congreso contra las monas; aun que después ya se conoce que habla de un congreso contra los judíos, á los que defiende *El Globo* á capa y espada.

Sin perjuicio de hacer constar que «el señor Sœcker *depositó* ocho proposiciones en este sentido». No les importe á ustedes saber en cuál; lo que importa saber es que el señor Sœcker *depositó* ocho proposiciones.

La traducción del francés no puede estar más declarada.

Ni peor hecha.

La que sí suele estar peor hecha todavía es una sección nueva que tiene *El Globo* con pretensiones (nada más que pretensiones) de graciosa, titulada *dimes y diretes*. Véase la clase:

«Un centinela del Saladero ha hecho fuego sobre un bulto que andaba por el tejado. Creyó que era un preso que se escapaba y resultó un gato. Se conoce que ese centinela ha venido al mundo hace pocos días porque ignora lo que todo el mundo *sabemos*. De los gatos no se escapa ni uno. De los presos se suelen escapar varios. ¡Si los presos fueran gatos!»

¿Qué?... ¿No se rien ustedes de la gracia? Pues no hay más.

Conque léanlo ustedes otra vez á ver si la encuentran.

Hay ofrecida una gratificación.

Otro día...—¿Ven ustedes?...

—Una mancha negra con picos.....

—Sí; es, ó quiere *El Globo* que sea, el alcázar de Segovia.

El grabado no es muy allá, que digamos, pero la explicación es bastante más mala. En primer lugar se conoce que es vieja; es de antes de la quema y está un poco arreglada para después. En segundo lugar se conoce que el exordio ha sido cogido de un lado y la descripción de otro; porque el exordio y la descripción están en desacuerdo.

Primero dice que Segovia es en nuestra patria la genuina representación del arte cristiano, y que no tiene, como Toledo y Sevilla, á un lado el arte arábigo y el cristiano á otro, añadiendo que «Segovia es en todos sus monumentos netamente católica».

Y después dice que el Alcázar «recuerda la importancia que el arte arábigo tuvo en España».

Pero lo bueno de la explicación de *El Globo* es esta tirada de versos:

«El Alcázar de Segovia
ha sido un monumento
que antes que todo imponía
y aun hoy sus ruinas imponen
veneración y respeto.....»

El segundo verso no deja de ser defectuoso; mas para ser de *El Globo* puede pasar. A los demás no hay nada que pedirles: casi ni aun el asonante les falta. Y para haber sido hechos así sin querer..... son demasiado buenos. Es verdad que si *El Globo* se pusiera de intento á hacer versos probablemente los haría peores.

Y con esto vamos á llegar al término de nuestro viaje. Hemos andado cuatro días y yo no he prometido viajar con ustedes más que cinco. ¿Qué ven ustedes el quinto día?

—Una cosa que á primera vista parece la cimbría de un puente, aunque después, fiján-

dose mucho, se conoce que debe ser el interior de una iglesia.

—Así es. El rótulo del artículo explicativo, dice: *La colegiata de Vitoria*. Pero ¡fíense ustedes de rótulos!...

El dibujo ya es de suyo infeliz, pues á más de no dar idea del edificio tiene, entre otros detalles, un caballero, dos señoras y una criada que parecen estar rezando, el primero de los cuales está en pie con capa y botas de montar, y los alaveses no suelen ir así á la iglesia.

En cambio la letra, ó sea la explicación del grabado no deja nada que desear... por lo ridícula.

El Globo empieza llamando á la catedral de Vitoria colegiata, y concluye llamándola colegiata. Y es sin duda que ha tomado su explicación, mala y todo como es, de algún otro periódico *ilustrado* anterior al año sesenta y dos, á la creación de la diócesis de Vitoria. *El Globo*, á fuer de amigo de los adelantos y del progreso, vive veinte años atrasado.

No es mucho.

Comienza la explicación que se ha apropiado *El Globo* con la vulgaridad de que Vitoria es una ciudad bonita, pero que no tiene monumentos artísticos, y añade:

«Las parroquias de San Pedro y San Miguel, el convento de la Concepción (¿?) y la iglesia *colegial* ó *Colegiata* de Santa María,

son en efecto y en rigor, los únicos edificios sagrados dignos de mencionarse.

»Algunas palabras acerca de la *Colegiata.*»

Estas palabras se reducen á una descripción pobre y chabacana del templo, sin traer mención de los *arcos de miedo* que tienen todos los pares de columnas de la nave central y del crucero, que para cualquiera que no describa sin ver son muy de notar, por lo que deslucen el edificio.

Tras de esta descripción, dice *El Globo*:

«La dignidad y categoría colegial de esta iglesia fué heredada de la antigua catedral de Armentia.»

Y con esto empieza á hablar de «*las intrigas y manejos* de los prelados de Calahorra», de «la comezón de aspirar á más elevado puesto» que aquejaba á los «arcedianos de Alava», de los «inquietos obispos calagurritanos» que «miraban con hondo recelo al arcediano», el cual «odiaba entrañablemente al obispo», etcetera, etc., es decir, con otro montón de paparruchas y simplezas impertinentes, pero sin decir una palabra que dé á entender al lector ignaro que la colegiata de Vitoria hace unos veinte años que es catedral. Nada. Refiere cómo la colegiata de Armentia fué trasladada á la iglesia parroquial de Santa María de Vitoria, y concluye:

«Así fué cómo heredó la dignidad colegial la iglesia de Santa María de Vitoria, y así

cómo tuvieron fin los celos y rivalidades en que los venerables ministros supradichos andaban enzarzados.»

Y así cómo la ignorancia de *El Globo* deja á sus lectores en ayunas de que la colegiata pasó á catedral. ¡Vayan ustedes á hacerles creer á los militares de poca graduación y á los estudiantes de poca aplicación, que son los que ordinariamente se *ilustran* en *El Globo*, vayan ustedes á hacerles creer que la excolegiata de Vitoria no está siendo todavía colegiata!

Verdad es que en cambio creerán que hay en España una ciudad que se llama Galicia.

Porque en la sección de noticias de provincias del mismo día, lleva *El Globo* un epígrafe de letras egipcias que dice: *Galicia*; y pone inmediatamente debajo:

«Escriben de dicha capital.»

¡Lo que es en verdad una *dicha capital* es leer *El Globo*!

Para no enterarse de nada.

ROBO CON FRACTURA

(1886)

I.

Publícase en Barcelona un periodicucho semanal, de esos que llaman *ilustrados*, con el título de *La hormiga de oro*.

El título, como ven ustedes, no puede ser más risible ni más extravagante.

Pero conociendo al inventor, que es pequeño y tan aficionado á metalizarlo todo, hasta las cosas más espirituales y santas, que ha hablado de la *Misa de plata* de un obispo, aplicando á las misas la frase que los franceses aplican á las bodas, ya el título, si no deja de ser risible, á lo menos parece adecuado.

Tanto más, cuanto que el tal periodiquillo neo, que también es diminuto como su director, viene á ser una hormiguita para su casa, ó para casa de los padres, como se suele decir de las amas de cría.

Comienza invariablemente *La Hormiga* por una *crónica hebdomadaria*, que escribe desde

Madrid un tal *Lupercio*, cuyo verdadero nombre es *Leandro* y el apellido *Herrero*, no sé si porque *yerra* con una constancia digna de cualquier otro mejor oficio.

Político de buena composición, fué redactor de *El Fénix* de Ceferino Suárez Bravo, é hizo desde allí fiera campaña contra el carlismo y en favor de la Unión Católica. Mas como las cosas mestizas no fueran muy bien, y *El Fénix* suspendiera los pagos, abjuró don Leandro de la mesticería echándose á los piés de don Cándido Nocedal, y andando el tiempo entró en la redacción de *El Siglo Futuro*.

Empeñábase allí en echar latines, y como no había estudiado bastante, le salía una especie de latín aproximado, con cada disparate que cantaba el credo.

Había oído decir, por ejemplo, *coram populo*, pero no lo había oído bien, y siempre decía *coram populi*, figurándose que *del pueblo* debía traducirse al latín *populi*, en genitivo.

Fué menester, cumpliendo una obra de misericordia, enseñarle que se decía *coram populo*, y en cuanto lo supo, ya no dejaba la frase de la boca, es decir, de la pluma.

Así es que por entonces le dedicó un periódico este suelto:

«Desde que el redactor de la política de *El Siglo Futuro* ha aprendido que no se dice *coram populi*, sino *coram populo*, no hay día que no nos encaje este latín, venga ó no venga á cuento.

Anteayer escribió lo siguiente:

«El cual (*El Noticiero*) ha declarado *coram populo* que, como Pidal tratara de ponerle el bonete... se armaría la gorda.»

»Copió esto *El Globo* ayer mañana, y anoche, con la disculpa de dar á conocer el comentario de *El Globo*, vuelve el redactor de *El Siglo Futuro* á decir lo mismo:

»El cual (*El Noticiero*) ha declarado *coram populo* que, como Pidal tratara... etc.»

«Bueno... Basta.

Nos damos ya por enterados y no tenemos inconveniente en hacer constar que ya sabe el redactor de *El Siglo Futuro* decir *coram populo*.

Pero que conste también que lo sabe desde que se lo hizo aprender de un estacazo Venancio González en sus *Ripios*.

La letra con sangre entra.»

Nada más natural que el que un escritor de la clase de D. Leandro ó de *Lupercio* escriba la *Crónica hebdomadaria* del periódico de Llauder, por aquello de que Dios los cría y ellos se juntan.

Pero es el caso, que este verano último el señor *Lupercio* tuvo que tomar baños para curarse una dolencia crónica, y como si los lectores de la *Hormiga* tuvieran la culpa, les encajó en varios números del mes de Setiembre una relación de su viaje.

Empieza diciéndoles que no viajó por lujo, sino por la ley de la necesidad, que adquirió la dolencia en largos años de labor literaria, que no puede dormir en el tren, con otras cosas igualmente importantes; y tras de hablar-

les de «las termas de Caldas de Oviedo», lo cual no está bien, porque *termas* y *caldas* viene á ser una misma cosa, la emprende con los *viajeros dormilones*, de los que dice que «es posible que no abran el ojo desde Robledo de Chavela hasta la segunda corte de la monarquía de la reconquista, sin darse cuenta de que han pasado por Valladolid y Palencia», y añade: «Pero en León, *si no van á Galicia*, tienen que despertar á la fuerza, avisados por los gritos del mozo de la estación que anuncia el cambio de vía.»

«Si no van á Galicia...» Es decir, que si van á Galicia no les despiertan los gritos del mozo de la estación... que deben ser unos gritos muy especiales.

Como que sólo despiertan á los que van á Asturias.

A menos que lo especial no sea la manera de construir que tiene *Lupercio*.

Pero dejemos estas menudencias para que se enteren ustedes de que *Lupercio* se pone enseguida á describir la ciudad de León y sus monumentos más ilustres, sin haberlos visto, por supuesto, porque esa es la gracia.

Es decir, la gracia principal no es esa; porque esa gracia, y me refiero á la de copiar, la tienen muchos: la gracia principal es la de copiar sin entender las cosas, y hacer ensalada con ellas y trabucarlas: esta es la gracia especial de D. Leandro.

No crean ustedes que tuvo que ir muy lejos á proveerse de la erudición que vende como suya á los *hormiguistas dorados*, no: no hizo más que comprar un ejemplar del *Viaje descriptivo de Palencia á la Coruña*, de don Ricardo Becerro de Bengoa; libro que se halla en las librerías de las estaciones, buscar en él la parte referente á León, leerla deprisa y no entenderla y copiarla servilmente cambiando alguna palabra que otra y... cátense ustedes á todos los lectores *hormigueros* tan creídos de que es un pozo de erudición su cronista.

Para que se vea el robo con más claridad, voy á poner apareados algunos párrafos del libro del ilustrado catedrático de Palencia y de la *Crónica de Lupercio*:

El libro de Becerro.

«Las torres, los palacios, las murallas, nos están contando á voces la historia de la ciudad, que conserva para orgullo del arte y atractivo de los viajeros, *tres joyas: San Isidoro, la catedral y San Marcos; es decir, tres verdaderos capítulos de la historia de la arquitectura, en sus fases románica, ojival y del renacimiento.*»

La Crónica de D. Leandro.

«Para mayor estímulo de los apetitos patrióticos, descúbreanse desde la estación los tres grandes monumentos arquitectónicos de la ciudad coronada, *joyas riquísimas de la piedad y del arte.... Tales son, San Isidoro, la catedral y San Marcos, tres capítulos en piedra de la historia del arte románico, ojival y del renacimiento.*»

Hablando de la catedral, dicen:

El libro de Becerro.

«La catedral de León es un ejemplar del gusto ojival primitivo que dominó en Francia en la primera mitad del siglo XIII, y que no se implantó en España hasta la segunda. París, Chartres, Laon, Mans, Dol, Reims, Coutance, Troyes, Amiens y otras ciudades, guardan espléndidos monumentos de aquellos cincuenta años, en los que dejaron impresa la inmortal huella de su genio los maestros laicos Juan de Chelles, Roberto de Luzarches, Roberto de Coucy y otros... En aquel período, pues, en que el maestro Villard de Honnecourt escribía su *Album monumental*, cuando las atrevidas construcciones de Reims y Amiens, dieron la norma á los maestros para llevar por todas partes el espíritu de los nuevos templos ojivales, León empezó á ver alzar su grandiosa iglesia.»

La Crónica de D. Leandro.

«Esa catedral es un ejemplar del gusto ojival primitivo que dominó en Francia desde mediados del siglo XIII, y que se implantó en España antes de concluirse aquella centuria. En París, Chartres, Laon, Mans, Dol, Reims, Coutance, Troyes y Amiens, existen preciosos monumentos de aquella mitad de siglo, en los cuales dejaron impreso el sello de su genio inmortal los maestros Juan de Chelles, Roberto de Luzarches y Roberto de Concy. En aquel tiempo, cuando Villard de Honnecourt escribía su *Album monumental*, cuando se propagó el espíritu de los nuevos templos ojivales, empezó á construirse la grandiosa catedral de León.»

¿Verdad que de este modo es cosa muy fácil hacer descripciones? Poner *sello* donde dice *huella*, poner *mitad de siglo* donde dice *cincuenta años*, poner *tiempo* donde dice *período*, suprimir la palabra *láicos*, que había puesto Becerro por un resabio progresista, y con muy pocas variaciones más, tan sencillas como estas, resulta un artículo hecho y derecho.

O por lo menos hecho y cobrable, que para el caso viene á ser lo mismo.

Mas no crean ustedes que el oficio no tiene sus quiebras. Copiando sin sentido común y sin conocimiento de las cosas, es facilísimo, al tratar de hacer una variación, hacer una plancha.

Especialmente si es *herrero* el que forja.
Verán ustedes una.

Habla Ricardo Becerro en su libro de la nueva y hermosa calle de Ordoño II, por donde se entra en la ciudad saliendo de la estación del ferrocarril, y dice:

«Sin ciertas fatalidades que pesan sobre todos los pueblos, *esta línea de construcción moderna*, hubiera ido á *parar al pie de la preciosa catedral leonesa*, cuyos chapiteles y fachada la cierran casi de frente; pero álzase en el intermedio, además de algún grupo de casas, el palacio de los Guzmanes; que imposibilita la realización de tan bello deseo».

Leyó esto don Leandro sin enterarse bien, creyó que lo de *línea* se refería al ferrocarril,

y al ferrocarril encajó el párrafo, sin omitir ni aún el *bello deseo*, en esta forma:

—«Lástima—interrumpió una señora—que no podamos ver completa la fachada.

—Sí que lo es. La *línea férrea* debía pasar al pie del famoso templo leonés; pero álzase en el intermedio el palacio de los Guzmanes y una barriada de casas, lo cual impidió realizar *tan bello deseo*».

¡Pero hombre! ¿Dónde ha visto usted que las líneas férreas pasen al pie de las catedrales, por enmedio de las poblaciones? ¿Ni quién había de haber tenido el *bello deseo* de arrasar á León para llevar el ferrocarril por lo que es ahora plaza de Regla?

Otra vez entérese usted mejor de las cosas, señor don Leandro, y cuando no pueda usted resistir la tentación de hurtar, hurte usted sin romper ni fracturar nada.

Para que no sea robo con fractura.

II.

Es muy posible que si á *Lupercio* se le pidieran explicaciones de sus rapiñas literarias contestara de una manera parecida al otro del cuento:

—¿Paréceles á ustedes cosa tan fácil hinchar una *hormiga*?—

Y la verdad es que, aun cuando las hormigas son muy pequeñas, hallándose completamente vacío y exhausto de conocimientos el hinchador, no debe ser la empresa tan sencilla como parece.

De aquí, la necesidad de acudir para llenar columnas, siquiera sean columnas de *hormiga*, á ciertos procedimientos tan cómodos como reprobados. Y que si son de resultado próspero para dentro del hormigal ignaro de los lectores habituales, son contraproducentes y llevan á la picota del descrédito en el instante en que acierta á pasar por junto á las hormigas alguna persona.

Sigamos poniendo de manifiesto el cuerpo del delito.

Había dicho el señor D. Ricardo Becerro en su *Viaje de Palencia á la Coruña*, impreso en 1883:

Dice Herrero en su *Crónica hebdomadaria de la Hormiga de oro*, impresa el 4 de Setiembre de 1886:

«La fachada se compone de un cuerpo central con tres bellas arcadas ojivales de ingreso, apoyadas en pilares sueltos y columnatas, con multitud de estatuas inferiores del último período románico y numerosas esculturas en las respectivas archivoltas, que constituyen una rica colección de modelos de estatuaria y composición de principios del siglo XIII.»

«Porque la fachada... etcétera. Compónese de un cuerpo central, con tres arcadas ojivales de ingreso, apoyadas en pilares sueltos y columnatas, con abundancia de estatuas del último período del arte románico y multitud de esculturas en las respectivas archivoltas, modelos preciosos del siglo XIII.»

Aquí, como se ve, no ha puesto D. Leandro de su cosecha más que el *compónese*, en lugar de *se compone*, la supresión del adjetivo *bellas*, muy bien aplicado por el Sr. Becerro á las arcadas ojivales, el cambio de la palabra *multitud* por la de *abundancia*, para volver á poner luego la *multitud* en lugar de *numerosas*, y el *siglo XIII* en lugar de *principios del siglo XIII*.

Vamos adelante.

El libro de Becerro:

«En el testero de la puerta de la *izquierda* ó del Norte, vése representada la historia de la Virgen; su nacimiento, la Visitación, el nacimiento de Jesús y la Adoración.»

La crónica de Herrero:

«En el testero de la puerta del Norte se ve representada la historia de la Virgen.»

Aquí don *Lupercio* suprimió *la izquierda*, que hace falta... (y con decir que hace falta, ya se sabe que no hablo de *izquierda* del general López Domínguez), porque diciendo sólo *del Norte*, parece que se trata de una puerta que da al Norte, cuando da al Poniente.

Además suprimió la enumeración de las escenas de la vida de la Virgen, enumeración que era necesaria, para completarla después con las que hay al otro lado. Sigamos.

Becerro en el libro:

«Entre los pilares que separan esta puerta de la central, está el rey administrando justicia, como lo indica la inscripción: *Locus appellationis*, que allí se lee.»

Lupercio en la «Hormiga»:

«En el *vano* que separa esta puerta de la central, se descubre al rey administrando justicia según indica la inscripción: *Locus appellationis*.»

Aquí se ha limitado el cronista *hormiguero* á poner *en el vano*, donde el señor Becerro decía *entre los pilares*, en lo cual hizo el hor-

miguero cronista una tontería, porque precisamente aquello no es un vano. Después puso *se descubre al rey* en lugar de *está el rey*, con lo cual también empeoró la cosa un poco. Continuemos.

**El libro del
señor Becerro:**

«Sobre la puerta principal aparece admirable y detallado el cuadro del juicio final: en la pilastra de su centro la Virgen de la Blanca...»

**La crónica de
D. Leandro:**

«Sobre la puerta principal aparecen, bien detallado, el juicio final y una efigie de la Virgen de la Blanca.»

Aquí el Sr. Herrero, por meterse á mundo, poner *aparecen* en lugar de *aparece*, y suprimir luego las palabras *en la pilastra de su centro*, lo echó todo á perder, pues agrupó el juicio final y la Virgen de la Blanca indebidamente, y colocó á la Virgen de la Blanca *sobre* la puerta, cuando más bien está *debajo*, es decir, en el centro.

Nada, señor *Lupercio*, que lo rompe usted todo, y que cada paso es para usted un tropiezo, porque hasta para cometer hurtos literarios se necesita tener más discernimiento que el que usted tiene.—Adelante.

Becerro en el libro:

«.... y sobre la puerta de la izquierda, la Muer-

D. Leandro en la Crónica:

«.... y sobre la puerta de la izquierda la Muer-

te, la Asunción y la Co-
ronación de María».

te, Asunción y Corona-
ción de la Madre de
Jesús».

¡Y aquí que el Sr. Becerro se había equivo-
cado poniendo la *izquierda* en lugar de la
derecha, pues que la puerta de que se trata
es la de la derecha, aquí no quiso D. Lean-
dro suprimir la *izquierda* como allá atrás, sino
que copió la equivocación servilmente!

¡Qué oportuno es este D. Leandro!

Se le figuró que con cambiar á *María* por
la *Madre de Jesús* ya quedaba el párrafo bas-
tante desfigurado, y, en cambio de hacerle
menos armonioso, le dejó el error que tenía.

Otro parrafito.

El libro decía:

«Cierra por lo alto la
línea de estas arcadas
una galería ó antepecho
calado: sobre ella se alza
el muro con hermoso
óculo ó rosetón de pin-
tada vidriería y un gru-
po esculpido de la Anun-
ciación en el piso alto, y
corona este cuerpo un
remate plateresco que
no cuadra al resto de la
obra, y que debe des-
aparecer». (1)

Lupercio dice:

«Una galería ó ante-
pecho calado cierra por
lo alto la línea de arca-
das, y sobre ella se alza
el muro con el rosetón
de *esmaltados vidrios*, co-
ronando este cuerpo un
remate plateresco *in-
digno* del resto de la
obra.»

(1) Ya ha desaparecido.

Aquí, no hizo D. *Iupercio* más que comerse el grupo de la *Anunciación*, y las cuatro palabras últimas. Convertir la *pintada vidriería* en *vidrios esmaltados*, lo cual es casi una barbaridad, y alterar un poquito el orden de las palabras, diciendo: «Una galería ó antepecho calado, cierra por lo alto la línea de arcadas», donde el señor Becerro decía: «Cierra por lo alto la línea de estas arcadas, una galería ó antepecho calado.»

¡Como si el orden de los factores alterara el producto!

¡Ah! Y además llamó *indigno* al remate plateresco de Juan de Badajoz, lo cual no está bien, porque el remate es muy hermoso. Lo que hay es lo que dice Becerro, que no cuadra ó no conviene á la obra, y por eso va á ser sustituido por otro gótico.

Al hablar de las torres se mete á mundo don Leandro y suelta por su cuenta esta tontería:

«¡Oh! muy hermosas. *No guarnecidas de encajes finísimos como las de Burgos.....*» etc. Esto no lo había dicho ni lo podía decir el escritor robado, que sabe que la torre del reloj, ni aun en materia de *encajes* tiene que envidiar á las de Burgos nada; pero este *yerro* le habrá cogido el señor Herrero de otra fragua, ó del taller de algún otro *errador* sin hache.

Luego vuelve á las andadas... y dicen:

El autor del viaje descriptivo:

«Por el costado N. se alza la torre vieja, con contrafuertes, ventanas románicas en su primer cuerpo alto, ojivales en el segundo, sencillo antepecho, sólida aguja y caprichosa crestería y remate ó veleta.»

El cronista de la «Hormiga»:

«La del costado Norte, es la torre vieja con ventanas románicas en el cuerpo primero, ojivales en el segundo, *simple* antepecho, robusta aguja y vistosa crestería.»

Obra de don Leandro en este párrafo: poner *cuerpo primero*, en lugar de *primer cuerpo*, haciendo así la frase más dura; suprimir el epíteto *alto*, que no estaba puesto sin falta de misterio, pues quitándole, parece que la torre comienza desde el suelo á tener ventanas románicas; cambiar el antepecho de *sencillo* en *simple*, es decir, equipararle á cualquiera de sus habituales lectores; cambiar la aguja de *sólida* en *robusta*; la crestería, de *caprichosa* en *vistosa*; y suprimir la veleta. ¡Cuerno, si ha trabajado aquí don Leandro!

Veamos la otra torre.

En el libro de Becerro:

«Por el del S. elévase la elegante torre ojival con el contrafuerte torreón de la escalera, el reloj bajo una simulada ventana, el doble contrafuerte del S. con sus hornacinas y doseletes,

En la «Hormiga de oro»:

«La del costado Sud es la torre ojival con el contrafuerte torreón de la escalera, reloj bajo simulada ventana, doble contrafuerte con sus hornacinas y doseletes, antepecho labrado, ele-

antepecho labrado, con las inscripciones: *María Jesus. Xps. Deus homo. Ave María gratia plena. Deus tecum*; elegantes huecos en dos cuerpos para las campanas y preciosa aguja octogonal *calada, que presta indefinible encanto y poesía á toda la obra.*»

gantes huecos en dos cuerpos para las campanas y preciosa aguja octogonal.

Aquí al doble *contrafuerte del S.*, le quita el *S.*, de modo que si los lectores de la *Hormiga* fueran gente de reflexión, no hubieran sabido qué hacer de tantos contrafuertes, ni dónde colocarlos. Después suprimió el texto de las inscripciones, y por último, al llegar á la «preciosa aguja octogonal», suprimió el *calada*, que, conforme á la verdad, había escrito el señor Becerro. ¡Ya se ve! Si no suprimía lo de *calada* y lo de que «presta indefinible encanto y poesía á toda la obra», que también es cierto, aparecía en contradicción con aquella tontería que se permitió decir más atrás sobre la carencia de *encajes*.

Y sigue.

El libro:

«Al penetrar en el interior de la aérea basilica...»

La crónica:

«Hablar del interior de la aérea basilica...»

¿Pero han visto ustedes qué manera de...
copiar?

Ni en Sierra Morena.

III

¿Han leído ustedes la defensa de don Leandro.....

Pues entonces ya saben que el señor Herro, al verse acusado de robo con fractura, ha escrito una carta al director de *El Progreso*, diciendo que... ¿qué ha de decir el desgraciado? Que sí, que el hecho es cierto, que tuvo á la vista el libro del señor Becerro, y que copió *casi* al pie de la letra *algunos párrafos*...

Casi al pie de la letra...

Precisamente en el *casi* está la fractura; porque si hubiera copiado al pie de la letra sin casi, es decir, sin meterse á hacer innovaciones que resultaron desatinos, la cosa no hubiera pasado de simple hurto.

Sin importancia, á lo que es cuenta, porque también dice don *Lupercio* que ni él ni sus lectores dieron importancia al asunto.

¡Caracoles!

¿Pues á qué darán importancia don Leandro y los lectores de la *Hormiga*?

De todos modos, bueno es saberlo para prevenirse.

Y para no asustarse, si cualquier día entre *Lupercio* y sus lectores solicitan en forma la abolición del sétimo y del octavo mandamiento.

Si es que el infringirlos no tiene importancia.....

Por lo demás, ya habrán visto ustedes que el buen don Leandro ha averiguado que mis artículos resultan *pesados y soñolientos...*

Y además afirma don Leandro, en su buen deseo, es decir, en su mal deseo, que don Manuel Silvela acaba de asentarme en *El Imparcial* descomunal paliza literaria...

¡Pobre
chico!...

Es decir, ¡pobre don Leandro!

Hay que perdonarle, porque ni su ánimo se encontraba en las mejores disposiciones para discurrir, ni ciertas cosas tienen otra mejor defensa.

Y luego, que si la falta de verdad de presentar lo ageno como propio no tiene importancia... ¡buenas noches!

También se engaña don Leandro y engaña á los lectores, cuando les dice que lo de *coram populi* lo hallé en un escrito suyo «publicado á muchas leguas de distancia y del que, por tanto, no pudo ver la prueba».

Alguna vez lo he visto en un periódico de Barcelona, que es al que don Leandro alude; pero también lo ha dicho lo menos cuatro

veces en *El Rigoletto* y en *El Siglo Futuro*, periódicos de Madrid, estando él en Madrid, y viendo ó pudiendo ver las pruebas.

Dispongo de las colecciones, y si se empeña, le daré las citas acotadas; porque yo soy así.

Tengo la debilidad de no decir nada que no pueda probarse, y la de probar todo lo que digo, siempre que alguien tiene la tontería de dudar de ello.

Como puedo probar también, si es necesario, que el señor Herrero era redactor de *El Fénix*, al mismo tiempo que este periódico de Suárez Bravo, se burlaba de don Carlos, y contestaba al dilema de *El Siglo Futuro* de someterse á las órdenes de don Carlos ó rebelarse, diciendo que quedaba otro extremo, el de no hacer caso de ellas.

Dejémosle regocijándose en la paliza que me ha dado don Manuel Silvela, y en las cualidades de *pesados* y *soñolientos* que ha descubierto en los *Ripios Aristocráticos* mientras el público agota las ediciones, y continuemos la tarea de analizar su famosísima *Crónica hebdomadaria*.

Estamos sobre la misma *Hormiga* del 4 de Setiembre último, en la cual, después de haber dicho *Lupercio* de la catedral de León todo lo que había dicho Becerro, pero corregido y estropeado, dice lo siguiente:

«La gran basilica necesita costosa reparación,

empresa acometida por el arquitecto señor Madrazo con éxito satisfactorio; pero como los recursos son pocos y el gasto mucho, la obra marcha á paso de tortuga, *sin que hasta ahora se haya conseguido más que ENTIBAR ALGUNOS TROZOS Y RECOGER LAS AGUAS.*»

¡Ave María purísima!

¡Usted sí que está entibado, señor *Lupercio!*

¡Mire usted que escribir y publicar esas cosas en la última mitad del año 1886, cuando la restauración de la preciosa catedral puede decirse que toca á su término, sin que falte para abrirla al culto apenas otra obra de importancia que las vidrieras!...

¿Y de dónde ha cogido usted ese párrafo, si se puede saber, señor don Leandro?

¿O es que le ha sacado usted de su cabeza?...

Porque el señor Becerro, que escribió hace tres años, cuando la restauración estaba ya bastante adelantada, aunque no como ahora, no ha podido decir eso que usted dice.

Ni nadie ha podido decirlo, á no ser alguno que escribiera hace diez ó doce ó catorce años (del 72 al 76) cuando el señor Madrazo encimbraba la obra, y cuando realmente andaba muy escaso el dinero.

Pero todo eso, que pudo decirse entonces, decirlo ahora es una atrocidad de primera fuerza.

Y que no tiene ni una palabra de verdad, como usted suele decir de las cosas que son exactas.

Porque, mire usted: ni es verdad que los recursos sean pocos, cuando el Estado da para la obra todo el dinero que puede gastarse, ni es verdad que la obra marche á paso de tortuga, cuando adelanta todo lo que cabe en una obra de esa índole, ni es verdad que hasta ahora no se haya conseguido más que entibar (encimbrar) algunos trozos y recoger las aguas, cuando cabalmente se va á comenzar el desencimbre, en cuanto se acabe de reforzar la cimentación de las pilas principales.

Mire usted, señor Herrero, para que no vuelva usted á ponerse en ridículo de esa manera escribiendo de lo que no conoce, ó conoce sólo por noticias extraordinariamente atrasadas, ha de saber usted, que lo que se ha hecho antes del mes de Setiembre último en la catedral de León, sin contar el hermoso hastial del Mediodía, que puede usted ver fotográficamente reproducido en casa de Laurent, ha sido restaurar *cincuenta y tantas* pilas, *treinta* contrafuertes, *cuarenta* arbotantes, *cuarenta y siete* ventanas enormes, *trece* bóvedas, entre ellas la central, que es grandísima, y se han puesto además cuatrocientos metros cúbicos de cimientos.

En fin, que se han colocado de dieciséis á

veinte mil piedras en el edificio; esto, contando solamente los sillares, pues las tobas de la bóveda apenas tienen número.

Y ha de saber usted, además, que la restauración es primorosa, lo mismo en el hastial que el señor Madrazo dejó construido, hasta el triforio, que en todo lo demás de la obra hecha bajo la dirección del inteligente arquitecto y sabio arqueólogo don Demetrio de los Ríos. (1)

El cual tiene el buen pensamiento de montar en León una fábrica de vidrios pintados para hacer allí mismo los nuevos que faltan y las reparaciones necesarias en los que existen.

Y en cuanto se pongan las vidrieras, se hará un corte provisional, próximo y paralelo á la fachada de Occidente, para emprender la restauración de ésta. (2)

¡Ya ve usted, señor de *Lupercio*, si quedan enterados los lectores de *La Hormiga* aprendiendo en Setiembre de 1886, que aún no se ha hecho en la catedral de León más que *entibar algunos trozos y recoger las aguas!*

(1) Habiendo fallecido el señor Ríos (q. e. p. d.) le ha sustituido y está terminando la restauración, con igual acierto el arquitecto D. Juan Bautista Lázaro, hijo de León y amante entusiasta del precioso monumento.

(2) Ya ha sido restaurada también esta fachada antes de poner las vidrieras, habiéndose remplazado el remate plateresco de entre las dos torres con otro gótico bellísimo.

IV.

Después de haber destrozado *Lupercio*, por apropiársela, la descripción que había hecho don Ricardo Becerro de la preciosa catedral de León, la emprende con la colegiata de San Isidoro, vulgo *San Isidro*, en esta forma:

Habla dicho Becerro en su viaje descriptivo:

«.....San Isidoro.

«El bello templo románico de este nombre, con su cuadrada torre del mismo gusto y moderno chapitel, es un curiosísimo ejemplar incompleto del arte del siglo XI, edificado por Fernando I en 1060 para guardar y *reverenciar* los restos del santo arzobispo de Sevilla que le da nombre.»

Dice *Lupercio* en la «Hormiga de oro»:

«.....San Isidoro.

«Es un templo románico... con la cuadrada torre del mismo gusto edificada en 1060 por Fernando I para guardar los restos del santo arzobispo de Sevilla, *renombrado doctor de la Iglesia española*. El ejemplar, aunque muy curioso, es modelo incompleto del arte del siglo XI.»

La obra de don Leandro: 1.º Suprimir el verbo *reverenciar*, bien aplicado por el señor

Becerro al cuerpo de San Isidoro, puesto que para sólo guardarle, bastaba una arca metida luego en una habitación cualquiera. Sí, don Leandro, comprenda usted que el templo se construyó no sólo para guardar, sino para reverenciar las reliquias de San Isidoro, y por consiguiente, no debió usted de haber suprimido el verbo *reverenciar*. 2.º Poner de su cosecha lo de «*renombrado* doctor de la Iglesia española», en donde *renombrado* es un galicismo, y lo demás, una inexactitud; porque San Isidoro, aunque fue español, es un Padre de la Iglesia, un Doctor de la Iglesia Universal ¿estamos? 3.º Poner en lugar de «*edificado* en 1060» que dijo Becerro, aplicado al templo, lo de «*edificada* en 1060 por Fernando I para guardar...» etc., aplicado á la torre; como si sólo la torre se hubiera edificado por entonces, y como si la *torre* se hubiera edificado para guardar los restos de San Isidoro. 4.º Decir *modelo incompleto*, en lugar de *ejemplar incompleto*, que había dicho Becerro, lo cual estaba mejor, porque el *ejemplar* es incompleto, pero es *modelo* acabado. 5.º Cambiar, sin graves consecuencias, el orden de algunos incisos en el párrafo.

Y adelante.

Decía el libro:

«Antes de esa fecha
hubo en este punto un

Dice la «Hormiga»:

«Se edificó sobre un
convento de religiosas

convento de religiosas de *San Juan*, que Alonso V escogió para sepulcro de los reyes de León. Inmediato á él estaba el palacio real, que la infanta doña Sancha, hermana de Alonso VII *el vencedor de Baeza*, cedió á esta iglesia con todas sus riquezas y posesiones, *en agradecimiento y veneración á San Isidoro.*»

que Alonso V escogió para sepulcro de los reyes de León; é inmediato á él, estaba el palacio real que la infanta doña Sancha, hermana de Alonso VII, cedió á esta iglesia con todas sus riquezas y posesiones.»

Este párrafo no ha hecho el señor *Lupercio* más que empobrecerle, quitándole las tres cosas que he subrayado en el texto del libro.

Continuemos los paralelos, ó para-lectores de la *Hormiga de oro*.

Decía el catedrático:

«Al penetrar en el sencillo atrio que precede al templo, y desde el punto mismo en que los Velas alaveses mataron al conde de Castilla, don García...

Avanza el brazo del crucero á la derecha, ostentando entre sus rudos contrafuertes la románica puerta tapiada, con dobles columnitas y arcos, con dos cabezas de leones sosteni-

Dice Lupercio:

«Precede al templo un sencillo atrio, donde los Velas alaveses mataron al conde de Castilla don García.

Entre los contrafuertes del brazo del crucero, á la derecha, descúbrese tapiada la románica puerta con dobles columnas y arcos, sostenido el dintel por dos cabezas de leones. En el tímpano raras y toscas esculturas representan el

do el dintel, con raras esculturas en el tímpano que representan el descendimiento y el entierro de Cristo y con las estatuas de San Pedro y San Pablo.»

descendimiento y el entierro de Cristo y *las efigies* de San Pedro y San Pablo.»

Estos párrafos están copiados, como se ve; pero por meterse Lupercio á reformar un poco á lo último, nos dijo que las raras y toscas esculturas «representan... las efigies de San Pedro y San Pablo», lo cual es un disparate, porque las esculturas no representan las efigies: representan los Santos.

Y luego, de todos estos plagios dice el señor Herrero que ni él ni sus lectores les dan importancia.

Pero todavía siguen.

Decía el autor del libro de viaje:

«De frente, más interno, y en la línea del brazo mayor está el ingreso principal de la basílica románica también con pilastra, dos columnas y los tres arcos concéntricos correspondientes, con dos cabezas de carnero en el dintel, el sacrificio de Isaac en el testero, dos imágenes simétricas fuera de la

Dice el cronista de «La Hormiga»:

«El ingreso principal de la basílica está en la línea del brazo mayor, y es también románico con pilastras, dos columnas, tres arcos concéntricos, sostenidos por dos cabezas de carnero, el sacrificio de Isaac en el testero, multitud de relieves y figuras monstruosas, un coronamiento del siglo XVI, piná-

línea de las pilastras, varios relieves con los signos del Zodiaco y otras figuras de dudosa procedencia y de irregular colocación en las enjutas, y un coronamiento del siglo XVI con balaustrada, pináculos, las armas de España y la efigie de San Isidoro á caballo *que interrumpen lastimosamente la severidad y la poesía de la obra característica de la undécima centuria.*»

culos, las armas de España y la efigie de San Isidoro á caballo, *totum revolutum* que se resiente de un churriguerismo anticipado.»

Este párrafo también le empobreció mucho D. Leandro al copiarle, quitándole la noticia de los signos del Zodiaco y otros detalles de interés. Pero en lo que estuvo el *Lupericio* más desgraciado, fué en la sustitución de las últimas líneas del texto de Becerro que dejó subrayadas, con aquello otro de *que se resienten de un churriguerismo anticipado.*

Esto que usted dice no es verdad, señor don Leandro, y lo que decía el Sr. Becerro sí lo es. Se lo explicaré á usted por si puede llegar á entenderlo. Mire usted, el coronamiento del siglo XVI, con las armas de España y demás detalles que se mencionan, es cierto que interrumpen lastimosamente la severidad y la unidad de la obra románica; pero no

es cierto que aquellos detalles se resientan de churriguerismo. Es decir, que si allí están mal, no es porque sean malos; en una obra del siglo XVI, estarían primorosamente.

Otro golpe.

Becerro decía:

«También la adúltera y desfigura el alto cuerpo central ojival florido, que hace veces de capilla mayor, y que sustituye al ábside cilíndrico primitivo...»

Lupercio dice:

«También desfigura y afea este curioso ejemplar del arte románico, el alto cuerpo central ojival florido que sustituyó al ábside cilíndrico primitivo, y que sirve de capilla mayor.»

Aquí, al cabo, no hace el Sr. Herrero ningún daño, más que... copiar.

Vaya otro párrafo.

Decía Becerro:

«La maravilla histórica y arqueológica de esta iglesia, es el panteón de los reyes, al cual se penetra por una puerta de imitación árabe, situada debajo del coro.»

Dice Lupercio:

«Pero la maravilla de esta iglesia es el panteón de los reyes... *Se halla situado debajo del coro, y á él da acceso una puerta de imitación árabe.*»

Aquí desbarra otra vez gravemente don Leandro por meterse á reformar.

No, D. Leandro, no. El panteón de los reyes no «se halla situado *debajo del coro*» como

usted dice. Lo que se halla debajo del coro es la puerta por donde se entra al panteón, como dijo Becerro. ¿Le parece á usted que es lo mismo?

Acabemos.

Decía Becerro:

«Aquel augusto espacioso.... con sus bóvedas tan bajas, sus gruesas y cortas columnas, sus inmensos capiteles historiados, y las pinturas de su techo, tal vez las más antiguas que se conservan en España, produce en el ánimo del viajero ilustrado indescriptible emoción.»

Dice Lupercio:

«El recinto *tiene algo de augusto* que se impone por modo incontrastable. Sus bóvedas son bajas, sus columnas cortas y gruesas, sus *historiados capiteles inmensos* y las pinturas de la techumbre las más antiguas de España.»

No olviden ustedes que el plagiar de este modo, no tiene importancia.

A lo menos no se la dan ni D. Leandro ni los lectores de la *Hormiga de Oro*.

SOBRE UNOS FOLLETINES

(ARTÍCULO CASI LITERARIO)

(1881)

Estamos abocados á una catástrofe de las mayores.

¿Quién sabe lo que puede pasar?

La paz de Europa, la tranquilidad del mundo, el curso de los astros, está pendiente de la resolución del conflicto.

Cuestión de vida ó muerte, lucha titánica y más que titánica. Ninguno de los genios de la guerra, desde Nembroz hasta Martínez Campos, ha presenciado jamás un combate tan encarnizado ni tan decisivo. No se trata ya, como en la batalla de Lepanto, de saber si Europa ha de ser cristiana ó mahometana. Se trata nada menos que de saber si ha de ser *La Correspondencia* ó ha de ser *El Imparcial* quien ha de publicar una novela francesa.

La rivalidad es antigua. *La Correspondencia* y *El Imparcial* siempre han andado á la

greña; primero, sobre cuál de los dos paga más derechos de timbre; segundo, sobre cuál de los dos publica novelas más malas.

Una vez *El Imparcial* denunció la novela de *La Correspondencia*, poco más ó menos, en estos términos:

«¡Alerta, padres de familia! que mientras vosotros dormís la mañana con la tranquilidad del justo, se introduce por debajo de la puerta de vuestro domicilio un ladrón, no de vuestro dinero ni de vuestras alhajas, sino del pudor de vuestras esposas y de la inocencia de vuestras hijas. Ese ladrón es la novela del folletín de *La Correspondencia*: leedla y veréis lo que es bueno.»

Y en efecto, era una novela de Ponson-du-Terrail, tan pronunciadamente *verde*, que sólo en dos hojas tenía tres adulterios y un incesto. Lo que valía era que estaba muy mal traducida, y casi no se podía entender.

«*Pidió la distancia con la vista*», «*atravesaron á lo largo del río*» y otras cosas así tenía á cada paso; pero ni esto valía del todo para evitar el mal, porque lo *verde*, por desgracia, se entiende en cualquier lengua.

No es menester decir que *La Correspondencia* se vengó ampliamente. ¡Oh, sí! Teniendo nombre de mujer no podía menos de vengarse: y su venganza fué terrible.

Pasaron pocos días, muy pocos, y apareció en *La Correspondencia* el mismo cartel de *El Imparcial*, vuelto por pasiva.

«¡Alerta, padres de familia! que mientras vosotros dormís la mañana tan tranquilos, se os mete por debajo de la puerta, como que no hace nada, un ladrón del pudor de vuestras esposas y de la inocencia de vuestras hijas. Ese ladrón es *El Imparcial* con su hoja de *los lunes*: leed la última y veréis lo que es malo.»

Y en efecto, en aquella hoja había un cuento titulado *A la puerta del cielo*, cuento de un *verde* tan subido, que creo que el gobernador civil tuvo que ordenar la recogida y multa por motivos de policía urbana, y el periódico necesitó disculparse ante sus lectores, diciendo que aquello se había publicado por un descuido.

Con estos antecedentes el litigio de ahora no podía menos de ser interesante.

Y eso que no es nuevo. Porque los anales de la industria folletinera están llenos de estas peleas iliterarias.

Ya en aquellos años posteriores al cuarenta contaba mi paisano *Fray Gerundio* con mucha gracia la escarapela habida entre *El Español* y *El Heraldo*, sobre cuál de los dos había tenido antes intención de publicar, traducida en castellano, llamémosle así, una novela del folletinista de moda entonces, Alejandro Dumas (padre), titulada *Memorias de un médico*.

Tenía entonces en París cada empresa periodística de aquéllas una especie de embajador literario, encargado de negocios ó minis-

tro residente, que esto de la categoría no estaba del todo bien acribado, con encargo de estar en acecho de cualquier novedad literaria que saliera, y enviarla á Madrid por el primer correo, para dar la traducción en seguida.

Un poco más tarde comenzó á parecer pesado el tener que aguardar á que las novelas francesas se publicaran en París para dar la traducción en Madrid, y algún embajador de aquellos ideó la manera de publicar una novela en Madrid al mismo tiempo que en París, yendo á la imprenta y obteniendo del impresor francés unas pruebas sacadas á mano.

Gran descubrimiento, pero que se vulgarizó al instante, comenzando la rivalidad y la competencia, y dándose el caso de que se juntaran en una imprenta á pedir pruebas de una misma novela, media docena de plenipotenciarios de aquellos, que formaban, por decirlo así, el cuerpo diplomático de las potencias traductoras de España.

Siguió progresando la folletinería, y alguno de los periódicos madrileños llegó á obtener de un novelista francés la señalada merced de que su novela *tal ó cual* se publicara, primero que en francés, vertida al castellano. Así se publicó *Martín el Expósito*.

Y como quiera que en dando en progresar una cosa ni el demonio que sepa dónde pára, otro periódico imprimió un nuevo adelanto á la industria, contratando la publicación de

una novela francesa antes de que el novelista la hubiera escrito.

«Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros lectores—dicen que dijo una vez *El Herald*—que seremos los primeros en publicar, traducida al castellano, la novela que *piensa* componer el popular novelista Eugenio Sué, con el título de.....» (cualquier cosa.)

Y por último, dále de aquí, dále de allá, se llegó en esta tierra de Cervantes á litigar sobre la prioridad de la intención de traducir una novela transpirináica.

Pasó la moda y decayó no poco el primitivo fervor del vulgo por la literatura gaba-cha. Operóse una reacción saludable en favor de la novela nacional. Mas ¡ay! que los encargados de apacentar al público voraz cuando pidió novelas españolas, los novelistas de á medio real la entrega, que después fueron abaratando y se pusieron á cuartillo y últimamente á cuarto, lo hicieron tan mal, que se dieron forma de estragar el paladar literario de los lectores hasta el punto de hacerles volver á las andadas.

Es decir, á las francesas.

La Correspondencia, fiel adivinadora de los gustos del infinito número de aquellos señores de quien habló el Espíritu Santo en el *Eclesiastés*, los cuales casi todos son suscritores suyos, no se descuidó en propinarles el

pasto apetecido, y en poco tiempo les hizo saber por medio de la pluma estrepitosa de Ponson-du-Terraill todos los horrores que pasan en París, y aun los que no pasan.

Mas como todo alimento por bueno que sea llega á cansar, si se continúa, este pasto literario, á pesar de ser malo de remate, llegó á cansar también á los infinitos; y las novelas de Ponson, con toda su variedad de accidentes y su criminal movimiento, parecieron lánguidas, pesadas y sosas.

Era menester buscar algo más apetitoso, es decir, más malo, y *La Correspondencia* celebró una conferencia diplomática con Javier de Montepín, por fruto de la cual tuvo la satisfacción de anunciar á sus infinitos que ella sola publicaría en adelante y ellos solos leerían las novelas de Javier de Montepín, mediante el pago de trescientas pesetas por cada una, comenzando luego á cumplirles la palabra con una que el primer día se titulaba *El fiacre número 13*.

Reíme yo en *El Siglo Futuro* de la traducción del título, y al día siguiente *La Correspondencia* quitó el *fiacre* y puso *el coche*, lo cual tampoco era traducir bien... Pero vamos á lo que importa.

El enemigo, que no dormía.....

El enemigo de *La Correspondencia* no crean ustedes que es el diablo, no; con éste suele estar á partir un folletín; el enemigo de *La*

Correspondencia es *El Imparcial*. El enemigo, que no dormía, como íbamos diciendo, solicitó por bajo de cuerda publicar también el susodicho *fiacre*, y puso tentaciones á la fidelidad de Montepín. Mas todo fué en vano; éste se mantuvo firme como una roca, y *La Correspondencia* tuvo otra vez la satisfacción de anunciárselo á los infinitos. Su triunfo era completo.

¡Ay! pero ¡cuán leves y mudables son las cosas del mundo!

Tantas veces irá el cántaro á la fuente, que al fin se quiebre, dice el proverbio popular; y en efecto, tantas veces fué á París *El Imparcial*, que al fin se quebró la fidelidad literaria de Javier de Montepín, y un bello día, como dicen los franceses, en que *La Correspondencia* andaba muy ufana publicando una novela de su novelista particular, titulada *Su alteza el dinero*, apareció en *El Imparcial* una especie de siniestro cartel de desafío, anunciando á sus no menos infinitos lectores, para el día menos pensado, la publicación de otra novela de Javier de Montepín, titulada *Su alteza el amor*.

«Entre el amor y el dinero—debió decir después de pasado el primer susto *La Correspondencia*—siempre ha vencido este último; de suerte que la victoria está de mi parte».

Pero el cartel siniestro continuaba apare-

ciendo en *El Imparcial*, terrible, amenazador, todos los días.

«NUESTRO NUEVO FOLLETÍN.—PRÓXIMA Á TERMINAR LA PUBLICACIÓN DE LA NOVELA... *tal*, TENEMOS DISPUESTO PARA APARECER INMEDIATAMENTE EN NUESTRO FOLLETÍN LA INTERESANTE OBRA (la gramática es como de *El Imparcial*; dispuesto para aparecer... *dispuesto la obra*) SU ALTEZA EL AMOR, UNA DE LAS NOVELAS MÁS CONMOVEDORAS DE JAVIER DE MONTEPÍN. *El éxito alcanzado en Francia por SU ALTEZA EL AMOR ha sido extraordinario; su acción dramática, palpitante... etc., etc. Nadie ha sabido como Javier de Montepín dotar de más interés á sus narraciones (otra vez la gramática de El Imparcial; nadie ha sabido dotar de más... como...), incidentes... originalidad... lucha social... interés arrebatador...»*

Y todo así por este estilo, en variedad de letras y de malas concordancias.

Y esto un día, y otro, y otro.

Lo cual era ya más que suficiente para desazonar á *La Correspondencia*.

Pero como una desgracia nunca viene sola, cuando *La Correspondencia* iba devorando ésta poco á poco, ¡paf! se encontró con una demanda de Javier de Montepín, para que no continuara publicando la novela de *Su alteza el dinero*, porque esta *alteza* como todas las *altezas* literarias de la misma índole, era ya

propiedad exclusiva del enemigo, es decir, de *El Imparcial*.

Figúrense ustedes el disgusto de *La Correspondencia*.

«Ya conocemos el juego—dijo para sí, y aun para los demás.—Se nos ha dejado publicar la mayor parte de la novela y se nos prohíbe concluir, para que ahora nuestros infinitos, engolosinados con lo sabroso del argumento, compren y agoten en un santiamén la nueva edición que el enemigo prepara.

»Pues vive *Su alteza el dinero* que no ha de ser así, que no comprarán tal; porque ya que no podamos publicar lo que falta de la novela, les contaremos á nuestros lectores el argumento, *que ya no tiene nada de particular, ni ofrece interés, porque todo lo que falta se reduce á que Lazarine (debe ser Lazarina) intenta matar á Marcelo, dejando arder la casa en que creía encontrarse, á que éste se entiende con el príncipe y ambos la desprecian, y á que sorprendida Renee en el momento de ir á dar muerte á su hermana, se suicida con el mismo veneno por ella preparado*».

¡Caracoles! dirán ustedes. Si en esto que no tiene nada de particular hay una mujer que tiene dos amantes, un asesinato frustrado y asesinato por medio de incendio, una tentativa de fratricidio por envenenamiento y un suicidio, ¿qué no habría allá por el cuerpo de

la obra, donde ofrecía interés?... Figúrense lo ustedes si aciertan.

En fin, el caso es que *El Imparcial* ha triunfado por ahora de su enemigo, y el día 15 de Octubre, señaladamente, el día de Santa Teresa de Jesús, en honor sin duda de la ilustre escritora y más ilustre santa, ha comenzado á publicar en su folletín la segunda *Alteza* del antiguo novelista particular de *La Correspondencia*, *Su Alteza el amor*, cuya primera parte se titula *por las mujeres* y comienza así:

«Si alguno de nuestros lectores hubiese cruzado la calle de la Victoria en Setiembre del año último no hubiera dejado de fijar la vista en una magnífica casa, en el quicio de cuyo gran portal á derecha é izquierda se ostentaban sendas placas de mármol negro, sobre las cuales *destacaba* el siguiente rótulo:»

Por donde se ve desde luego que el *honorable* traductor no sabe á punto fijo lo que es *quicio* ni lo que es *destacarse*.

Un poco más adelante, hablando de la casa, dice: «*se entra por el portal, atravesando éste...*» lo cual para todo cristiano está de sobra; pero los infinitos lectores de los folletines de *El Imparcial*... ¿quién sabe? puede ser que hasta ignoren que por los portales se entra en las casas.

De todos modos, *El Imparcial* no debe todavía cantar victoria. Aún está la pelota en el Juzgado. *La Correspondencia* se defiende

contra la demanda de Montepín y piensa llevar el asunto, si es preciso, del Juzgado á la Audiencia, y si también allí la sentencia la fuere contraria, al Tribunal Supremo para que la case.

Y en este caso lo que debiera hacer el Tribunal Supremo era casar á *El Imparcial* y á *La Correspondencia*.

Para bien de la literatura... cruzada.

EL ÚLTIMO MONO.

(HISTORIA NATURAL.)

EL PRESIDENTE DEL CONSEJO Á UN MINISTRO.—He observado que el departamento de usted es, entre todos, el que da lugar á más preguntas en las Cámaras y á mayor número de reclamaciones de expedientes. Es necesario imprimir al despacho de asuntos más actividad. Es necesario evitar en lo posible reclamaciones y preguntas, ó á lo menos poder contestar á ellas racional y categóricamente. Es necesario no dar á las oposiciones pretexto para combatirnos. Esto no es decirle á usted que me presente la dimisión..... Pero la verdad es que hay dentro del partido muchos hombres con la suficiente capacidad para ser ministros, y quizá dispuestos á aceptar la cartera y aun á desempeñar su cargo con inteligencia y actividad, con verdadero celo.

EL MINISTRO AL SUBSECRETARIO.—Crea usted que siento mucho tener que hacer ciertas indicaciones..... Pero ayer me interpelaron en el Senado sobre un asunto que yo no conocía; anteayer me preguntaron en el Congreso por

un expediente de que usted no me había enterado. El presidente desea que no se dé lugar á preguntas ni interpelaciones, y yo también. Otros subsecretarios corren ellos con todos los asuntos sin dejarle al ministro más trabajo que el de firmar, y así debe ser. Si recomendara á usted mayor actividad creería ofender la suceptibilidad de usted... Por mucho menos hice yo dimisión cuando fuí subsecretario del señor Chanchullos, en tiempos de los moderados históricos.....

EL SUBSECRETARIO AL DIRECTOR GENERAL.— ¡Qué dirección la de usted más embrollada! Le aseguro á usted que ninguna me da tanto que hacer como ella; se me figura á mí que otros directores se esmeran más en el despacho de los negocios... En fin, yo creo que no se puede ser director sin asomar nunca por la oficina más que á última hora, de prisa y corriendo... Me parece que no me equivoco si le digo á usted que el ministro está decidido á admitirle á usted la dimisión si se la presenta, porque está cansado de sufrir las reclamaciones que de asuntos concernientes á esa dirección le hacen todos los días.

EL DIRECTOR GENERAL AL JEFE DEL NEGOCIADO.—Mire usted, esto no puede seguir así. El ministro y el subsecretario desean que se les eviten quebraderos de cabeza y yo no puedo hacerlo todo. Será casualidad, pero del negociado de usted es de donde me vienen á

mí todos los disgustos.... El expediente de dos años y medio que reclamó hace dos meses en el Senado el marqués del Fracaso y que no pareció hasta antes de ayer, era del negociado de usted. El otro expediente de indemnizaciones por la guerra civil, que reclamó al abrirse la legislatura el conde del Patatal y que aún no ha parecido, debe de ser del negociado de usted... No hay paciencia para tanto... Considere usted mi situación y obre usted como debe obrar un hombre á quien le indican, siquiera sea de la manera más suave, que no sirve para el cargo que desempeña.....

EL JEFE DEL NEGOCIADO Á VARIOS OFICIALES.
—Su trabajo de usted es incompleto; yo no puedo poner esto á la firma..... El de usted lo mismo..... Esa clasificación que ha hecho usted es muy deficiente, y á primera vista parece arbitraria. Se necesita leer toda la explicación para enterarse, y yo no puedo entretenerme en eso. No puedo presentar con confianza ningún trabajo de ustedes, porque á lo mejor resulta que no valen. Han de ocuparse ustedes con más celo en los asuntos ordinarios que les están encomendados y en los extraordinarios que se les encomienden..... Un primo de mi mujer, que vive á dos leguas escasas de Vitigudino, se me quejó ayer de que no le he contestado á dos cartas. Si he de cuidar yo también de contestar á la correspondencia particular, ¿para qué paga el Estado tantos

oficiales?..... Es la última vez que hablo con ustedes de estas cosas amistosamente.....

EL OFICIAL Á LOS ESCRIBIENTES.—¡Hombre, qué torpeza! Esto es letra de López. *Hayer* con *h*! ¡*Oy* sin ella! ¡*Jertrudis* con *j*! ¡Pues esto es peor! ¿Es de usted, Fernández?..... Ha de saber usted que estos rasgos no están admitidos en oficinas..... Este escrito no se puede llevar á firmar... á no ser algún día que el jefe no hubiera traído los anteojos..... ¡Vamos! ¡Esto pasa de raya! ¡Zeferino con *Z*! ¡Harmonía con *h*! ¡Llave con *y* griega! ¡Ayudar con *ll*!..... Y esto es de Pérez..... ¿Dónde le han enseñado á usted esta ortografía? Yo no he venido aquí á ser maestro de escuela... Voy á proponer al jefe la separación de ustedes en masa para bien del servicio.....

EL ESCRIBIENTE AL PORTERO.—Oiga usted, aquí me falta un lápiz sin estrenar; ayer me faltó otro á medio uso..... Esto parece el puerto de Arrebata-capas..... Anteayer me faltó una caja de plumas casi llena..... Si no cuida usted de lo que hay en las oficinas, ¿se puede saber para qué está usted ahí?..... Muchos días al entrar encuentro los papeles en el mayor desorden..... Más cuidado, más cuidado... Y esto en el supuesto de que sólo sea negligencia..... Esto no puede seguir así..... El día pasado me faltó una manga de percalina..... Si me quejo al oficial verá usted la que se arma.....

EL PORTERO AL PRETENDIENTE.—¡Déjeme usted en paz, hombre, déjeme usted en paz!... No señor, no se puede pasar..... A ninguna hora; no vuelva usted á ninguna hora..... Le digo á usted que no se puede ver á nadie..... Su Excelencia me tiene dadas órdenes terminantes..... El subsecretario lo mismo..... No, el subsecretario no; pero es igual... que no señor, ni al señor Martínez..... Le he dicho á usted que no ¡ea!..... Mas que le haya citado á usted... y no me incomode usted más, que estoy de un humor..... ¿Por qué no se dedica usted á otra cosa?.....

EL PRETENDIENTE Á SU MUJER.—El cuello de esta camisa se me sube al cogote, los puños están blandos..... Ya se han arrugado todos. No se puede uno presentar en parte ninguna..... ¡Eso es!..... Esta mañana el chocolate ahumado, ahora los garbanzos llenos de espuma... No sé para qué se molesta uno en buscar destino, sufriendo sofiones y refrontadas por todas partes, porque lo mismo da ganar sueldo que no: nada luce..... Otras mujeres con menos hacen milagros..... Esta carne está dura..... El pan es de ayer..... ¡Mátese usted para esto!

LA MUJER DEL PRETENDIENTE AL NIÑO (*levantándole la camisa.*)—¡Toma! ¡toma! ¿No te he dicho que no me derrames agua en el suelo? ¿Cuántas veces se te han de decir las cosas? Has puesto el piso perdido... lo mismo

que ayer..... ¡Toma, *arrastrao*, que me has de quitar la vida!.....

El niño, á su vez, en medio del aturdimiento y del susto que le produce la azotaina, aprieta involuntariamente á un pajarillo que tiene en la mano y le ahoga. (1)

(1) Siendo muchacho leí en un periódico una gacetilla sobre el mismo pensamiento desarrollado en este artículo, que escribí unos veinte años después recordando la lectura, y que, por consiguiente, no es original.

LO DE LA CIBELES.

(RECURSO Á JÚPITER.)

Sr. D. Antonio:

Hay un refrán que dice: «El hambre y el frío te llevarán á casa de tu enemigo.» Yo no tengo frío ni hambre, gracias á Dios, y por consiguiente, ni es el hambre ni es el frío lo que me lleva á casa de usted, aunque no sea más que figuradamente; pero he citado el refrán para dar á entender que, cuando yo me decido á llamar á las puertas de usted, que si no me profesa verdadera enemistad, por lo menos es indudable que no me quiere bien del todo, muy grave tiene que ser la causa. Y lo es en efecto; mucho más grave que las dos del refrán, y más poderosa entre personas bien nacidas.

Trátase de la defensa de una señora que, aun prescindiendo de su deidad, sólo con ser hermosa y con ser infortunada y desvalida, tendría bastante para interesar y mover en su favor los nobles corazones. Y si, como hermosa, no se puede negar que lo es nuestra Cibeles, como desvalida y desgraciada tam-

poco se puede dar mayor desgracia ni más triste desvalimiento para una hermosura de piedra que el estar amenazada de destrucción y sentir á sus pies un día y otro día el insolente pique-pique de los bárbaros azadones municipales.

Todo el mundo cree por ahí que es usted, no ya el Presidente, sino el factotum de esta situación malaventurada; todo el mundo está en cuenta de que mandando usted, los ministros, como los gobernadores, los alcaldes y demás altos funcionarios políticos y administrativos, no son más que figuras de adorno, con excepción sea dicho de los que ni para adorno sirven; todo el mundo opina que usted es hoy el que quita y pone, y hace y deshace en todos los ramos; que no se mueve en España una hoja ni una carta... geográfica, por supuesto, sin que usted lo consienta, y en fin, que como suelen decir los franceses, usted es aquí «el que hace la lluvia y el buen tiempo.»

Y por cuanto Bosch... y Fustegueras ha emprendido una rabiosa campaña de demolición, con la cual nos está destrozando á Madrid, me parece conveniente y hasta necesario recurrir á usted en demanda de remedio, vamos, en súplica de que se digne usted irle á la mano al señor alcalde, según la frase corriente, y atarle corto.

No es el primero, justo es confesarlo, no

es este el primer alcalde que emplea la supuesta representación del pueblo de Madrid... y la llamo supuesta porque no es verdadera y real, porque no se la dan los vecinos, sino el Gobierno; no es este el primer alcalde que emplea esa representación, y además el dinero de los representados, en echar á perder las cosas. No hace muchos años que un progresista, de amargo y municipal recuerdo, nos destrozó el estanque grande del Retiro queriendo transformarle en lago, arrancándole la caja rectangular de piedra para sustituirla con unas ondas verdes y cursis, á modo de bandeja de hojalata de á real y medio, sin reparar en que para estanque era colosal, mientras que para lago es una miseria. No ha mucho que, por hazañas de alcaldes atentos solamente á mover piedras y pesetas de cualquier modo, han desaparecido la Mari-Blanca, la puerta del Retiro, la fuente de Antón Martín, etc., etc. Pero si hay que confesar que no es Bosch el primer alcalde que sin tiento ni cordura gasta el dinero de los madrileños en destrozarnos la villa, también hay que reconocer que ninguno ha ido tan de prisa ni tan adelante como él en esa desdichada tarea.

Por un lado nos está echando abajo la puerta de San Vicente, sin necesidad ni utilidad alguna; por otros lados, nos está inutilizando plazuelas, levantando retretes asquerosos

donde hubo fuentes saludables; pero lo más triste de todo es la comenzada demolición de la Cibeles, con el cortejo de desaciertos que han de dar por resultado lo que un ilustre hijo de Madrid, de agudísimo ingenio, el marqués de Sardoal, ha bautizado ya para siempre con el nombre de *Plaza de la Anarquía*.

Mire usted, D. Antonio, que eso es de lo que no se ha visto. Comenzar á hacer una plaza sin saber si se puede disponer, ó mejor dicho, sabiendo que no se puede disponer del terreno necesario... Querer hacer una gran plaza elíptica tomando por base dos edificios de tan distintas condiciones artísticas como el Banco y el palacio de Murga, que rabian de verse enfrente, y que por ser, no ya distintos, sino antitéticos, mientras la fachada con que el uno ha de contribuir á la elipse es una línea recta, la del otro es una curva entrante; esto, aparte de la desgracia de que los ejes de la elipse no puedan coincidir con los de ninguna de las avenidas á la plaza...

Ponerse á desmontar una fuente monumental, hermosa, que, en conjunto armónico con las otras del Prado, constituye el mejor ornamento de Madrid, sin tener acordado á dónde se ha de trasladar, ni saber siquiera si puede trasladarse; porque lo de ponerla en medio de la plaza y lo de dejarla en el mismo sitio, levantándola, son expedientes inventados con posterioridad para acallar la alarma

del público... Emprender una reforma cuya terminación, si se terminara, había de costar más de diez millones de reales, teniendo en cuenta la fuerte indemnización que habría que pagar por el jardín del palacio de Buenavista; gastar diez millones de reales en una obra de lujo, y no digo de ornato porque no lo es, sino de afeamiento; pero aunque lo fuera: gastar diez millones de un Ayuntamiento pobre y lleno de deudas, en un pueblo falto de asilos, de escuelas, de casas de socorro, de condiciones higiénicas, y cuya mortalidad, por causas que con ese dinero y con menos pudieran hacerse desaparecer, es mayor que la de ningún pueblo de Europa, y casi del mundo... ¡Vive Dios, Sr. D. Antonio, que todo esto es asombroso por lo inaudito!

No quiero llamarle á usted la atención hacia el aspecto legal, ó más bien ilegal, de la cosa, porque ya sé que en eso de observar las leyes no es usted demasiado escrupuloso, como que, cuando se le antoja pasar por encima de la Constitución escrita, sale del paso hablando de la *constitución interna*. Quiero que se fije usted en el aspecto artístico.

Es verdad que tampoco le creo á usted muy fuerte en materias de arte; pero atienda usted el parecer de los demás, que es lo que todos debemos hacer en aquellas cosas que no dominamos completamente. Si acaso no tiene usted sobre el particular criterio pro-

pio, crea usted lo que los inteligentes dicen.

Firmados con una X, tras de la que por modestia se oculta un hijo de Madrid (1), cuya ilustración les vendría bien para los días de fiesta á muchos de ustedes los que presumen de sabios, ha publicado *El Correo*, en defensa de la Cibebes, varios artículos, muy notables por los conocimientos históricos y artísticos que revelan, así como por la sobriedad y la solidez de argumentación con que están escritos. Léalos usted, señor don Antonio; haga usted el favor de leerlos, y conocerá usted el mérito de la fuente, y se horrorizará del atrevimiento de arrancarla.

Y no haga usted caso de lo que, para desvirtuar esos artículos publicados en *El Correo*, han dicho en el mismo periódico y en otro de los de mayor circulación dos críticos (llamémoslos así, porque así creo que les gusta á ellos que se les llame): no haga usted caso; porque, aunque ambos escriben con cierto tono de seguridad, no son infalibles, ni con mucho. El uno, pretendiendo defender al Ayuntamiento actual y á todos los anteriores á costa de los Reyes, acusó á uno de éstos de *regalar palacios á Godoy*, cuando precisamente no fué ningún Rey, sino un Ayuntamiento de Madrid, quien regaló á Godoy el palacio de Buenavista. El otro no vió mejor manera de

(1) Aludía al señor D. Luis de Foxá.

defender las municipales fechorías que la de proclamar que nuestro Ayuntamiento puede hacer en calles y plazas y paseos todo lo que quiera, sin necesidad de consultar con nadie más que con los técnicos de la casa: es decir, que proclamó sencillamente la independencia, la soberanía del alcalde. ¡Dios mío! Pero, señor don Antonio, ¿será verdad que es independiente un alcalde, en un país que tiene Gobierno monárquico, y precisamente en el pueblo donde residen el Gobierno monárquico y la Monarquía? ¿Serán soberanos los alcaldes en un país á quien le cuestan las instituciones monárquicas alrededor de cuarenta millones, y á quien el Gobierno monárquico es casi imposible contar lo que le cuesta?

No haga usted caso de esos críticos, señor don Antonio; pero hágale usted de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, á que usted pertenece; la cual, según noticias de buen origen que ya se han hecho públicas, acordó hace días una enérgica protesta contra la deplorable profanación artística que se trata de llevar á cabo; protesta en la que, según dicen, se compara á la diosa con una «aristocrática dama condenada al patíbulo por la plebe». Lo cual me parece bien, y me parece que es llamar plebe á los derribadores y á los fautores del derribo del artístico monumento. Ya sabe usted, señor don Antonio, que yo no soy muy amigo de las Academias;

pero cuando tienen razón, tampoco me gusta que nadie se la quite.

Con que opóngase usted resueltamente, señor don Antonio, á la destrucción de la Cibeles, ó á su traslación, que vale lo mismo, y no crea usted á los que le digan que de todos modos es necesario moverla para ponerla más en alto, á fin de que no quede enterrada. No lo crea usted, porque eso de levantar la rasante tampoco es más que una estratagema para justificar la destrucción del monumento. No hay necesidad ninguna de levantar la rasante; no hay ni siquiera posibilidad de levantarla, y lo que la han levantado ya en la calle de Alcalá frente al Banco, han de tener que bajarlo de nuevo para que no se inunden el Banco y el café de Cervantes cada vez que llueva. El Banco, especialmente, tiene derecho á que no se le altere la rasante que se le dió al empezar su construcción hace muy pocos años.

Opóngase usted á las barrabasadas alcaldiles, y salve usted la fuente, señor don Antonio. Considere usted que si no nos sirve usted para eso, ¿para qué nos sirve? Porque gobernar, me parece que gobierna usted bastante mal. ¡Ah! y digo *me parece* por cortesía; pero no es que me lo parece, es que realmente gobierna usted bastante mal y aun de sobra. Sávenos usted la Cibeles y le deberemos á usted una cosa buena.

¿Que se enfada el alcalde y hace dimisión de su cargo?... Entonces ya le deberemos á usted, en lugar de una, dos cosas excelentes. Porque la verdad es que no necesitamos en Madrid que venga un hombre político de mal gusto á esperar una cartera en la Alcaldía y á destrozarnos, mientras tanto, los paseos, las plazas y las fuentes. Llévelo usted de alcalde á Roquetas, que acaso allí probará bien, ó llévelo usted al Ministerio pronto, pues para ministro conservador también creo que valdrá, porque cualquiera vale; mas para alcalde de Madrid ya tiene demostrado que no es lo que se necesita.

Sálvenos usted la Cibeles, señor don Antonio, porque, créalo usted, es un monumento muy hermoso, y además, es ya muy tradicional, muy característico.

El poeta Florentino Sanz, á quien sus contemporáneos no hicieron justicia, pues no solamente era más poeta que usted, que, dicho aquí en confianza, no es usted poeta, sino más poeta que Núñez de Arce y que otros al símil, escribió el año 55 desde Berlín una *Epístola* á su amigo don Pedro Calvo Asensio, al principio de la cual se leen estos tercetos esculturales:

«Lejos de mi Madrid, la villa y corte,
Ni de ella falto yo porque esté lejos,
Ni hay una piedra allí que no me importe;

Pues recuerda su patria, á los reflejos
De su distante sol, el desterrado,
Como recuerdan su niñez los viejos.

*Ver quisiera contento y á tu lado
Cual por ese aire azul nuestra Cibeles
En carroza triunfal rompe hacia el Prado...»*

Si desaparece la Cibeles, señor don Antonio, este último terceto será siempre un acusador de Bosch y de usted, y una imperecedera memoria de la presente concejil barbarie (1).

Además, usted que presume de erudito, recordará seguramente aquello que se inscribió en Roma en la famosa estatua de Pasquín después de un acto de destrucción llevado á cabo por individuos de la familia Barberini, mucho menos grave que el que hoy intenta el alcalde de usted y de Romero, pues no hicieron aquéllos más que arrancar piedras del Coliseo para construirse un palacio:

*Quod non fecere Barbari,
Fecere Barberini.*

(1) Cuando se publicó este artículo en *El Heraldo de Madrid*, el 28 de Mayo de 1892, había sido arrancado ya el pilón de la fuente, y se hallaba la diosa cercada de altísima valla de madera, que costó un montón de miles de pesetas, amachembrada y todo para que costara más, ó para que el público no pudiera atisbar las ulteriores operaciones, *qui enim malè agit odit lucem*.

Poco después, no sé si por mandado de D. Antonio Cánovas, aunque lo presumo, se volvió á colocar el pilón, se quitó la valla, y la fuente quedó en el mismo sitio, aunque menos airosa, medio enterrada por la absurda elevación de la rasante.

Es de esperar que algún otro alcalde menos progresista que el que tenemos ahora, vuelva á bajar la rasante y todo quede como estaba: lo que no es de esperar es que esto se haga á costa de quien la levantó como se había de hacer si hubiera justicia.

También recordará usted que este dístico fué más tarde imitado para execrar otras hazañas de la secta francesa enemiga del Primado de honor y de jurisdicción del Papa, diciendo:

*Quod non fecere Galli,
Fecere Gallicani...*

Tema usted, señor don Antonio, tema usted que, si se descuida en poner coto á las alcaldescas demasías y desaparece la Cibeles, otra generación más ilustrada de gobernantes que venga detrás, va á grabar este otro dístico en la *Plaza de la Anarquía*, para perpetua memoria:

¡NON FECERE ANARCHISTÆ;
FECERE CANOVISTÆ!...

SANTIAGO DE VILLANÓFAR

A la orilla derecha del Esla, que es donde está Gradefes—por más que un señor Catedrático de Instituto, llamado Mingote, en un libro titulado *Guía de León*, nos diga que está á la izquierda—más arriba y más apartado del río que Gradefes, está Villanófar, antiguamente *Villa-Onofre*, célebre en el país por su romería de Santiago, que es casi feria, y cuyo origen se pierde, si no en la noche, por lo menos en la madrugada de los tiempos.

Para ir á Villanófar desde León, ya que no por buen camino, pues bueno no le hay, siquiera por un camino transitable, tenemos que salir por la carretera de Adanero á Gijón, en dirección inversa del título, es decir, como quien va de Gijón á Adanero, pasar el puente del Castro, subir al alto del Portillo, volver á bajar hasta el puente de Villarente, por donde, según dice un trabalenguas muy conocido, *pasan palomitas veinte*, pasar nosotros también, y, dejando la carretera citada, tomar otra que comenzó á construir la Dipu-

tación provincial de León hará unos veinte años, y de la que todavía no ha construído más que kilómetro y medio, hasta Villafañe.

Desde este pueblo—y cuenta que aún no hemos andado más que dos leguas de las seis que *echan* de León á Villanófar—tenemos que ir por un camino antiguo, de esos que llaman *caminos muertos*, y que mejor se llamarían caminos que matan... al que anda por ellos.

Se sale de Villafañe, hacia el Este, por entre unos huertos cercados de seto vivo, y entra luego el camino por unos trigos que tienen muchas amapolas. Después de andar tres kilómetros y medio, se encuentra á la derecha una huerta, con salgueras en la sebe y con riego por un aguaducho que ahora está tapado con un césped y tres cantos rodados, de color gris perla los dos más pequeños y de color de manteca el tercero, que es un poco más grande. A los diez pasos más arriba, se encuentra uno con una teja rota, que hace sospechar la proximidad de algún pueblo, y, efectivamente, volviendo la vista á la izquierda, se ven, á la boca de un vallejo, el cumbre de una casa y un palomar deteriorado con una cantonera de hojalata en cada esquina, para que no pueda subir la garduña.

Me parece que estoy imitando bastante bien el estilo de esos novelistas llamados *de observación*, estilo que consiste principalmente en describir las cosas con muchos porme-

nores de esos que para nada sirven; y sigo adelante.

A Villarmún, que es el segundo pueblo de la Abadía de Eslonza, pues el primero era ese otro del palomar medio caído que hemos dejado atrás, y que se llama Palazuelo.

En pasando de Villarmún luego se encuentra á la derecha del camino una extensa cerca de morrillos y argamasa, con elevados contrafuertes cónicos, que la dan cierto carácter señorial: es la de la huerta del monasterio de San Pedro de Eslonza, que se ve un poco más arriba cerrando el valle.

¡Ay! De aquel asilo de la ciencia y de la cultura cristiana, apenas queda más que las paredes. Expulsados de allí sus moradores por la *tolerancia*... liberal, privados de la libertad santa de vivir en comunidad, en nombre de la otra libertad *non sancta* de los liberales, que se parece á la tiranía como un crimen á otro; echados de su propia casa y despojados de sus bienes, no sé si en nombre del derecho de propiedad ó de la igualdad ante la ley, compró por poco dinero el convento, como los demás bienes, un moderado, que le ha ido destruyendo poco á poco, aprovechando ó vendiendo, ahora las tejas, luego los clavos, después las pandillas...

Yo conocí la iglesia todavía entera, y ahora la he visto desmantelada, destacándose por encima de los muros agrietados el cascarón

desnudo de la alta bóveda del crucero, semejante á la calva de un octogenario próximo á la tumba...

Se pasa el riachuelo del valle por un puente adosado á la cerca del monasterio, y dejando á la derecha á Santaolaja y el camino que conduce al antiguo priorato de San Miguel de Escalada, se llega á Mellanzos, que es el último pueblo de la Abadía en esta dirección, y se sube á la divisoria entre el Esla y el Porma, su afluente.

Desde allí se descubre al Sudeste Rueda del Almirante, antigua fortaleza situada sobre un acirate casi inaccesible, y antigua capital del contorno. Todavía hoy llevan el apellido de Rueda pueblos como Cerezales, San Bartolomé, Cubillas, situados á dos y á tres leguas de distancia.

Dejando á la derecha el camino de Rueda, se baja por otro, muy pendiente y muy malo, á Casasola, donde hay que cambiar de dirección, abandonando la del Este, que trajimos desde Villafañe, para caminar casi al Norte y llegar á Cifuentes, pueblo rico por la feracidad de su terreno y bien situado, y después á Nava de los Caballeros, desde donde ya no nos falta para llegar á Villanófar más que media legua mal medida.

¿Que por qué se llama *Nava de los Caballeros*?... No lo sé. Quizá perteneciera á alguna de las órdenes militares, á la de Santiago,

verbigracia; pero esto no es más que una conjetura. Sólo sé que el pueblo se llama así, confirmando su nombre un cantar que dice:

En Cifuentes, los valientes;
en Nava, los caballeros;
en Valdealcón, los hidalgos;
y en Garfín los carboneros.

Valdealcón y Garfín son otros dos pueblos que están fuera de la ribera principal, en el valle de Llorma, media legua y una, respectivamente, al Noroeste de Nava.

Pero ya estamos en el real de la feria.

El sitio es muy desahogado y espacioso.

Por aquí se ven montones de blanca lana, por allí de instrumentos agrícolas de verano, horcas, garios, bieldos; por este lado pande-retas y tambores, por el otro quincalla y cristalería; por allá zapatos; por acá cordeles; por esta orilla lienzos y paños, hoces y guadañas; por la otra pipotes de escabeche ó cestas de fruta, y por todas partes se oye ese ruido confuso que se asemeja al de una colmena cuando va á enxambrar, formado por el amasijo de las voces desiguales de uno que pregona, otro que regatea, otro que llama, otro que canta.

Después de la Misa mayor, que es muy solfeada, y cuando se va acercando el medio día, el bullicio se aminora y el ruido cede hasta quedar el campo casi en silencio.

La gente se ha puesto á comer, los vendedores al pie de la mercancía, los compradores ó mirones en una casa ó á la sombra de un árbol.

Pasado el medio día, se renueva casi por entero el concurso.

Los que son de lejos y han venido á cumplir alguna promesa ó á hacer alguna compra, comienzan á marcharse, y encuentran los caminos cubiertos de gente joven de los pueblos cercanos, que acude á la fiesta.

Comienzan á sonar la pandereta y el tambor: después se oye también el repique de las castañuelas: es que se ha armado el baile, en el que, alternando lo *llano* con lo *saltiqueado*, pasará la juventud toda la tarde y parte de la noche.

Allí lucen las mozas sus sayas de percal rayado, sus chambras blancas con florecillas encarnadas y sus pañuelos de color de rosa. Allí lucen los mozos el traje peculiar de la Ribera: calzón corto de sayal, media de lana blanca como la nieve, cubierta con el botín hasta media pantorrilla, chaleco de estameña azul con ojales negros, desabotonado, y pañuelo á rodete. El que lleva este traje, y además sabe tocar bien las castañuelas, no se cambiaría ni por Bosch, que es hoy el amo de Madrid, ni por Romero Robledo, que ejerce ahora de Rey absoluto de España y de sus Indias.

Las castañuelas bien tocadas son el mejor adorno del mozo así vestido, además de ser la alegría del baile.

Bien lo da á entender el cantar:

Castañuelas de tejo
con cintas verdes,
más las estima un majo
que un par de bueyes.

Cerca del baile se ha formado otro corro grande, casi de hombres solos; es el *aluche*, donde dos mozos de distintos bandos, por ejemplo, uno de un lado del río y otro del otro, se agarran por la ropa de una manera especial, y queda vencedor el que, por tener más fuerza ó más maña para echar á tiempo una zancadilla, derriba al otro en tierra.

Contra el vencedor sale á luchar otro del mismo bando del caído, y si queda vencedor á su vez, le sale otro del bando contrario, durante así la función hasta que oscurece.

Es un juego muy parecido al de la política, aunque más divertido y más barato, y en el cual el poder moderador, que es el público, nunca se alparcea ni tiene miedo á nadie, sino que siempre da la victoria á quien la gana.

SOBRE LIBROS.

I.

(1888.)

«¡Vivir es recordar!...»—Es cierto. Por eso recuerdo yo haber leído hace como dos meses un poema titulado *Diego*, que comienza con aquella frase, siendo su autor D. José Jurado de la Parra.

No todos los días se han de echar á los... académicos, y hoy es un día que he decidido yo no echársele á dichos señores: les he echado ya muchos.

Y es preferible dedicar algún rato á las obras de la juventud que promete dar gloria á su patria.

«¡Vivir es recordar!» ¿Y quién olvida
La juventud querida,
Esa edad de perpetua bienandanza,
Que nos siembra de flores el camino
Y nos muestra el destino
Bañado por el sol de la esperanza?

Así empieza el poema del Sr. Jurado. ¿No

es verdad que esta primera estrofa sabe mucho á *Idilio* de Núñez de Arce?

Sin embargo, el Sr. Jurado se proclama discípulo de Campoamor en el prólogo de su libro.

El argumento de este poema es harto sencillo, sin que por eso deje de ser, á lo menos allá en el desenlace, harto inverosímil.

El protagonista, Diego, es un buen muchacho que sigue la carrera eclesiástica en un seminario, donde

«Juicioso, diligente y aplicado
Y al estudio entregado,
Nunca pensó del mundo en los placeres;
Y embriagado en las santas oraciones,
No sintió las pasiones
Que en el pecho despiertan las mujeres.»

Pero una tarde saliendo de paseo con los demás colegiales, ve una joven hermosa, muy hermosa, y se enamora de ella. Vacila entre seguir su anterior vocación ó ahorcar los libros; pero al cabo se decide por combatir aquel amor que de repente ha surgido en su alma, y cuando cree que le tiene ya vencido y del todo apagado, se ordena.

Algún tiempo después, una mala casualidad hace que vuelva á ver en el paseo á aquella joven, y vuelve á sentir la espina del amor; pero lucha como un valiente, acude á la oración, se mortifica, se pone cilicio y alcanza

victoria, quedando la materia sometida al espíritu.

Así vivía cumpliendo fielmente sus deberes de párroco, porque ya era párroco, cuando otra casualidad, y esta es la más negra, hizo que una mañana, en el momento de ir á decir misa, se le presentara á la puerta de la iglesia aquella misma joven hermosa, más hermosa que nunca, como que iba nada menos que á casarse. El sacerdote siente revivir el antiguo amor, quiere huir y no puede, porque el poeta no le deja; pues por lo demás, bien podía haber encomendado la celebración de aquel sacramento á un vicario; pero en fin, el caso es, que el párroco se pone á bendecir aquella boda, y tanta violencia se hace para resistir á la tentación que se cae muerto de repente.

¡Tableau! podríamos decir aquí el lector y yo, si esta exclamación no se hubiera hecho ya tan cursi.

¿Qué se ha propuesto el poeta en esta obra?... Según el mismo señor Jurado indica en el prólogo, un solemnísimo disparate, combatir el celibato eclesiástico.

«Que la disciplina eclesiástica, dice, pone en un horroroso dilema al sacerdote, exigiéndole un sacrificio sin el cual nada perdería el dogma y ganaría mucho la moral.»

No lo entiende usted, señor Jurado: la

teología y la historia, y hasta el sentido común, dicen exactamente lo contrario. Como que al celibato se debe la santidad de vida y el espíritu de abnegación y de sacrificio que ponen á los sacerdotes católicos tan inmensamente por encima de los presbíteros anglicanos y de los popes rusos.

Sin querer darle aquí al señor Jurado un curso de teología ni de disciplina, me atreveré á rogarle que haga versos, ya que los hace buenos, pero que no resuelva problemas religiosos, y principalmente, que no los resuelva mal.

Porque convendrá conmigo el señor Jurado en que es una manera muy rara la suya de resolver los problemas.

Que un cura entre 1.000, se enamora de una mujer, y sufre ó enferma ó se muere por permanecer fiel á su vocación y á la ley sagrada del celibato... ¡Pues fuera el celibato!

Que un marido entre 100 ó entre 10, si se quiere, se encuentra con que su mujer no le parece ya tan bien como antes de casarse, y en cambio le parece mucho mejor la del vecino, y tiene que luchar y contrariarse y hacerse violencia ó faltar á los deberes sagrados del matrimonio... ¡Pues fuera el matrimonio!

Y así sucesivamente.

La cosa, para dicha, es fácil. Mas por este camino llegaríamos á suprimirlo todo... hasta

á Martínez Campos, tutor oficioso de nuestras tiernas instituciones.

Volviendo al poema, también le aconsejaré al autor que no se deje llevar demasiado de la moda naturalista; vamos, que no escriba tan verde como en la estrofa XXI, que precise bien los términos y no llame deber á lo que no lo es, como lo hace también Echegaray para crear conflictos en los dramas, que no llame *canciones* al *Te-Deum*, que es un himno, y que evite con cuidado los prosaismos, como el de este verso:

«*A fin de que distraiga sus dolores.*»

Claro es que cuando le doy al señor Jurado estos consejos, es porque le considero capaz de ponerlos en práctica.

Tratárase de un académico del trapío de Cañete, ó de Cánovas, ó de Marcelino, ó de don Aureliano, y me guardaría yo muy bien de darle consejos de esa índole.

¿Qué adelantaba con decirle á un académico: evite usted los prosaismos? Era lo mismo que decirle: no escriba usted nunca.

Pero al señor Jurado se le puede encargar todo eso, porque sabe hacer y hace versos agradables.

Como, verbigracia, esta descripción de la primavera:

«Bañada por el sol del Mediodía
La hermosa Andalucía,

Luce esplendente su gentil belleza,
 Y esparce de las flores de Granada
 La esencia perfumada
 Por los pintados valles de Baeza.

.....
 Las ramas de los árboles erguidos,
 Al peso de los nidos
 Con blando movimiento se cimbrean,
 Y se espesan los cínifes sutiles,
 Y los yertos reptiles
 Del sol á los halagos serpentean.

—
 ¡Todo es contento, juventud y amores!
 Himnos son los rumores,
 Besos las brisas y verdor las lomas,
 Bullente plata el caudaloso río,
 Las flores son rocío,
 La luz colores y el ambiente aromas.º

No creo que sean estas las estrofas mejores del poema, pero creo que quien ha escrito estos versos tan fáciles, tan espontáneos y tan dulces, puede hacer cosas excelentes.

Siga escribiendo el señor Jurado, medite mucho los asuntos antes de decidirse á aceptarlos, ponga después gran esmero en el desempeño, y ya verá.

II.

(1890)

Impreso con esmero en Palma, en la «Biblioteca Popular,» ha caído en mis manos un tomo de poesías de D. Juan Alcover.

—¿Poesías?—preguntará el lector escamado.—¿Lo dice usted de veras? Porque como corren tantos libros con ese nombre de poesías, y va uno y los abre y... la poesía no parece.....—

Es verdad. La observación no puede ser más oportuna. Y si no que lo diga el nuevecito y lujoso volumen que ha publicado Mariano Catalina en su *Colección de autores castellanos* (?) en el cual, bajo el rótulo de *poesías*, se encuentra uno con versos de Cánovas, que así son poesía como él es humilde.

Mas por esta vez el título de *poesías* en el libro del Sr. Alcover no está mal puesto; porque los versos del Sr. Alcover son *poesías* en el verdadero sentido de la palabra.

El Sr. Alcover tiene numen, ternura, gracia en la expresión y mucho de eso que llaman *sentimiento*, y que yo no lo llamo de otra manera porque casi no sé cómo llamarlo...

Poesía... eso es, poesía; pero el definido no debe entrar en la definición.

¿Que hay en los versos del Sr. Alcover alguna sin correcciones? Claro que las hay, sí señor; todos los poetas las tienen. Precisamente porque el Sr. Alcover es poeta y porque sus versos son espontáneos, fáciles, *sentidos* (ya pareció otra vez el sentimiento) han de tener incorrecciones. Si fueran versos fríos y hechos á máquina como los de los académicos, versos formados de palabras incongruentes, unidas unas á otras, no con sintaxis verdadera, que no la suelen conocer esos señores, sino con un aglutinante especial que los académicos usan, entonces podrían ser muy correctos y muy limados, y no decir nada ó decir una tontería, como verbigracia:

«Madre natura de potente seno»

ú otra por el estilo.

No es que le alabe las incorrecciones al señor Alcover; al contrario, se las censuro, y deseo que las evite en lo posible.

Así le censuro, por ejemplo, que en la poesía titulada *Consolación*, que es muy hermosa, los cuatro primeros versos estén construídos en esta forma:

«Al decirme adiós mi madre
colgóme una cruz al pecho:
con ella á los desengaños
ni á los infortunios temo.»

Donde falta en el tercer verso un *ni* para que haga sentido gramatical. Pero tres ó cuatro cosas así, en un libro lleno de bellezas, son bien dispensables.

Y efectivamente, el libro del Sr. Alcover está lleno de bellezas.

¡Qué hermosa es la primera composición titulada *Mi libertad!* ¡Qué delicada y qué poética es la idea de pintar al hombre al entrar en la edad viril, no sabiendo qué hacer y asustándose de su situación propia!

«Llegué á la cumbre de la vida, en donde
la libertad, mirándome serena,
puso la augusta clámide en mis hombros
y en mi sien la diadema.

—

»Pláceme el atavío; mas os juro
que de esta noble condición me pesa,
y no sé qué pavor infunde al alma
la vestidura nueva.....

—

»Y ¡cómo no temblar, si cuando en toda
su plenitud abarca su existencia,
desengañado el hombre de sí mismo
conoce su miseria!.....»

También es hermoso el poemita titulado *El nido*, donde el poeta, protestando que no quiere imitar á Campoamor, le imita como pocos.

Un muchacho, Ramón, encuentra un nido, da cuenta del hallazgo á su primo Roque, y entre los dos determinan esperar á que los

pájaros tengan pluma y entonces regalársele á Margarita, otra prima á quien ambos quieren mucho. Un día Roque coge el nido á traicion y se le lleva á Margarita como regalo exclusivamente suyo. Cuando el pobre Ramón va luego á ver el nido encuentra el sitio desocupado, y persiguiendo á un gato, al que cree autor del delito, llega á un aposento en donde

«Sacando de una taza pan mojado
con su dedo menudo y sonrosado,
daba á unos pajarillos alimento
la niña.....»

La cual le reveló que se los había regalado Roque.

¿Qué hizo Ramón después?

Nos lo dirá el poeta:

..... «El pobre mozo
fué encerrado en obscuro calabozo,
porque á su padre le contó un vecino
que había dado á Roque unos cachetes.....

.....
»Pensando el infeliz encarcelado
qué sólo le faltaban los grilletes
para ser un grande hombre desgraciado,
consideró de esta verdad en prueba
que el nuevo mundo por *Colón* hallado,
de *Américo Vespucio* el nombre lleva;
y presintió que con diversos nombres,
mas por igual miseria confundidos,
lo mismo son los niños y los hombres,
ya se trate de mundos, ya de nidos.»

¿Verdad que esto es hermoso?

Pues no lo son menos las composiciones que se titulan *Unidad en la variedad*, *En el álbum de M. de A.*, *Las dos espadas* y otras muchas.

Tiene el libro varios apólogos, algunos lindísimos. Tiene una oda á *La gruta de Astá*, que es un arranque de inspiración robusta y vigorosa, y tiene composiciones ligeras escritas en álbums, algunas de tono un poco naturalista, pero otras sumamente agradables. Son muy graciosas las tituladas *La lúpia* y *Res pro domimo clamat*.

Una composición hay en el libro que no me parece poesía, y es la titulada *El sepulcro*. Está escrita en versos sueltos que, cuando están bien hechos, son casi irresistibles; de modo que cuando no lo están... Y luego la falta de poesía del asunto, que es una escena de la vida del último monarca, don Alfonso, contribuye con el metro á hacer la lectura poco amena.

Perdonémosle este pecado al que ha escrito el bellissimo apólogo *La nube y la fuente*.

No puedo resistir el deseo de copiarle:

«Trémula de placer una fontana,
al beso halagador se sonreía
del sol de la mañana.
Mas de pronto una sombra se interpuso
entre el amante y ella,
y con rumor confuso
así la fuente dice y se querella:
—¿Por qué de mi tesoro,
por qué del regalado sol de estío,

que en mí bañaba sus cabellos de oro,
 me privas importuna?
 La nube respondió:—¿Del seno mío
 no sabes tú que brota
 el agua que destila gota á gota
 ese peñasco azul sobre tu cuna?
 ¿No sabes tú que el sol que te embelesa
 extinguiéndote va cuando te besa?
 No llores, pues, ingrata,
 porque el materno amor que te da vida
 guardarte quiera del amor que mata.
 Estremeció la selva oscurecida
 sutil y fresco viento;
 suspiró su follaje movedizo,
 y la nube, llenando el firmamento,
 sobre la tierra en llanto se deshizo.»

Ahora, un consejo al autor, á quien no conozco más que para aplaudirle.

Cuando publique otro libro, no le ponga prólogo ajeno, y si se le pone, que no sea tan impertinente como el que á éste puso, firmado por un hombre de bien, que ni tiene de literato más que las pretensiones, ni hace otra cosa que hablar del arquitrabe cuando declama contra la crítica. Véase la clase:

«La tarea de los *disecadores* de versos, que con sus lentes ahumados como su conciencia (uf, qué horror!) suelen mirarlos al trasluz y *les dan con los nudillos*, no para conocer si están huecos, que esto poco les importa, sino para cerciorarse de que sue nan acordes con *el diapasón normal* (?) y los empañan con su aliento *pestilente* (¡atiza!) poniendo á prueba su tersura, y *aquilatan en la balanza* su exacta ponderación, á fin de ponerles la marca del fiel con-

traste, ó grabar en ellos con la punta de su *sórdida lima* (¡cuánta sabiduría, hombre!) el estigma de la falsedad ignominiosa, podrá ser tarea tan grande y tan elevada como quieran, pero siempre *hemos creído* que en la clasificación de la fauna del Parnaso (ha de haber un oso, ¿eh?) pertenecen estos seres al reptilismo literario. Por algo viven *ocultos y enroscados.*»

¡Caracoles con el hombre!...

Me parece que no es posible decir más incongruencias en tan pocos reglones. Porque empieza hablando de los *disecadores* de versos, de modo que allí los versos son bichos; en seguida se pasa de la zoología á la cerámica, y habla de dar á los versos *con los nudillos*, como si fueran tejas ó pucheros, y salta á la música hablando del *diapasón normal*, y se mete por la higiene, tratando de la *pestilencia* del aliento que *empaña* los versos, los cuales ya no son aquí bichos disecables, ni tejas que se prueban por el tañido, sino espejos, para ser más adelante sortijas ó zarcillos, donde habla de *aquilatarlos*, y demuestra que no sabe lo que es aquilatar, sino así... al poco más ó menos, y les *graba* luego con la *sórdida lima*, que ni es sórdida ni es para grabar, concluyendo por volverse otra vez á la zoología y hablar de los reptiles...

Todo sin necesidad; porque al frente de un volumen de versos buenos maldita la falta hacía ese exabrupto contra la crítica.

De todos modos, la cosa, si no hiciera reir,

sería triste. ¡Mátense ustedes para eso! ¡Señalen ustedes los ripios donde los hay, y enseñen ustedes á los académicos y demás gente indocta á distinguir los versos buenos de los malos, para que venga luego con sus manos lavadas... (si es que se las lavó antes de escribir) un honrado curtidor, y les suelte á ustedes una granizada de simplezas, no sé si *enroscadas*, pero no *ocultas*, pues saltan á la vista!

Mire usted, señor prologuero, está usted equivocado en muchas cosas. Habrá críticos que usen lentes, pero no los uso ni ahumados ni por ahumar, y tengo la conciencia, por la misericordia de Dios, mucho más limpia que las que se estilan ahora. Yo censuro los versos que merecen ser censurados y no los que no lo merecen. Pero usted no lo entiende, y por consiguiente, no se meta usted en estas cosas. ¿No ha oído usted un refrán que dice: Cada uno á su oficio y los sastres á coser? Pues esa es la fija.

III.

(1892.)

Con el humilde título de *Prosa ligera*, acaba de reunir en un libro José de Laserna treinta y tantos artículos y bastante gracia.

Por cierto que el ejemplar que yo he leído tiene, además de la gracia común á todos los demás ejemplares, la de una dedicatoria en verso, que dice:

«A Miguel de Escalada,
á Antoñito Valbuena,
á Venancio González,
tres personas diversas
y un solo literato
honra y prez de las letras (1),
este ejemplar dedica
de su *Prosa ligera*
quien «apenas se llama
Pedro,»

PEPE LASERNA.»

No hagan ustedes caso de lo de la «honra y

(1)

Crean ustedes que esto
no lo dice de veras;
es una flor que... vamos,
siento no merecerla.

prez», como ya les digo en la nota, y no tomen ustedes la dedicatoria sino como muestra de la facilidad con que Laserna hace versos. Para eso la he copiado.

Pero no hace con menos facilidad la prosa, especialmente esa prosa moderna, recortada y salpicada de chistes.

Y de chistes buenos.

Yo no sé por qué, la sal con que sazona sus escritos Laserna me parece de mejor gusto que la de otros escritores que también la emplean con abundancia. Acaso será porque Laserna, como burgalés, usa la sal de Poza, que es la que se ha gastado siempre en León y Castilla, hasta que, muy recientemente, la han disputado la primacía otras sales, no obtenidas por evaporación como aquella, sino extraídas de bajos yacimientos, las cuales suelen contener mezcla de otras sustancias que las dan, en lugar del color blanco puro, cierto matiz verdoso.

Decir que á uno le pusieron «como chupa de Comelerán», para llamar *dómine* á este pobre diablo; decir que otro «tiene ideas propias, aunque malas»; reconocer el «derecho constitucional de emitir libremente las opiniones y hasta los disparates»; hablar de «un corresponsal láico, gratuito y obligatorio», etc., etcétera, es para Laserna cosa corriente.

¿Que cuáles son los artículos que me han gustado más?.....

Pues los titulados *Banqueteemos*, *Treinta años, ó la vida de un hombre público*, *Nombres populares*, *Los garbanzos*, *Curdaking-Car*, *Nuestros padres... políticos*, *El perfecto reformista...* Y el que me ha gustado menos, *Doble embargo*.

Algunos defectos encuentro en el libro; por ejemplo, el de hablar en el artículo titulado *El noticierismo antes de Cristo*, de *Livinius*, *Titinius*, *Asidius* y *Fontejus*. En castellano nunca se escriben así los nombres latinos, sino terminándolos en *o*, *Livinio*, *Titinio*, *Asidio* y *Fontejo*. ¿No habla en el mismo artículo el señor Laserna de «la colina de Jano?» ¿Por qué no ha dicho *Janus*? ¿Por qué no ha escrito á la cabeza del artículo «El noticierismo antes de *Christus*?» Y escribiendo *Cristo* y *Jano*, ¿qué razón hay para escribir *Asidius* y *Fontejus*? ¿No se acuerda ya Laserna de aquello de: «Adiós, *Globus*; expresiones á *Emilius*?»

Tampoco está bien dicho «yo conozco *Bollulos*» (un pueblo); hay que decir «yo conozco á *Bollulos*».

IV.

(1892).

El libro de que voy á hablar ahora es de *Clarín*, y se titula *Ensayos y revistas*.

Como lo he dicho ya muchas veces, no necesito volver á decir ahora que *Clarín* escribe bien; tan bien, que casi no sé yo cómo se podría escribir mejor.

Y no es extraño que *Clarín* escriba bien, porque, si hemos de creer á Horacio, la principal condición para escribir bien, es saber; y *Clarín* sabe mucho.

Lo que tiene es, que no es bueno todo lo que sabe, y aun se puede decir que sabe más de lo malo que de lo bueno.

Por eso, gustándome mucho cómo escribe, no me suele gustar lo que escribe, porque suele arrimar el ascua á la sardina de la impiedad y del descreimiento.

No es sectario tan apasionado y furioso como Picón, que arremete á ojos cerrados contra todo lo que huele á catolicismo; pero es algo sectario.

Tiene intuición estética y gran caudal de conocimientos para comparar: percibe la belleza y la reconoce casi siempre sin tener cuenta con el autor de la obra; pero á veces se deja arrastrar del apasionamiento ó del interés de secta y defiende cosas indefendibles, y pone en ejercicio todo su ingenio, que es mucho, y toda su ilustración, que es mucha también, para tratar de convencer á los lectores, verbigracia, de que es poeta Menéndez Pelayo, de que lo es Valera, ó de que una novela de Pérez Galdós, simplemente sosa y aburrida, es profundamente trascendental, con una trascendencia que se esconde á la ignorancia de la generación presente.

En tratándose de Pérez Galdós, la pasión de *Clarín* se parece al fanatismo de los musulmanes; pues como éstos la peregrinación á la Meca para adorar al zangarrón de Mahoma, emprende él la peregrinación á Madrid desde Asturias para adorar á D. Benito, á su modo, aplaudiéndole en un drama insulso y disparatado.

¡Qué lástima! ¡Un talento como el de *Clarín* aplaudiendo por la noche en el teatro y alabando á otro día por la mañana en *La Correspondencia* aquellos himnos cursis al suicidio, aquella *moral* mormona y aquellos alardes de deísmo trasnochado!

Tenía yo esperanza de que el ilustre catedrático y amenísimo escritor se había de ir

curando poco á poco de su pasión sectaria y había de volver al campo de la verdad. Le había visto maltratar á Pereda, como á cualquier padre Muiños, cuando acababa de escribir *El buey suelto...* y le había visto unos años después elogiar franca y fervorosamente á Pereda, cuando escribió *La Montálvez*, no porque esta novela fuera mejor que *El buey suelto...*, que á mi juicio no lo es, sino porque la verdad se había sobrepuesto en el crítico á las preocupaciones.

Tenía esperanza de que se convirtiera *Clarín*; pero los últimos acontecimientos, ó mejor dicho, los últimos escritos suyos referentes á esos acontecimientos, al estreno teatral de *Realidad*, verbigracia, me la van haciendo perder poco á poco. Hoy por hoy, á pesar de su entendimiento privilegiado, es tan *benitólatra* como el último gacetillero progresista.

De ésta y de las otras debilidades creo que le curaría yo si se pusiera en mis manos; pero está lejos.

Me parece á mí que si á *Clarín* se le obligara á leer dos veces, pero de verdad, con centinelas de vista, los tres tomos de *Angel Guerra*, y una sola, pero de punta á cabo, el tomo de versos de Marcelino, ni volvía á tener á Menéndez Pelayo por poeta, ni á entusiasmarse de veras con Pérez Galdós como novelista.

No creo posible que su buen gusto resis-

tiera la lectura de tres mil versos como estos que siguen:

«De dieciocho las cenizas guarda
mártires sacros en la misma urna
fiel nuestro pueblo; á Zaragoza asiste
gloria tan alta.»

Ni creo que pudiera leer dos veces (y se lee veinte veces el *Quijote*), aquellas descripciones pesadas de las calles de Toledo con sus pendientes y sus recodos.

Lo malo es que no se pueda hacer la experiencia...

En todos los artículos de este libro de *Clarín* se puede aprender mucho; todos están llenos de erudición, todos tienen, poco más ó menos, los mismos atractivos de forma, que son siempre más de los que se necesitan para leerlos de una vez y sin cansancio, aun siendo largos y siendo muchos; pero casi todos adolecen de los indicados defectos.

¡Qué lástima!

LA S EXPOSICIONES.

(ARTÍCULO ARRIESGADO).

(1882).

Ni mi filiación de oscurantista, ni mi educación de retrógrado, me han de impedir que lo reconozca. Vivimos en *exposición* permanente. La vida moderna, bien entendida, es una *exposición* constante.

Todo vecino de Madrid está expuesto: 1.º A dormir en la prevención; ó si no precisamente á dormir, porque esto es difícil, cuando menos á pasar la noche, por alguna mala inteligencia (mala tiene que ser, porque no tienen otra) de los empleados que mantene-mos y vestimos de colorines para que conser-ven el orden público. 2.º A ser abofeteado en la calle, si se descuida, por algún *Antoñete* ó inspector de los que también mantenemos, aunque no los vestimos de colorado, es decir, de los de la policía secreta. 3.º A que le den la leche con agua, el pan con yeso, y mil por-querías con el chocolate. 4.º A que le atrope-

lle el tranvía ó algún coche particular ó general, ó el *ómnibus Ripper*, que anda ya hasta por las aceras. 5.º A tomar duchas gratis administradas por alguna manga de riego. 6.º A tener que hacer cola en el Banco. Y 7.º y esta es la más negra de todas; á que le desafíe *Alma-viva*.

Todo ciudadano español, sea ó no vecino de Madrid, está expuesto, por otra parte, á que le embarguen hasta el modo de andar si es contribuyente, á tener que emigrar si no lo es, á morir de hambre en cualquiera de ambos casos, y á que haga fuego sobre él la Guardia civil, por un quítame allá esas pa-jas. (1)

Me parece que pedir más exposiciones fuera avaricia manifiesta.

Y sin embargo, hay otras muchas; casi innumerables. Imitando el estilo de aquel novelista que dijo: *era de noche y sin embargo llovía*, etc., puede decirse que «estamos en Junio y sin embargo llueven exposiciones».

Las hay de acuarelas y de todo género de pinturas, en donde suele estar *expuesto* el arte, gravemente expuesto, y á veces hasta el pudor y todo.

Hay exposiciones de hortalizas, de flores,

(1) Se aludía á lo sucedido en Amusco en Junio de 1881, donde un oficial de la Guardia civil mandó hacer fuego sobre unos paisanos que lidiaban un novillo, porque no querían seguir sus indicaciones, resultando algunos muertos y heridos de la descarga.

de pájaros (no de *pájaros* políticos, que éstos no quieren exponerse), de ganados, y hasta de *perdidos*; en fin, de todo género de animales.

En algunas de estas exposiciones, por ejemplo, la que verifican todas las tardes á la hora de ir la gente á paseo, los socios de los Casinos, no se expone nadie más que á perder el tiempo.

En algunas otras exposiciones ni siquiera el tiempo se pierde, porque se oye música.

Una tarde, mediante el pago de dos pesetas, destinadas, según oí decir, para un objeto benéfico, entré en la exposición de hortalizas y pájaros, que tuvo instalada en el Buen Retiro la Sociedad Protectora de Animales y Plantas.

Entré, francamente, porque me decían que la tal Exposición ó la Sociedad que la instalaba, acababan de obtener la bendición de algunos obispos, y tenía deseo de saber sobre qué habían recaído aquellas bendiciones.

Lo primero que ví fueron unos tarjetones blancos, clavados á lo cimero de unas estacas muy altas, en los cuales se leían unas aleluyas ó máximas morales; pero morales así... con la moral que se puede pedir á la Sociedad de animales protectora.

Una me acuerdo que decía:

«No echas al burro gran peso,
Que es, *cual tú*, de carne y hueso.»

Será *cual tu*, dije yo para mí, refiriéndome al autor del pareado, y seguí adelante.

Después me enteré de que, en efecto, algún obispo había bendecido aquella exposición condicionalmente; á saber: en cuanto pudiera contribuir á la gloria de Dios y bien de las almas.

Pero así y todo me hubiera alegrado de que, ni con condiciones ni sin ellas, no hubiera bendecido aquello ningún obispo. (1)

Otra tarde fuí á ver la exposición de ganados, instalada en la parte más baja del Retiro.

¡Qué lujo!... Animales gordos y lucidos como progresistas con nómina, amarrados á sus pesebres (los animales) en lujosos establos de madera pintada, parecían decir con orgullo á los curiosos transeuntes:

—«¡Aquí verán ustedes! La civilización moderna con sus ideas de igualdad se va abriendo paso, ó mejor dicho, trote. Ya no hay clases. Sea por elevación de la raza nuestra, sea por humillación de la raza humana, lo cierto es que ya todos somos unos. Aquí donde ustedes nos ven, nos han visitado el

(1) Así como me alegraría de que no bendijeran ni recomendaran tan fácilmente á los candidatos para diputados á Cortes. Porque después de bendecir al candidato liberal conservador, por ejemplo, tienen que bendecir, lo mismo al fusionista, y aun al republicano, si lo pide, sin otro resultado práctico que el tristísimo de que los fieles se acostumbren á no hacer caso de estas recomendaciones.

Alcalde y el Gobernador y los Ministros responsables y el Monarca irresponsable y toda la corte, y han preguntado por nuestra salud y por nuestra edad y por nuestros nombres... No se dirá de nosotros como de algunos diputados, que nadie nos pregunta los años que tenemos... ¡Cuánto darían algunas personas por estar tan bien cuidadas, tan lujosamente aposentadas y en tan buenas habitaciones como nosotros!...

Estas habitaciones suelen tener arriba escrito el nombre del morador, pero algunas tienen el del dueño, lo cual da lugar á extrañas sorpresas.

En la sección de animales de lana leí un rótulo que decía: «Excmo. Sr. Marqués de Perales».

Fuí á mirar con cierta curiosidad y hallé dentro de un redil, un candoroso borrego blanco.

Encima de otra jaula se leía el apellido Queipo de Llano, en seguida pensé en el conde de Toreno, mas luego advertí que el nombre no era el suyo.

Vamos, dije para mí; será algún hermano de su excelencia.

Me llegué á ver, y dentro de la jaula dormía un robusto perro de Terranova.

En la parte superior de otra barraca leí desde lejos el nombre de un conocido progresista.

No está mal representada la especie, me dije; y acercándome al departamento donde creía encontrar un bípedo casi consciente, encontré un pollinejo no de mucha alzada, pero bien guarnecido, que, denotando en sus ojos una satisfacción rayana al entusiasmo, se entretenía en roer el ramal por puro pasatiempo.

Y pasemos á otra cosa.

Conocemos un amigo y yo á un general notabilísimo.

Puede decirse que es el general H. Y así le llamamos nosotros.

Muy aficionado á contar sus proezas, llegó una vez á un episodio en que no le pareció justo dejar de tributar un recuerdo á su fiel compañero de glorias y fatigas. El episodio, no del todo raro en su carrera, era precisamente una retirada algo precipitada; y el general con su habitual sinceridad, decía:

—«Por cierto que tenía yo entonces un caballo... ¡Ah! ¡qué caballo tenía yo entonces! un caballo tordo que llevaba la vista. Mi mujer estaba enamorada de él... Es verdad que mi mujer siempre se enamora de los animales...»

No digan ustedes «ya se conoce,» porque no hace falta.

Y con estos antecedentes, sigamos.

Dos horas después de salir de la Exposición, encontré á mi amigo:

—Oye—le dije—acabo de ver al general *Hache*.

—¿Dónde?—me preguntó enseguida, porque tiene la debilidad de que todo lo tocante al general H le interesa. ¿Dónde?

—En la Exposición de animales.

Mi amigo me miró ligeramente maravillado, y me dijo:

—¡Calla!...

—No, no callo; no vayas á creer que estaba expuesto...

—¡Ah! (Sin extrañeza).

UNA COPORACIÓN... MODELO.

(1892.)

Va habiendo ya muchos que creen que á las Diputaciones provinciales las pasa lo que á la forma poética.

Ya saben ustedes lo que la pasa á la forma poética; vamos, lo que algunos ateneistas, que además de no saber hacer versos, son envidiosos, dicen que la pasa: que está llamada á desaparecer.

Pues bueno, yo creo todo lo contrario.

Creo que la forma poética no puede desaparecer jamás, porque no puede desaparecer la belleza artística, y la forma poética es su mejor forma de expresión, mal que pese á los que no pueden usarla.

Y creo que tampoco han de desaparecer las Diputaciones provinciales, sino que durarán entre nosotros mientras dure el desdichado sistema parlamentario, por lo mismo que no sirven para maldita de Dios la cosa.

Como no sea para lo que sirven otras varias ruedas del sistema consabido; para per-

turbar y empobrecer al país, y para sostener malandados á costa del pueblo que trabaja.

Yo no sé de cierto cómo son las otras Diputaciones provinciales, aunque de casi todas he oído, y de todas tengo motivos para creer que son bastante malas; pero lo que es la de León... ¡Dios mío, qué cosa más perdida!.....

La mayor parte de los Diputados no cuidan más que de ir colocando en las oficinas á paniaguados suyos é irles subiendo el sueldo, aumentando, como es consiguiente, cada vez más los gastos. Esto, amén de cobrar ellos sus dietas como individuos de la Comisión provincial, el año que les toca.

Cuando algunas personas de recto criterio y de sanos propósitos llegan á tomar asiento en la Diputación provincial, sus proposiciones, sus reclamaciones, sus honrados esfuerzos se estrellan siempre contra la rutina ó contra el caciquismo.

Así como en los Ayuntamientos compuestos de palurdos hay un Secretario leguleyo que lo dispone todo, que hace lo que quiere de la Corporación y para el cual no es el Alcalde más que un zarandillo; así hay en la Diputación un antiguo contador al cual le dejan llevar las cosas á su manera, aunque no sea la mejor manera posible, ni con mucho.

Un año (hace pocos todavía), la Diputación formó su presupuesto, en el que figura-

ba una cantidad enorme destinada á Obras públicas, es decir, destinada á pagar los sueldos del numeroso personal de Obras públicas, pero en el que no figuraba ninguna cantidad, ni una peseta, destinada á construir ninguna obra.

Al Ministro de la Gobernación, que era don Venancio González, no le pareció bien la cosa. Es claro. ¿Para qué quieren éstos, se diría él, tan numeroso personal de Obras públicas y tan bien retribuído, si no van á construir ninguna obra? Y les volvió el presupuesto sin aprobar.

—Pero ¿cómo habían dejado ustedes pasar esa atrocidad?—preguntaba yo á un Diputado cuando lo supe.

—Yo le diré á usted—me contestaba—no faltó quien hiciera observar allí la necesidad de destinar algo á la carretera que se está construyendo; pero dijo Pesadilla (el contador) que no hacía falta, que con los sobrantes de todos los ramos se podría subastar un trozo. Todo el mundo se dió por satisfecho, y ahora..... vea usted.—

En la penúltima reunión ordinaria, en la de Noviembre del 91, un alto empleado de la Diputación, fundado no sé si en su gracia particular, pidió á la Corporación que le aumentara el sueldo.

Y los Diputados, en lugar de oponerse resueltamente á esta pretensión injusta, anda-

ban avisando á los demás empleados, cada cual á sus protegidos, para que solicitaran también aumento de sueldo, puesto que se les iba á aumentar á Fulan o y á Citrano.

Afortunadamente, un periódico de la localidad, *La Montaña*, clamó contra el abuso, con lo cual se produjo grande excitación, y los padres, digámoslo así, de la provincia, no pudieron realizar en toda la premeditada extensión su empresa *patriótica*. Pero tampoco fracaso ésta del todo, pues algún empleado se quedó con carne en las uñas.

Otro caso. Había un Secretario de la Junta de Instrucción pública, que llevaba ya muchos años, cerca de treinta, desempeñando ese destino. Por sus buenos servicios, y porque siempre ha sido muy complaciente y muy rumbosa la Diputación de mi tierra, se le habían ido acordando gratificaciones, que en junto creo que sumaban casi otro tanto como el sueldo. Murió este empleado, y se trató de nombrar sucesor.

La plaza fué muy solicitada, y el afortunado mortal que logró vencer á sus competidores, en vez de contentarse con el sueldo de plantilla, por el cual había otros muchos que querían servir el destino, pidió enseguida que se le diera el mismo sueldo que al morir disfrutaba su antecesor, con las gratificaciones que por sus méritos personales y largos servicios le habían sido concedidas. Y es claro; la Di-

putación, siempre rumbosa, se lo concedió inmediatamente.

Así se explica, ¡vaya si se explica! que la Diputación de León, desangrando á la provincia para reunir un presupuesto enorme, la tenga sin caminos, y que no haya construído en catorce años más que veintitantos kilómetros de carretera, y que haga ya cerca de un lustro que no subasta ni siquiera un trozo.

Pues en el año corriente el presupuesto de la Diputación provincial de León tropezó, como era natural, contra el decreto del señor Elduayen, que trató de meter á las Diputaciones en cintura.

¡Ah! ¡El decreto del Sr. Elduayen!

—«Digan lo que quieran los termómetros—exclamó filosóficamente el amigo Ferreras al hacer el balance de uno de esos días calurosos de Madrid que le hacen á uno sudar á mares—digan lo que quieran los termómetros, hoy ha sido el día de más calor de la temporada.»

Y una exclamación parecida me inspiraba á mí el decreto del Sr. Elduayen, tan combatido y tan acusado de extralimitación, de ilegalidad, etc., etc.

Digan lo que quieran las leyes, esas leyes que en los Parlamentos liberales se hacen un año para ser derogadas al siguiente ó para no ser cumplidas nunca; digan lo que quieran las leyes—decía yo—este decreto del Sr. Eldua-

yen es cosa óptima. No tiene más defecto que el de estar condenado á ser letra muerta.

Como lo ha sido efectivamente.

El presupuesto de la Diputación de León tropezó en ese decreto y fué devuelto para su reforma.

¿Pero creen ustedes que la Diputación de León se sometió de buena fe al decreto?

¡Quiá! Lo que hizo fué tratar de eludirle, hacer que tal empleado figurara como de beneficencia sin serlo, que tal otro cobrara por tal parte, y con estas maturrangas y marrullerías, y con las recomendaciones de los más distinguidos caciques del partido imperante, el presupuesto, no reducido á la mitad como merecía, sino algo aumentado, pasó como una seda.

V vamos andando... hacia la ruina.

Pero se van merendando lo poco que en la provincia deja el fisco, los parientes y los amigos de los diputados provinciales.

CONGRESO LITER... ¿QUÉ?

Imitando con bastante perfección á Juan Palomo, se guisaron... digo, se reunieron hace días, en el local de la Asociación de Escritores y Artistas, unos cuantos señores, más ó menos ó nada literatos, y se comieron... digo, se nombraron la Junta organizadora de un Congreso literario hispano americano que, para solemnizar el Centenario del descubrimiento de América, se ha de celebrar en esta corte, si Bosch quiere.

Digo si Bosch quiere, y no si Dios quiere, como se decía antes, porque ahora, además de contar con la voluntad de Dios para todas las cosas, hay que contar también para muchas con la de Bosch y Fustegueras, que es un diosecillo catalán de menor cuantía, pero de asoladores instintos, impuesto por Romero y tolerado por Cánovas en la Alcaldía de esta corte.

Y es claro que si Bosch no quiere que se celebre en Madrid el malaventurado Congreso, no se celebrará; pues sólo con proseguir

de aquí al otoño la furiosa campaña de demolición que ha empezado, para cuando llegue la época del Centenario no quedarán ya de Madrid más que las ruinas.

Pero sea de esto lo que quiera, y no lo que quiera don Antonio, que apenas manda ya, sino lo que quiera el Presidente efectivo, el caso es que los señores más ó menos ó nada literatos que se reunieron en el local de la Asociación de Escritores y Artistas, se nombraron á sí mismos Junta organizadora del Congreso literario hispano americano, distribuyéndose los cargos en esta forma:

«Presidente: *Núñez de Arce*.

Vicepresidentes: General Riva Palacio, Ministro de Méjico; *Carvajal (D. José)*; Peralta, Ministro de Costa Rica, *Fabié*; Zorrilla de San Martín, Ministro del Uruguay; Fernández Cuesta (D. Nemesio).

Secretarios: Escoriza (D. Ladislao), encargado de Negocios de la República Dominicana; *Conde de Esteban Collantes*; Gaibrois, encargado de Negocios de Colombia; Ruiz Martínez (D. Cándido); Domínguez, encargado de Negocios de la República Argentina, y Sepúlveda (D. Ricardo).

Comisión de gobierno.—Señores Echegaray, Carvajal, *Conde de Casa Valencia*, *Conde de Esteban Collantes*, *Danvila*, *Conde y Luque*, *González (D. Venancio)*, *Romero Girón*, Navarro Rodrigo, Riaño, *Canalejas*, Dacarrete,

Llano y Persi, *Romero Robledo* y Ruiz Martínez.

Comisión de programa.—Señores Muñoz y Rivero, Nieto Serrano, Fernández Duro, Sánchez Moguel, Vizconde de Campo Grande, Benot, Hernández Iglesias, Ruiz de Salazar, Fabié, Fernández y González (D. Francisco) y Zorrilla (D. José).

Comisión de propaganda.—Señores Fernández y González (D. Modesto), Jiménez Pico, Fernández de Castro, Barbieri, Heras, Montaut, Luceño, Lastres, Pirala, Herreros de Tejada, Lasso de la Vega, Sepúlveda, Avilés, Frontaura, Ramos Carrión, Pulido y Ferrant.

Comisión de prensa.—Señores Antequera, Ortiz de Pinedo (D. Adelardo), Fernández Shaw, Conde de Casa Sedano, Marqués de Valdeiglesias, Fernández Cuesta, Sánchez Pérez, Solsona, Mellado, Rancés, Rodríguez Correa, Fabra, Fernández Bremón, Ferreras y directores de la prensa política y literaria de Madrid.

Comisión de recepción.—Señores Repullés y Vargas, Menéndez Valdés, Valera, Martín Ferrero, Foronda, Bretón, Marco, López Guijarro, Guerrero, Mérida, Nieto, Estremera, Azcárraga, Palacio (D. Manuel), Ortiz de Pinedo (D. Manuel), Balaguer y Alcalá Galiano.»

Tal es, por inverosímil que parezca, la Junta organizadora del Congreso literario (?) hispano-americano, publicada en los periódicos.

Ahora es excusado decir que la Junta es buena, porque nadie lo había de creer; pero sin decir tampoco que sea mala, porque no hace falta decirlo, los lectores me permitirán consignar algunas ligeras observaciones.

Comenzando por el Presidente, observo que el señor Núñez de Arce no está del todo mal colocado y puede presidir ese Congreso; pero mejor podían presidirle otros de más prestigio literario, por ejemplo, don Ramón de Campoamor, que no figura en la Junta, ó don José Zorrilla, que figura en una de las Comisiones en último lugar y como de limosna.

Las vicepresidencias me parecen muchas y no del todo bien distribuídas. Y eso que de los tres señores Vicepresidentes americanos nada he de decir hoy, porque la cortesía me manda creer que son inmejorables. Pero de los nuestros hay que decir algo.

Don José Carvajal, mi ilustre amigo, aunque es mucho más conocido como político y como abogado que como literato, bien está en su vicepresidencia.

Pero el señor Fabié... ¡Dios mío!... ¡el señor Fabié vicepresidiendo un Congreso de literatos de ambos mundos!... ¡Y eso á raíz de haber demostrado que no vale ni para Ministro de don Antonio Cánovas!.....

El señor don Nemesio Fernández Cuesta es un apreciable resto de otra generación, y

hay que perdonarle muchos pecados literarios por haber traducido mucho.

Dejemos pasar los secretarios, que también son seis como los vicepresidentes, tres de allá y tres de acá, y entremos por cualquiera de las comisiones.

Comisión de gobierno..... y al tercer paso nos encontramos con el conde de Casa Valencia... ¿Quién le conoce como literato?..... Nadie. Verdad es que tiene, igual que Fabié, plaza de académico; pero ¿qué importa, si está ya demostrado que la generalidad de los académicos son completamente extraños á la literatura?

Danvila..... sí, señor, abogado y político de poca suerte, pues no ha podido llegar á Ministro (1); pero literato, ¿por dónde?

Conde y Luque..... también Conde (de apellido, por supuesto) y Luque y catedrático y diputado y fiscal del Supremo, que tan abajo han llegado las cosas, y todo lo que ustedes quieran, aunque me parece que ustedes no querran que sea más, ni querrían que hubiera sido tanto, pero lo quiso Cánovas y... en fin, todo lo que él y Cánovas quieran... menos literato. ¿Dónde están sus obras literarias?

Sigue la Comisión de gobierno del *Congreso literario*, y siguen los señores siguientes:

González (D. Venancio), no el de los *Ripios*,

(1) Después llegó y lo fué unas horas, porque Cánovas se vió en un apuro.

servidor de ustedes, sino el auténtico, el ex-ministro de la Gobernación y de Hacienda.

Romero Girón y Romero Robledo, dos plantas olorosas cien veces trasplantadas, de no del todo buen olor político, si ustedes quieren; pero completamente desprovistas de olor literario.

Comisión de programa.—Señores... Muñoz y Rivero... ¡Ah! ¿Que quién es Muñoz y Rivero?... Pues es un abogado..... y lo sé por una casualidad; un abogado laborioso y criminalista, según dicen algunos chicos de la prensa, amigos suyos, aunque más bien parecen enemigos, porque le suelen llamar hasta eminente,... empleado en la Secretaría del Colegio de abogados de esta corte.....

¿Que no es literato, dicen ustedes?..... Claro que no. Yo no conozco de él más que una carta inédita, bastante mal escrita por cierto, en la que oficiosamente trataba de disculpar una debilidad de un pobre hombre á quien Dios haya perdonado.

¡Ah! y también debe de ser obra suya la *Lista del Colegio de Abogados* de Madrid; pero esta no es obra literaria, ni tiene más gracia que la de las equivocaciones; verbigracia la de que aparezcan en ella entre los abogados que no ejercen, los que están ejerciendo.

En la misma Comisión está el vizconde de Campo Grande..... ¿Y cómo no? que dicen en América. ¿Cómo había de faltar de una Jun-

ta vistosa y rimbombante el ilustre expendedor de malos cigarros y peores himnos?

En resumen:

Estábamos todos equivocados. Todos creíamos que los literatos españoles contemporáneos, malos y buenos, eran verbigracia: Barrantes, Bustillo, Bobadilla, Boffil, Bonafoux, Campoamor, Castelar, Cavia, *Clarín*, Delgado (Sinesio), Dicenta, *Fernán-Flor*, Ferrari, Figueroa, Gayangos, Gómez (Valentín), Gómez Landero, Gutiérrez Abascal, Lapoulide, Laserna, Menéndez Pelayo, Navarrete (José), Navarro Villoslada, Ortega Munilla, Ossorio Bernard, Padilla, Palacio (Eduardo), Palacio Valdés, Peña y Goñi, Pereda, Pérez Galdós, Pérez González, Picón, Reina (Manuel), Roure, Rueda, Santisteban, Sellés, Tamayo, Taboada, Troyano, Vega (Ricardo), Vicenti, Vidart, Vital Aza y otros muchos que han escrito libros ó escriben en revistas y periódicos diarios (1).

(1) A los pocos días de publicado este artículo recibí una carta de Córdoba firmada por *Un admirador* (!muchas gracias!), el cual se quejaba de que en la precedente lista de literatos contemporáneos no figuraran algunos que debían figurar, de que figuraran otros que no debieran, y de que el jurado de declamación del Conservatorio se compusiera de dos legos en el arte y tres saineteros.

De esto último ¿qué me cuenta á mí el apreciable *admirador*? ¿No sabe que yo no tengo arte ni parte en la designación de jurados del Conservatorio?

En cuanto á lo demás, el *admirador* debió comenzar por leer con más atención el artículo. Si así lo hubiera hecho, se hubiera fijado en que la lista es de literatos contemporáneos *malos y bue-*

Pues todos estábamos equivocados completamente.

Porque los literatos españoles contemporáneos se llaman, por lo visto:

Romero Robledo, González (D. Venancio), Romero Girón, Conde y Luque, Hernández Iglesias, Fabié, Fernández y González (don Francisco), Danvila, Casa Valencia, Azcárraga (¿será el General?), Bretón (¿será el músico?), Ferrant (¿será el pintor?), Nieto, Montaut, Avilés, Campo Grande, Heras, Muñoz Rivero, Fernández de Castro, Martínez Campos y Rafael Molina.

Estos dos últimos no han sido incluidos en la Junta organizadora del *Congreso literario*, pero podían haberlo sido igual que los otros.

¡Vamos, que tendrán gracia, no me nieguen ustedes que tendrán gracia las escenas que han de pasar en la librería de Fernando Fe y en la de Guttenberg, cuando los americanos que vengan al Centenario, entren por allí preguntando por las obras de los que ellos creen literatos españoles!

nos, como dije al principio de ella, y no vendría reclamando exclusiones.

Tampoco reclamaría inclusiones si considerara que yo no me propuse hacer una lista completa de literatos, sino censurar la constitución de la junta del *Congreso literario*, de la que se apoderaron cuatro malos políticos, hambrientos de celebridad, sin dejar entrar en ella á casi ninguno de los que, buenos ó malos literatos, viven de las letras.

Pero también ¡ponerse á reclamar inclusiones y reclamar la de Pirala!... ¿Creerá mi admirador que las historias de Pirala son literatura?... ¡Caramba! Ya casi siento que me admire.

—Deme usted las obras literarias de Romero Robledo—dirá uno.

—No las hay.

—¿No las tiene usted?

—No las tiene él, no las ha escrito.

—Pues deme usted las obras poéticas de Conde y Luque.

—No las conozco.

—¿Es que ha escrito en prosa?

—Tampoco. No habrá escrito probablemente más que cartas á su familia.

—¿Tiene usted las poesías líricas de Muñoz y Rivero?

—No, señor.

—¿Dónde las encontraré?

—En ninguna parte.

Y así sucesivamente.

DE ESPERA.

Vamos, Señor..... Pero estas liebres... ¿qué estarán haciendo que no salen?... Se va á poner el sol: media hora hace ya que no da en este collado, que está tan fresco y tan hermoso, y tiene una campera tan verde..... Ya se ve... allí debajo de aquellos chaparros sestean en el verano las ovejas, de modo que el terreno está bien abonado, y humedecido con las lluvias del invierno, ahora en cuanto le calienta el sol de Mayo, se pone que da gusto... Parece que está convidando á las liebres á salir á repastar y á solazarse después de los calores del día; pero, nada, las liebres no parecen... y á lo mejor no vendrán, porque ellas son así: cuando con más seguridad se las espera, no vienen.....

Y ¿qué hago yo aquí toda la tarde?... La verdad es que no se está mal debajo de esta escoba, y las vistas no pueden ser más hermosas; pero también se cansa uno de mirar la pradera aterciopelada, y los espinos verdes, y los brezos floridos...

Vale Dios que debo de tener un libro en

el bolso de la chaqueta... Sí, justo, el libro de Andrés Miralles, *De mi cosecha*, es decir, de la suya, que me llegó esta mañana por el correo... Estoy remediado. Mientras vienen las liebres y no vienen, leeré un par de artículos.....

Fuera del puerto. Así se llama el que encabeza la obra... Y es una descripción bien hecha de una salida en lancha á visitar un buque... También es bonito este fotograbado... pero no tanto como la descripción.

Jazmines... «El silencio se enseñoreó de los campos; la angustiada chicharra cesó en su pertinaz canturria, dando reposo á los élitros; y el infatigable labrador regresó ya á su hogar después de haber ganado el pan de cada día con el sudor de su frente. En los establos descansan las bestias una vez saboreado el merecido pienso; las aves del corral dormían su primer sueño, acurrucadas en sendos palitroques y metido el pico en el suave plumón de la pechuga, y la triste y poética claridad del crepúsculo de la tarde envolvía el horizonte en resplandores de luz anaranjada... La brisa de tierra descendía del monte á la llanura para perderse en el mar, entreteniéndose antes en cabildeos amorosos con las ramas de los árboles, y dejando entre ellas olores de la sierra.....»

También esto es bonito. Es otra descripción de un lujoso paisaje valenciano.

¿Qué viene después?... *Un pueblo de porcelana...* Muy bien... Me gusta. Es una expedición á Manises, con interesantes noticias de la historia de la cerámica, contadas, por supuesto, con gracia y ligereza. Nada... que no acierto á dejar la lectura.....

¿A ver qué es esto que sigue? *Galán de noche.....* Aquí sí que hasta ahora no veo el chiste... No, señor, no; me va pareciendo una sosada..... ¡Huy! y además es verde..... quita, quita.

.....

¡Por vida del libro!... Si bien dice el refrán que sorber y morder no puede ser... sino que cuando de caza, de caza, y cuando de lectura, de lectura..... ¡Pues no se me acaban de marchar dos liebres, tan grandes y tan hermosas, que estaban paciendo junto al cañón de la escopeta como quien dice! Es claro... al cerrar el libro de golpe y echarle á rodar disgustado de hallar en él obscenidades, se largaron sin darme tiempo á echar la escopeta á la cara... ¡Ya, ya! ¡Qué paso llevaban! Y ahora, con el susto, son capaces de no volver en toda la tarde... Vamos... tanto como en toda la tarde... Pero lo que es en un buen rato de seguro no vienen... De modo que voy á leer otro poco.

Tras del malaventurado cuento verde, que como cuento tampoco tiene gracia, viene *El mar de mi tierra...* Una marina fresca y viva

y rumorosa, como aquella que presentó Juste el año 1884, en la que se veían romperse las olas, y el muelle salpicado de agua y de espuma.....

Las hormigas... Este artículo no me gusta tanto como el anterior... Voy á saltar á la segunda parte del libro, titulada *Notas madrileñas*.

¡Ah! sí, el primer artículo es el de la *Floricultura callejera...* le conozco de haberle leído en *El Correo*, y me gustó mucho... le voy á volver á leer... ¡*El ties-too de cla-veles doobles!!* Este grito que á la entrada de la primavera suele dar por las calles de Madrid un hombre que lleva del cabestro un burro cargado de tiestos de flores, ha inspirado á Andrés Miralles un artículo de costumbres bien escrito, lleno de verdad y de vida.....

Sigue *El turrón*, artículo gracioso con buenas alusiones políticas... *La mujer del Guadarrama...* *La feria de Madrid...* Este último también está bien hecho... *La ciencia extra*, y entre paréntesis, *Lo que priva...* Este no me gusta, porque sus apreciaciones son apasionadas y erróneas. La ciencia extraoficial puede ser que no ande muy medrada entre nosotros; pero lo que es la oficial... ¡Dios mío!

Estrellas fugaces... Este empieza bien... Me gusta como sigue... ¡Qué bien y con qué gracia censura la desvergüenza de ciertas *artistas* de los teatrillos de verano y ridiculiza los

bombos que las dan algunos periodistas... también de verano!... Es que es muy bonito este artículo... Como haya muchos así, casi me alegraría que no vinieran las liebres...

Lapicero, borrador y guardapuntas... ¡Qué título más raro!... Pero bien apropiado para censurar á los hombres que quieren y creen servir para todo, y en realidad para nada sirven... Lo mismo que el chisme del título, que apuradamente aún es caro en diez céntimos, porque el lapicero no escribe, ni el borrador borra, ni el guardapuntas guarda cosa mal-dita.

Cosas de verano... Un juguetito muy gracioso... ¡Qué bien están estos párrafos!

«Las cosas de verano, como las de invierno, como las de entretiem-po y como todas, nos dan hecho al tipo que las lleva.

»La chistera blanca señala al majadero pomposo. Los botines blancos al cursi recal-citrante. La petaca de paja al cándido. La sombrilla de hilo crudo al buen hombre. (Es prima hermana de la caña de pescar.) El abanico... ¡pues ya lo ven ustedes! Y el bastón claro, al simple.»

Tercera parte. *La revista de Clarín...* Esto ya tiene más miga... Aquí Miralles oficia de crítico... y no lo hace mal por cierto... ¡Qué verdad es esto que dice de los últimos libros de la señora Pardo Bazán!... «Diré sencillamente que ni *Morriña* ni *Insolación* ni *Una*

cristiana, son tres novelas: son tres *latas* de primer orden.....»

Muy atinado es todo esto de la inverosimilitud del argumento de *Insolación*... Vamos, que este artículo es excelente.

L'ennervant (*juguete político*)... Pero muy gracioso, muy gracioso, aunque es posible que al personaje aludido no le haga mucha gracia.

Campoamor y Balart. Otro artículo de crítica seria y concienzuda, sin dejar por eso de ser agradable. Porque ahí está la gracia: en no separar las dos palabras que nos dejó unidas Horacio; en decir la verdad y deleitar diciéndola. Y además, en decirla modestamente, sin aparatos, y sin darse aires de crítico de profesión. Al revés de lo que hace doña Emilia Pardo Bazán, verbigracia, que publica con mucho ruido un tomo mensual, impreso en buen papel, y titulado *Nuevo Teatro crítico*... para poner reparos á Pereda, y elogiar abiertamente á un señor Polo y Peironon, que será una persona muy estimable, pero que como novelista no es más que un pobre diablo. Todo porque... piadosamente pensando... todo porque los libros de Pereda se venden más que los suyos, y los del otro, en absoluto, no se venden; es decir, no se compran...

Lo que se trae el señor Romero Robledo... *Geometría reformista*...: *El triángulo electoral*...

Es un artículo ligero, en que luce Miralles su ingenio natural y sus conocimientos del alumno de la escuela de Artillería.

Las voces de los pavos... La prensa y los partidos... Carta á la familia... ¡Hombre! ¡Qué gracioso y qué salado es este último artículo! ¡Qué pintura más bien hecha del diputado rural, con su ambición y su ignorancia!

Todo en broma... Este parece por lo que voy leyendo artículo laudatorio, y lo mejor será saltarle.

Posdata... Psch... Aquí tiene Miralles el mal gusto de tirar una chinita á la acción popular en el crimen de la calle de Fuencarral, diciendo que él se mantuvo en el justo medio. Como si el medio pudiera ser justo cuando está en un extremo la justicia... También tiene el mal gusto de defender á la segunda duquesa de Castro-Enríquez... y de elogiar á Romero Robledo... Psch.....

En fin, todo esto se le podía perdonar por las muchas bellezas de la obra. Lo que no se le puede perdonar es el cuentecillo verde, que me impide recomendar el libro... ¡Qué lástima, haber afeado con una insustancialidad así un libro por lo demás tan agradable!... Parece mentira que un hombre de talento como Andrés Miralles cometiera esa falta... Parece mentira... ¡Calla! Parece mentira que con mis lecturas y mis comentarios no se haya espantado esa liebre... Y está paciendo

tan tranquila... No, pues me parece que de esta hecha... no te vas á los tri... ¡plum!.....

—¿Has matado algo?—me preguntó Juanito, que estaba en otro puesto un poco más arriba.

—Sí, sí—le contesté.

—¿Qué has matado?

—Un libro... digo, una liebre muy grande; lo menos pesa media arroba.

—No será tanto. Y eso que una que maté yo aquí el año pasado pesó once libras.

—Pues por ahí andará ésta... Ven, ven, verás qué gorda está.....

Y efectivamente lo estaba.

PEPITA JIMÉNEZ.

(1879.)

Sobre si esta novela es buena ó mala, parece que pudiera decirse mucho. Por de pronto, si se dice que es buena, hay que añadir que se parece bastante á las que no lo son, y si se dice que es mala, no se debe omitir que es casi buena: tan confundido anda en ella lo bueno con lo malo.

Mas como quiera que, según la fórmula escolástica, *bonum ex integra causa, malum ex quocumque defectu*, bien puede afirmarse que *Pepita Jiménez* es una novela mala á carta cabal, sin que por eso deje de ser cierto que la falta muy poco para ser excelente.

El señor don Juan Valera y Alcalá Galiano, á quien no se le puede negar erudición, habilidad y talento dignos de empleo más meritorio, ha querido llevar el doctrinarismo á la literatura, y, en efecto, ha logrado hacer una novela doctrinaria en toda regla: con todo el bien necesario para servir de pasaporte al

mal: con todo el mal preciso para contrarrestar el bien y esterilizarle: con todos los encantos y atractivos que pudieran hacer amable la lectura. Así es que ha tenido gran éxito.

¿Cuál ha sido la intención trascendental del autor? Él dice con toda formalidad que ninguna; y, si la cosa fuera de suyo menos increíble, habría que creerle. Pero ¡triste y menguado fin entonces el de las obras literarias!

Sin embargo, lo que hay es que el señor Valera se siente acusado de haber escrito esta suya con intención diabólica, y no atreviéndose á confesar que la tuvo mala, ni á proclamar tampoco que la tuvo buena, prefiere acusarse humildemente de haber querido partir por el medio el *utile dulci* del preceptista latino, escribiendo al efecto en el prólogo de una de las ediciones anteriores y repitiendo en esta «para descargo de su conciencia, que al escribir *Pepita Jiménez* no tuvo ningún propósito de demostrar esto ó de impugnar aquello; de burlarse de un ideal y de encomiar otro; de mostrarse más pío ó menos pío.» «Mi propósito, añade, se limitó á escribir una obra de entretenimiento. Si la gente se ha entretenido un rato leyendo mi novela, lo he conseguido, y no aspiro á más.»

Conste, pues, que el señor Valera no quiere pasar por malo rematado, ni tampoco por bueno á toda prueba; no pretende ser tenido

por impío, ni desea que se le juzgue piadoso: su aspiración se reduce á entretener á la gente con sus indecisiones de doctrinario.

Perteneció don Juan Valera á la redacción de *El Contemporáneo*. Educado allí haciendo guerra ¡y cuán implicable! al gobierno de los cinco años de la unión liberal, por cuenta y bajo la inspiración de don Luis González Brabo, se le declaró luego en rebeldía, lo mismo que sus compañeros los señores Alvareda, Correa y Fabié, y juntos se dieron á defender, con grave disgusto de su patrono, siendo el ministro, la legalidad de la democracia. Desde entonces casi siempre han vivido con los unionistas, á quienes con tanto furor combatieron; y ahora, mientras el señor Fabié milita en el partido conservador volviendo á ser casi moderado, los señores Valera y Alvareda se hallan afiliados al partido constitucional, siendo, por consiguiente casi progresistas.

Verdad es que este partido al fin es un partido doctrinario, mas no es precisamente el que mejor representa las ideas del autor de *Pepita*, el cual, exento de muchas de las clásicas preocupaciones de nuestros progresistas, podrá escribir por desgracia prólogos á las obras de Voltaire, pero ha rendido homenaje á la verdad algunas veces. Tanto es así, que se han dado casos de haber sufrido una refutación ineludible y contundente con párrafos cortados de los libros del señor Valera las

afirmaciones del periódico político *El Debate*, que el señor Valera inspira ó dirige.

Este es el autor de *Pepita Jeménez*: veamos ahora cómo es el libro.

Por supuesto que el señor Valera, si en el prólogo asegura que no tuvo «ningún propósito de demostrar esto ó de impugnar aquello», en el cuerpo de la obra no sabe hacer apenas otra cosa que desmentirse á cada paso.

Precisamente, y como por castigo de la escéptica frivolidad de que hace pecaminoso alarde, su novela es toda una exposición de doctrinas.

Sirva de ejemplo cuando asienta que las malas lecturas no hacen daño, ni la perversión de las ideas tiene parte en la perversión de las costumbres; ó cuando afirma que la vinculación era injusta y ridícula; ó cuando lanza la bárbara afirmación de que ciertas cuestiones no tienen más arreglo que un desafío, es decir, que no hay más remedio que quebrantar la ley de Dios, ó en otros términos, que la ley de Dios es imposible de cumplir; ó cuando diserta profusamente sobre los dos sistemas de educación de la juventud, el de prudente aislamiento y el de libertad amplia, decidiéndose, como era natural, por el más malo; y en fin, cuando presenta en cada hoja otras muchísimas teorías de la misma laya, protegidas y amparadas por sofismas,

unas veces más y otras veces menos deslumbradores.

Pasando por encima de la intención, que según el autor no es buena ni mala, pero que realmente es mala, entre otras varias razones por la de no ser buena, la obra está originalmente pensada y harto bien escrita.

Pasajes hay en ella redactados con tanto juicio que pudiera suscribirlos un buen cristiano.

Toques tiene de tan exquisita gracia, que hacen mucho más deplorables las aberraciones.

Como cuando, en son de censura para la presumida soberbia de don Luis de Vargas, pondera lo imposible de llegar de repente y sin trabajo propio ni mortificación apenas, á los grados superiores de la oración, y añade: «Hasta en las vanas y falsas filosofías que tienen algo de místico, no hay dón ni favor sobrenatural sin poderoso esfuerzo ni costoso sacrificio. Apolonio de Tiana se supone que se maceró de lo lindo antes de hacer sus falsos milagros. Y en nuestros días los krausistas, que ven á Dios, según aseguran, con vista real, tienen que leerse y aprenderse antes muy bien toda la *Analítica* de Sanz del Río, lo cual es más dificultoso, y prueba más paciencia y sufrimiento que abrirse las carnes á azotes.....»

Mas á vuelta de sus bellezas, deslucen la obra gravísimos defectos.

En primer lugar, el más importante de los personajes, ó por lo menos el que más habla, ó el que más escribe, que para el caso es lo mismo, no es un personaje artístico, sino una caricatura.

El señor Valera, por hacer aborrecibles ó despreciables ciertas ideas y ciertas cosas, si hemos de creer á las apariencias, ó simplemente para divertir y hacer gracia, si hubiéramos de creer en sus declaraciones, ha pintado en su don Luis un seminarista que no se parece nada á los seminaristas que hay en los seminarios.

Aquellos alardes de sabiduría religiosa y de elevación mística, quien conoce á fondo la educación del seminario, le asegura al señor Valera que son asaz inverosímiles: aquellos deseos de ser misionero y de convertir infieles en tierras lejanas, aún cuando pudieran pasar, aliñados con más formal y más modesto ropaje, aparecen tan abultados, nacidos de tan mala raíz y sostenidos en tan vano fundamento, que no caben tampoco dentro de la verdad artística.

No. Los esforzados varones que se abrazan á sangre fría con la esperanza de una muerte oscura y dolorosa, y lo que es más, con la de un ignorado y larguísimo sufrimiento; los que para correr tras de ese sufrimiento y esa muerte abandonan patria, familia, comodidades, intereses, afecciones y todo, no pueden

hacerlo al impulso de bajos móviles mundanos, como ha tenido el triste valor de afirmar un célebre publicista (1). No; los heróicos misioneros de la Iglesia católica, que van á llevar la luz de la verdad á las más apartadas regiones de la tierra no van, créalo el señor Valera, no van movidos por un miserable deseo de mundana gloria, sino por el amor á Jesucristo, que, cuando es verdadero, no conoce lo dificultoso ni lo imposible.

Y si no, ya ve el señor Valera cómo al autor de injuria tan ruin y despreciable, á pesar de que su vanidad no debió ser floja, no le dió jamás por meterse fraile para ir á convertir infieles al corazón del Africa ó á las riberas de Cochinchina.

El señor Valera pone empeño en que don Luis se muestre en sus cartas escrupuloso y rigorista, para tener después el gusto de hacerle sufrir caídas vergonzosas y el de contárnoslas con tal escasez de recato, que resulta peligrosísima la lectura.

Y no satisfecho con que su estudiante, tan esmerada y religiosamente educado por el señor Dean, no acierte á evitar deshonestos deslices, que todavía, sin recurrir á la ineficacia de la doctrina, pudieran explicarse por lo irresistible de la emboscada que se le tiende y lo violento de la pasión amorosa, empe-

(1) D. J. F. Pacheco.

ñándose el novelista, al parecer, en que el sistema quede por entero sin prestigio, y bien demostrado que la educación religiosa para nada sirve ó sirve sólo para que los que la recibieron obren exactamente lo contrario, hace á su personaje provocar un duelo sin qué ni para qué y á sangre fría, y añadir de esta suerte un nuevo pecado á sus pecados anteriores.

De tan desapacibles profanidades intenta disculparse el autor en el prólogo, diciendo que «no habría *poesía* ni *arte* en hacer á don Luis desistir fría y razonadamente de ser un santo misionero para casarse por sus pasos contados, y sin el menor trastorno de trámites, con su Pepita»; apreciación que además de tener en contra suya el sentido común y el sentido estético, se halla contradicha en varios pasajes de la obra, como por ejemplo, donde hablando de las circunstancias de la vida de don Luis en su pueblo, se dice que «tan poderosa combinación de medios naturales y artificiales debía dar un resultado infalible.»

Pues si el señor Valera supo, y así es verdad, disponer de tal modo las cosas, fingir la acción con tal artificio, que don Luis llegase infaliblemente á perder su vocación y casarse con Pepita, si este desenlace resulta de la marcha natural de la acción plenamente justificado, ¿para qué se necesita acudir á la

transgresión de los preceptos divinos? ¿O es acaso que la poesía y el arte han menester valerse de fealdades horribles para ser la expresión de la belleza?

Queriendo prevenir el cargo que pudiera hacérsele por hablar malamente de la vocación eclesiástica, dice el señor Valera que él se refiere en sus burlas á lo vano de la vocación de don Luis, no á la vocación misma; y luego, para disculpar los malos pasos por donde le llevó á perderla, dice que era una vocación que no podía desvanecerse sin la violencia de pasión grandísima.

¿En qué quedamos al cabo? ¿Era verdadera ó era falsa la vocación del seminarista del señor Valera? Porque si lo primero, el burlarse de ella es iniquidad grave; y si lo segundo, nada más natural sino el que don Luis, en viendo una mujer de su gusto, se enamore y se case «por sus pasos contados», y entonces huelgan allí las liviandades y los duelos.

Agravios y desagravios para las personas y cosas religiosas se encuentran en el libro á cada instante.

Tan pronto nos dice que el clero «acaso tenga la culpa» de la decadencia de las costumbres, porque acaso «no está en España á la altura de su misión», como nos certifica de que los que le motejan de ignorante, le injurian porque le desconocen.

Así escarnece al vicario del pueblo de Pepita, poniendo simplezas en su discurso, como hace de su virtud y de su sentido práctico los más fervorosos elogios.

Ora se leen párrafos escritos como para hacer creer que el autor ha querido mofarse de la mística y la ha estudiado adrede para burlarse de ella, ora otros párrafos en donde se habla de la mística con respeto y casi con amor, y se dice que no es la mística la que permite caer á don Luis, sino la falsa mística.

El afán de mostrar su erudición teológica, venga ó no venga á cuento, le hace con frecuencia al señor Valera poner en ridículo á los personajes por cuya boca quiere vomitarla; como cuando nos presenta al padre vicario echando á Pepita, en circunstancias graves y apuradas, una extravagante disertación sobre los tres demonios que suelen tener comercio con las almas.

Hay allá también en la página 146 una frase que sabe á herejía contra el dogma de la resurrección de la carne; mas como el señor Valera va dejando caer por todo el curso del libro más ó menos explícitas profesiones de católico, creemos desde luego que la frase aludida es un descuido involuntario.

El problema de la educación de los jóvenes le plantea sin ambages el señor Valera en la primera carta de don Luis á su tío, y le re-

suelve, según dijimos antes, en el peor sentido posible. Y no quiere que la resolución lleve el sello de la inexperiencia del estudiante, sino que pretende cubrirla con el manto de la madurez y la ciencia del señor Deán, á quien supone partidario acérrimo de su sistema.

Su sistema ó su método no es «el de aquellos que procuran conservar la inocencia» en los jóvenes que educan, apartarlos de las ocasiones de pervertirse, y preservarlos de que vean malos ejemplos, «creyendo que el mal no conocido se evita mejor que el conocido»; es el «opuesto», es decir, «el de aquellos que valerosamente y no bien llegado el discípulo á la edad de la razón, le muestran el mal en toda su fealdad horrible y en toda su espantosa desnudez», le enseñan de cuántas maneras puede faltar á sus deberes, para que si quiere, y querrá de seguro, las ponga en práctica, y corra desde luego por todas las veredas del pecado.

«Yo entiendo, dice el señor Valera por boca de su estudiante, queriendo dar alguna razón de su injusta preferencia, yo entiendo que el mal debe conocerse para estimar mejor la infinita bondad divina». Botaratada insufrible y que no era de esperar en manera alguna de un escritor tan ilustrado como el señor Valera. ¡Como si la infinita bondad divina necesitase para ser estimada de ser con-

trapuesta á los males del mundo! ¡Como si la infinita bondad divina no pudiera ser estimada por la Santísima Virgen, exenta de toda mancha, por los ángeles que nunca pecaron, y por tantas y tantas almas que se han ido del mundo al cielo libres de culpa actual.

Insisto en este punto más que en otros, porque el demostrar como justa la preferencia dada á este segundo método de educación sobre el primero, parece el fin principal del libro, sin perjuicio, por supuesto, del de divertir y hacer gracia, único y exclusivo que el autor confiesa.

De todos modos, el método patrocinado y alabado por el señor Valera, no es nuevo, sino muy antiguo, y por cierto que no se le puede negar una filiación ilustre. Su primer partidario y predicador en el mundo fué el demonio, cuando en cuerpo de serpiente se arrastró bajo los árboles del Paraíso. El sugirió á nuestros primeros padres la idea de conocer el bien y el mal para ser felices. «Bien sabe Dios, les dijo, (Gén. III, 5), que en cualquier día que comiereis del *fruto vedado*, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conociendo el bien y el mal: *aperientur oculi vestri, et eritis sicut dii*, SCIENTES BONUS ET MALUM». Él les educó por el método favorito del señor Valera, y no hay que decir que, por nuestra desgracia, salieron alumnos aprovechados. No fueron precisamente como dioses, pero incu-

rrieron en la ira divina y trajeron al mundo el pecado y la muerte con todo su cortejo de males, para sí y para toda su prole desventurada.

Desde entonces, y como quiera que, por virtud de aquella primer educación, es infinito el número de los necios (Eccles. II, 15), el método ha tenido y sigue teniendo infinitos partidarios.

Lo son, en primer lugar, casi todas las hijas de la primera alumna, si se trata de la educación de los hombres. Y eso que las muy simples son las primeras en tener que sentir las amargas consecuencias de ese error grosero y funestísimo; pero ello es que entre las mujeres tiene como fuerza de axioma que es mucho mejor que los hombres *la hayan corrido*, y bien rara será la joven que, como tenga en dónde elegir, no se enamore del más perdido de sus pretendientes.

Empleo laudabilísimo del arte sería tratar de desvanecer esta preocupación: don Ventura de la Vega lo procuró en *El Hombre de Mundo*; pero el señor Valera, á pesar de su clarísimo ingenio, tiene por mejor contribuir á sostenerla y arraigarla, proclamando en teoría la excelencia del sistema de ancha libertad sobre el de saludable rigor en la educación, y ensayando demostrar prácticamente la verdad de esa tesis en su obra.

No se lo demande Dios al autor de *Pepita*.

... the ... of ...
... the ... of ...
... the ... of ...
... the ... of ...

... the ... of ...
... the ... of ...
... the ... of ...
... the ... of ...
... the ... of ...
... the ... of ...
... the ... of ...

... the ... of ...
... the ... of ...
... the ... of ...
... the ... of ...
... the ... of ...
... the ... of ...
... the ... of ...

DON GONZALO GONZÁLEZ DE LA GONZALERA

(1880).

Háse abusado tanto de los elogios para todo género de frivolidades y sinsustancias, que el escribir hoy la crítica de un libro que de veras merezca ser alabado, tan fácil como parece, viene á ser la cosa más difícil y comprometida del mundo.

En qué consiste la dificultad, desde luego se adivina: en que no hay manera de evitar que el público, después de haber tomado muchas veces como merecidos los elogios injustificados, y de haber visto en ello malamente burlada su buena fe, tome una vez por infundadas y complacientes las alabanzas más justas y legítimas.

Repítese aquí el caso aquel del pastor de la fábula, que engañó muchas veces á los labradores gritando ¡al lobo! y cuando el lobo vino de veras los labradores ya no acudieron; porque los labradores entonces, y los lectores ahora, tuvieron y tienen razón sobrada para

decir al pastor y á la crítica con el personaje de *La Verdad sospechosa*:

«Ya, si dices que ésta es luz,
He de pensar que me engañas».

Para quien haya leído, por ejemplo, algún artículo bibliográfico en donde algún crítico famoso (y hoy fama de crítico la gana cualquiera) llame «preciosa novela» ó «novela de oro» á un libro que luego se cae de las manos, ó afirme que maneja la lengua patria con admirable maestría algún escritor á quien para escribir en castellano le falte mucho, ¿qué puedo yo decir de la última novela de Pereda, que haga formar de ella idea adecuada, sin que por otra parte suene á lisonja?

Hay á mi favor que los lectores de *La Ciencia Cristiana* conocen de antes mis trabajos críticos, y saben ya que no soy dado á prodigar elogios, y que para alabar yo una cosa es menester que en mi humilde concepto lo merezca. De ellos, pues, no hay duda que han de dar su justo valor á mis palabras: para los demás que me leyeren he creído necesario comenzar con esta protesta contra la general costumbre.

No sabré yo decir si este último libro del ilustre autor de los *Bocetos al temple*, es, en realidad, mejor que los anteriores. Porque al revés de lo que le sucede al señor Pereda, que está convencido de que la más mala de sus

obras es la última que escribe, á mí me parece siempre el mejor de sus libros el último que leo. Por de pronto, en éste de ahora, no encuentro los defectos que, con amistosa y cristiana franqueza, hube de señalarle al señor Pereda en *El buey suelto*, hace cosa de un año.

Don Gonzalo González de la Gonzalera es una novela de costumbres contemporáneas. Su argumento, sin ser complicado, ofrece interés y novedad suficientes á cautivar del todo la atención del lector, aun cuando la obra no tuviera, como tiene, otros irresistibles atractivos.

Le apuntaré á grandes rasgos.

Un granuja de la montaña de Santander, cansado de buscar mendrugos por las puertas y de tirar del fuelle en la fragua de su pueblo, marchóse á las Américas, de donde vino al cabo de veinte años, en que «no le dió el sol más que los domingos», con una renta de tres mil duros, y ropa de señor; pero sin haber perdido del antiguo criado del herrero otra cosa que la fe cristiana.

De vuelta en Coteruco, su pueblo natal, quiere el hijo del perdido Antón *Bragas* «ser el primero entre los primeros, allí donde le han conocido el último de los últimos», y comienza, el que antes se llamó Colás González, por buscar su segundo nombre en su fe de bautismo, ponerse al apellido una adición ridícula y hacerse llamar con la rimbom-

bante retahila que sirve de título á la obra.

Para con esto se instala en una casa «nueva, flamante, que se alza sobre tres arcos, no rebajados, sino jibosos, de asperón tizado de amarillo y chocolate, con un balcón que corre todo á lo largo de la fachada principal», etcétera.

Vive á la sazón en Coteruco, pueblo que no está en el mapa, sino que «pertenece á la geografía moral de la montaña del uso privativo del novelista», don Román Pérez de la Llosia, hidalgo montañés de antigua prosapia, honrado á carta cabal, no poco instruído, y tan bueno, que reúne por las noches, en el invierno en su cocina, y en el verano en la puerta de su casa, á todos los vecinos del pueblo, y les da lecciones de agricultura, de economía, de honradez, de todo menos de política, omisión de que más tarde se arrepiente, como veremos.

Es viudo y tiene una hija, Magdalena, de quien se sabe que «sin ser su rostro hermoso en la acepción clásica de la palabra, es por todo extremo interesante, gracioso y atractivo», y aunque toca el piano, porque aprendió en un colegio «todo lo necesario y lo menos inútil de lo superfluo», no es uno «de esos lirios del valle ridículamente sensibles, que lloran con las flores, hablan con las golondrinas y se escapan con el primer duque disfrazado de cazador que las sorprende trincan-

do con los borregos», sino una muchacha formal que posee «cuantas prendas son necesarias al gobierno de una casa».

Ayúdale á don Román en la tarea de educar y civilizar á los labradores de su pueblo, el reverendo Párroco del mismo, que aun cuando «no era un santo, ni blasonaba de ello, y para sabio le faltaba mucho, pero era virtuoso, infatigable en el ejercicio de su delicado ministerio, y no carecía de elocuencia persuasiva para dirigir oportunas pláticas á sus feligreses, daba á los pobres cuanto le sobraba y algo más, y no se separaba de la cabecera de los enfermos en peligro de muerte».

Hay en el pueblo otra persona importante, el *hidalgo de la Casona*, don Lope del Robledal, corazón excelente, envuelto en ruda y áspera corteza, que vive alejado de don Román, ya por orgullo, ya por egoísmo, ya porque don Román no pone tampoco nada de su parte para que se le acerque don Lope. La familia de éste se reduce á su sobrina Osmunda, soltera, entrada en años, que por lo pobre y lo talluda, y por ser á mayor abundamiento fea de cuerpo y alma, tiene más deseos que probabilidades de mudar de estado; y á Lucas, hermano de Osmunda, cojo, mal inclinado, pedante de por sí, y alumno además de filosofía y letras, llamado en el lugar el *estudiante de la Casona*.

La acción comienza con el año de 1868, unos meses antes de la revolución de Setiembre, que se apellidó *la gloriosa*.

El malaventurado indianete pretende á Magdalena, que como es natural, le deja feo, aunque no más de lo que él era de suyo; é hinchado luego de soberbia y de corajina. está deseando propicia ocasión de sobreponerse á don Román, y de tomar venganza del desaire.

En tal disposición le halla Lucas, que llega de Madrid, expulsado de allá y sometido á la vigilancia de la autoridad, por hablar demasiado alto en el café contra lo existente, y por no parecer bastante pájaro de cuenta para ser enviado á Canarias.

Viene decidido el estudiante á preparar el triunfo de la revolución en Coteruco; comienza la campaña contra D. Román y contra el señor cura, contra el *feudalismo* y el *confesionario*, según sus propias palabras, y alíasele de mil amores D. Gonzalo, en su afán de figurar, y sobre todo, de coger debajo al de la Llosía; siendo también auxiliar de ambos Patricio Riguelta, «de profesión albitrante, con otras industrias saludables», como él dice, muy aficionado á ser concejal, pleitista perdurable, enemigo encarnizado de todos los ayuntamientos cuando no logra formar parte de ellos, y que acaudillando en Coteruco á todos los viciosos y holgazanes, se despega de

sus convecinos, por costumbres, carácter y figura, como el agua del aceite.

Como medio el más seguro de perversión, organizase por obra de los tres en la taberna del lugar el juego con carácter permanente. Se juega en muchas noches consecutivas una becerra con todos sus condimentos y accesorios, que, pierda quien pierda, pagará don Gonzalo.

Llegó este caso: fijóse el festín para el día de Pascua: desatendiéronse las sagradas funciones de Semana Santa por atender á los preparativos de la comilona; y todos los que jugaron y los que presenciaron el juego, que son todos los vecinos, incluso los más asiduos á la tertulia de D. Román, se juntan en la taberna á celebrar la becerra con desusado regocijo.

Y como quiera que ya en las noches que duró el juego, Patricio y el Cojo habían cuidado de ir dejando caer entre una y otra mal expuesta teoría revolucionaria, tal ó cual insidiosa acusación contra el señor cura y contra D. Román, aunque protestando al principio no darlas crédito, aquella noche que todos estaban borrachos, echáronse en tropel á la calle, aquí tropezando el débil, cayendo allí el muy cargado, y los más firmes pisando con mucha dificultad, pero todos gruñendo y vociferando en estridente y desacorde algarabía; y llegados delante de casa de don

Román vomitaron insultos y blasfemias entre coros de rebuznos y alaridos salvajes.

Ya para entonces habían hecho otra noche lo mismo delante de casa del señor cura.

El pueblo estaba pervertido.

Merced al sofisma y al dinero, armas obligadas de todas las revoluciones, la holgazanería y la maledicencia y la embriaguez, concluían por enseñorearse de un pueblo antes modelo de aplicación, de sobriedad y de buenas costumbres.

Así las cosas, llegó á Coteruco la noticia del triunfo de la revolución, y la revolución fué proclamada con toda solemnidad en Coteruco. ¡Viva Coteruco libre! gritan el estudiante y sus seides, y sacan los confesonarios de la iglesia para quemarlos en público, y establecen el club en la taberna, donde pronuncia discursos el Cojo, y bajo el mando del indianete, á quien han hecho alcalde, se arman de voluntarios de la libertad y salen al campo á hacer el ejercicio, huyendo á la desbandada á la sola noticia de la aproximación de fuerzas regulares, con todo lo demás que se usa y es de rigor en semejantes casos.

Don Gonzalo hecho alcalde, tiene el placer de causar á D. Román y á su hija extorsiones violentas, que no son más graves, por la hidalga y oportuna mediación de D. Lope.

Magdalena se casa al fin con un noble y apuesto mancebo de otro lugarcillo del valle,

y se van con su padre á vivir á la capital, abandonando á Coteruco al poder y señorío de D. Gonzalo.

Patricio Riguelta, uno de los principales trastornadores, que se aprovechó de la revolución para quemar las cuentas del concejo, en donde resultaba deudor de grandes cantidades, muere asesinado en unas elecciones.

El estudiante, que en mérito de sus picardías había soñado con ser lo menos gobernador, pretende en la capital, y no sé si le dan al cabo, un empleillo de poca importancia.

Don Gonzalo que se ha hecho dueño del cotarro y de un monte comunal contiguo á su casa, queda, como era justo, más castigado que nadie, se ha casado con Osmunda.

Las últimas noticias llegadas del pueblo, tan desventurado ahora como feliz fué antes, dicen que el día en que D. Román le abandonaba, el indianete y la solterona estaban sentados á la mesa y se tiraban los platos.

Tal es, en resumen, la fábula del *D. Gonzalo González de la Gonzalera*, que narrada por la pluma de Pereda, y adornada de bellos é interesantes episodios, naturalmente ha de resultar amenísima.

Ya lo he dicho en otra ocasión, y aunque no sea menester, vuelvo á decirlo: en las descripciones, en los diálogos, en usar con holgura la patria lengua, Pereda no reconoce superior, y apenas podrán hallársele rivales.

Mas en lo que de seguro no los tiene, es en la creación de personajes, en la pintura de tipos. Con cuatro palabras escritas sin aparente estudio, nos da todo un carácter, nos dibuja una situación completa. «Así pintaba Velazquez», exclama un amigo mio y maestro, después de copiar uno de los mejores retratos que tiene la obra; y yo no sé si diga que encuentro en los *borrachos* del pintor menos vida, menos animación que en *el festín* del novelista.

¡Y qué descripción la de la casa del indiano!

Pero el mérito principal de este libro de Pereda, consiste, á mi entender, en su profunda intención social, religiosa y política.

Pondérase mucho, y áun con eso no se pondera bastante, la dificultad de hermanar en justa proporción en las novelas, y en general en cualesquiera obras artísticas, el deleite con la enseñanza. El novelista que se propone enseñar á todo trance, con frecuencia resulta pesado y fastidioso: el que pretende huir este defecto, con frecuencia resulta frívolo. Pereda, como escritor de gran talento y de grandes recursos, consigue evitar cada uno de los dos defectos, sin caer en el otro, y hace ver que no se escribió para él aquello de Horacio: *In vitium ducit culpæ fuga si caret arte.*

Pereda, en este libro, además de exhibir y descortezar el tipo del indiano, hace anato-

mía de la revolución en general, tomando por *anima vilis* la revolución de Setiembre; y en lugar de presentar ésta en Madrid como fruto de los discursos de tal ó cual sofista de talla, y de los dineros de éste ó de aquel banquero famoso, la estudia en un rincón oscuro de la Península, donde, sin ser menos criminal, es más ridícula y más repugnante.

Allí están las mismas ambiciones, y los mismos procedimientos puestos en juego para satisfacerlas. Los discursos del estudiante son los discursos de un tribuno cuyo nombre bulle entre los labios de todo el que lea la novela; y el dinero y las pretensiones del indiano son el dinero y las pretensiones de cualquier pobre diablo convertido en opulento capitalista, que busca, como don Gonzalo, entre la humildad inverosímil de sus ascendientes media docena de apellidos sonoros, y exhibe con ellos en la *Guía* del año siguiente un título de Castilla.

El señor Pereda, á más de la justicia inexorable que hace en este libro con la revolución, y de poner de manifiesto las malas artes por donde llega al triunfo, censura y castiga á su modo el crimen de la sociedad moderna de haber vuelto con desdén las espaldas á la antigua aristocracia de las virtudes, para ir á caer de hinojos ante la aristocracia del dinero; y cuando el cinismo ó el alucinamiento llegan á tanto, que hay quien, presumiendo

de filósofo cristiano, proclama muy bien ganado un título de nobleza por quien supo enriquecerse sabe Dios cómo, aunque y cualquiera lo adivina, el señor Pereda proclama miserable y criminal á lo que siempre será criminal y miserable.

Demuéstrase además en este libro las ventajas de que los ricos y los grandes vivan de ordinario allí donde tienen sus haciendas, y ejerzan entre sus colonos la influencia que de derecho les corresponde, en lugar de abandonar ésta en manos de un apoderado que no ha de llevarla por buen camino, y contentarse con gastar las rentas que llegan á sus manos, en la disipación afeminada de la corte. Así como se desacredita la teoría de que al pueblo no debe hablársele de política, y se proclama la necesidad de la educación política del pueblo, dado que sin ella más fácilmente cae en las redes de los sofistas políticos; como los labradores de Coteruco, no advertidos en este punto por don Román, fueron creyendo sin dificultad las malignas é interesadas sugerencias del estudiante.

Y aquí, para concluir por donde he comenzado, tengo que dirigir algún otro párrafo á la crítica en uso.

Tienen por lo visto los libros del señor Pereda el privilegio de desconcertar á los escritores que los juzgan, y de hacerles dar por las paredes, como vulgarmente se dice. Hásele

acusado generalmente de *realismo*, acusación que repetida de unos críticos en otros, ha venido á quedar como estereotipada para cualquier ocasión en que se hable del autor de las *Escenas montaÑesas*; mas no por eso falta algún crítico que al hablar de *El buey suelto*, haya encontrado al autor *idealista* exagerado y haya dicho de él que «pinta lo feo por lo feo, porque ningún solterón en el mundo se conduce como el solterón de aquel libro, que se va á vivir á una mala casa de huéspedes, pudiendo irse á una buena fonda.»

No son dignas, en verdad, de contestación estas acusaciones de quien combate al autor de *El Buey suelto* por espíritu de secta, por enemistad religiosa y política; pero hay que defenderle de la defensa con que, á propósito del *Don Gonzalo*, han tenido por conveniente abrumarle algunos críticos amigos.

Hay uno que para presentar al señor Pereda exento del pecado (¡qué pecado!) de ser escritor político, se esfuerza en demostrar «que en la última producción del señor Pereda no domina, ni tal jamás pudo ser su pensamiento, ninguna idea política determinada».

Y hay otro que va todavía más adelante en la vía del despropósito (1), negando, no sólo que el señor Pereda se haya propuesto un fin

(1) El señor Menéndez Pelayo, que tan pronto alaba á Pereda porque escribe para probar, como por lo contrario. Le he conocido en este punto tres ó cuatro cambios de criterio.

político en su novela última, sino que se haya propuesto un fin de ningún género. Y éste ni siquiera se entretiene en demostrar esta tesis absurda, que con abrir el libro por cualquier parte se desvanece, sino que la da por supuesta, diciendo como de paso: «Yo no admito que el señor Pereda se haya propuesto en esta novela probar nada», y da la razón entre paréntesis con cierto desdén, añadiendo que «es demasiado artista para eso».

Por donde el Sr. Pereda, artista cristiano si los hay, se encuentra de un golpe convertido en esplotador de la teoría pagana de *el arte por el arte*, haciendo libros por hacerlos, ó cuando más por venderlos.

He llamado teoría pagana á la de *el arte por el arte*, y casi me remuerde la conciencia de haber calumniado al paganismo.

No: ni aun los escritores paganos escribían sus libros sin proponerse en ellos demostrar cosa ninguna: siempre se proponían demostrar algo que aprendían como verdad, por más que no fuese la verdad, porque no la poseían en todo su esplendor, como nosotros que la aprendemos de la Iglesia, sino desfigurada y afeada entre ignorancias y supersticiones.

Y si á los poetas paganos se les calumnia diciendo que no quisieron demostrar nada en sus libros, ¿qué nombre tiene el hacer la misma afirmación, en son de elogio, de quien con

talento admirable y con fe sincera escribe en plena luz del Evangelio?

Desde el punto de vista religioso es casi una herejía; desde el artístico, una aberración; desde el filosófico, un absurdo.

¡Proclamar á estas alturas y entre católicos el arte por el arte y la independencia del arte!

He aquí uno de los males gravísimos de estudiar los clásicos, y sobre todo de estudiarlos quien no tiene la suficiente discreción para entenderlos.

Cuéntase de Merino, el demagogo fanático que atentó contra la vida de Doña Isabel de Borbón en 1852, que en las obras de Virgilio que solía leer como preparación para celebrar el Santo Sacrificio, tenía puesto por comentario marginal á uno de los versos: «Magnífico: vale más que toda la Biblia». ¿Quién sabe si no habrá sido todavía aquel desventurado el último caso de demencia clásica?

No. El arte no es ni puede ser independiente, como no puede serlo la ciencia, como no puede serlo la política, porque todo depende de Dios, autor de todo.

El Catolicismo, la teología si se quiere, es, en frase del gran Donoso como el Océano que abraza en sí toda la tierra y que recibe en sí todas las aguas.

El hombre no puede salirse fuera de Dios, porque, como dice el Espíritu Santo por el

Apóstol, *in ipso vivimus, movemur et sumus.*

Y el hombre que vive en Dios está obligado á obrar siempre como hombre y á proponerse un fin, y un fin bueno en todos sus actos; porque no se dan actos indiferentes en el individuo, bien que en especie los haya. Todo lo cual es muy bueno para sabido antes de comenzar á escribir del arte ó de cualquier otro asunto.

Y no es tampoco para olvidado, como prueba de lo naturales que son estas ideas en todo regular entendimiento, que el menos cristiano de nuestros poetas del siglo presente, y el que más simpatías hubo por el paganismo, se burló con mucha gracia de los poetas que al escribir sólo se proponen:

«.....el oido,
Palabra tras palabra colocada,
Con versos regalar sin decir nada».

O sin demostrar nada.

Toda obra artística ha de tener un fin, que es el fin general del arte, elevar el alma hacia lo infinito, llevar el hombre á Dios por el sentimiento, así como por el conocimiento de la verdad le lleva la ciencia.

Y este fin le cumple admirablemente el arte cristiano, el arte restaurado, como todas las cosas, por Jesucristo, conforme al divino proyecto de *Instaurare omnia in Christo.*

¿Hemos de negar acaso el título de artis-

tas á los pintores y poetas cristianos? ¿O hemos de creer que no se propusieron demostrar nada Fra-Angélico en sus cuadros, que son oraciones, ni Murillo en sus vírgenes, que son arrobamientos, ni Calderón en sus *Autos*, que son lecciones teológicas?

«El arte, ha dicho un autor célebre de los últimos tiempos, secunda el esfuerzo del hombre y le ayuda á levantarse de la tierra al cielo, imprimiéndole movimiento de ascensión». El arte cristiano, para serlo, ha de ser un grito constante de *¡Sursum corda!*

Así lo entiende, sin duda, el Sr. Pereda. Y por eso no escribe simplemente para divertir sus ocios ni para hacer inútil gala de su ingenio; y por eso cultiva precisamente el género que está llamado en estos tiempos á producir más y mejores frutos, la epopeya posible en esta edad, la novela, que pertenece por completo al Cristianismo, y que por más que de ella se haya abusado vergonzosamente, no hay que desconocer su origen y su aptitud para servir al principio cristiano.

Es de esperar, y de pedir á Dios, que el señor Pereda continúe enriqueciendo con muchas nuevas joyas de este género la patria literatura.

EL NIÑO DE LA BOLA.

(1882)

No ha de faltar quien se escandalice si digo aquí de buenas á primeras que este último libro del Sr. Alarcón es un esperpento; pero, escandalícese quien quiera, yo no puedo menos de decirlo.

¿Qué se ha propuesto el Sr. Alarcón al escribir *El Niño de la Bola*? No parece cosa fácil adivinarlo. Sólo sé decir que si se hubiera propuesto dar al traste con su reputación de escritor formal, más ó menos legítimamente adquirida cuando escribió *El escándalo*, no hubiera debido hacer su libro de ahora de otra manera.

El escándalo, novela de noble intención, por más que no esté del todo exenta de lunares, le valió á su autor la estimación de los católicos, y lo que es todavía mejor, el odio de los enemigos de la Iglesia. Le valió el que un crítico racionalista, hueco y destemplado, pero de gran autoridad entre los suyos, una de esas reputaciones que graciosamente crea

la falsa ciencia por ver de deslumbrar á los secuaces más indecisos y pusilánimes de la verdad y del bien, le maltratara con verdadera saña en una publicación ilustrada y ecléctica, cuyo nombre no quiero escribir, atribuyéndole ¡qué horror! haber querido hacer la apoteosis de la confesión auricular en su obra. Y le valió, por consiguiente, el que tras de la voz del portaestandarte de la moderna crítica, todos los gozquecillos de la impiedad periodística y literaria se desataran á ladrarle.

Me parece que es Paul Feval quien ha dicho que en materia de conversiones no está la gracia en atreverse á hacer lo más, sino en atreverse á hacer lo menos; ni está el valor en las cosas grandes, sino en las cosas pequeñas; y que tal cual convertido, que sería capaz de dejarse matar por la fe nuevamente abrazada, quizás no sea capaz de atreverse á ir en una procesión con vela. Y en verdad que si el viejo novelista bretón necesitase dar á sus observaciones otra autoridad más que la que las da su gran conocimiento del corazón humano, puede ser que no fuera dificultoso hallar patente confirmación de la que dejo apuntada en la conducta del festivo escritor granadino.

Digo esto porque se me figura que el señor Alarcón, que tuvo valor para escribir *El escándalo* y despedirse allí de la antigua cien-

tela de lectores de sus chistes de mediana ley y de sus episodios mal intencionados, el Sr. Alarcón que, después de publicado *El escándalo*, quizá, y aun de seguro, no hubiera temblado ante el puñal que le forzara á elegir entre la vida y la fe de sus padres, no ha tenido valor para llevar vela encendida en la procesión de restaurar la novela católica, al lado de Villoslada y de Pereda, bajo la compasiva sonrisa de sus antiguos compañeros de redacción asomados para verle pasar á los balcones de los altos puestos oficiales, y bajo las burlas de los discípulos desconocidos que hoy emborronan las columnas de los mismos periódicos en donde él cometió los primeros pecados literarios.

Y el caso es que tampoco ha sabido contentar á esta gente. Hablando de la famosa *Pepita Jiménez*, de D. Juan Valera, dije que este señor había querido hacer una novela doctrinaria, entre mala y buena, con el bien necesario para servir de salvoconducto al mal, y con el mal suficiente para contrarrestar el bien y esterilizarle.

Una cosa parecida, con menos intención, pero también con menos habilidad, presumo que ha querido hacer el Sr. Alarcón en *El Niño de la Bola*: ha querido lavarse el sambenito de *neo* y de *ultramontano*, ponerse á bien con los que se lo llamaban, y no malquistarse del todo con los católicos.

Mas si el autor de *Pepita Jiménez*, con mucha mayor habilidad literaria no salió del todo airoso en su empresa, claro es que el autor de *El Niño de la Bola* había de salir todavía menos airoso en la suya.

Y en efecto, el Sr. Alarcón ha logrado que su novela no guste á nadie.

Para los buenos no tiene sentido católico, ni apenas común sentido, y para los malos habla demasiado de religión, aunque sea para ignorarla y desconocerla.

Así es que no ha debido serle nada lisonjera la crítica, pues si se exceptúan los juicios, por decirlo así, de los niños precoces, especie de *monos sabios*, que sostienen las literaturas de algunos encopetados periódicos políticos, todos los demás escritores que han hablado de *El Niño de la Bola* lo han hecho con desdén ó con lástima.

Cuéntase de un indiano que habiendo asistido á la representación de *El Puñal del Godo*, como luego le preguntaran qué le había parecido de este ó del otro personaje, iba respondiendo poco más ó menos: «¡Ah! ese ha estado muy bien», «ese no me ha gustado tanto»; y como le ocurriese á una señora preguntarle qué tal le había parecido el argumento, creyendo que se le preguntaba por otro personaje, se quedó haciendo memoria y contestó al cabo:—«Señora, ese no ha salido». Apurado me vería yo para dar á mis

lectores idea del argumento de *El Niño de la Bola*, porque pasa en esta novela lo mismo que á juicio del indiano pasaba en el drama de Zorrilla: el argumento no sale.

En *El Niño de la Bola* no hay verdadero argumento, no hay acción, no hay personajes siquiera. No hay más que unas cuantas figuras desiguales que se mueven sin ley ni concierto, ni plan ninguno, ora hacia adelante, ora hacia atrás, tan pronto á la derecha como á la izquierda, despacio ó de prisa, y siempre de la manera más impensada y menos lógica.

El Niño de la Bola viene á ser un tablero de ajedrez con las figuras encima, pero manejadas éstas por un loco, por un niño, ó por una persona distraída y caprichosa que no conoce la marcha del juego, y que tan pronto hace reyes de los peones, como hace de los reyes peones ó caballos.

El señor Alarcón presenta personajes, crea tipos al empezar su obra; pero en cuanto ha logrado imprimirles algún carácter de verdad y darles algún interés parece que le falta tiempo para destruirlos, y se complace en afearlos y deshacerlos, facción por facción y línea por línea; bien así como el escultor ó el pintor que cuando á costa de largas vigiliass hubiera conseguido acabar una figura hermosa, se divirtiera en tirarla lodo á la cara hasta dejarla horrible.

Tiene el señor Alarcón en esta novela pinceladas maestras, toques felices: la primera pintura que hace del usurero, no por estar un tantico recargada, deja de ser de primer orden: tampoco está mal hecho el retrato de don Rodrigo Venegas, que es, dicho de paso, el único personaje á quien Alarcón no desnaturaliza, pero porque se muere al instante, en la primera escaramuza, que si no, Dios sabe qué hubiera hecho de él y cómo lo hubiera puesto: es de creer que no hubiera salido mejor librado de manos del señor Alarcón que los otros. Porque el señor Alarcón hace decir á uno de sus personajes, refiriéndose á otro, que entre el bien y el mal, *será del último que llegue*; y á él le pasa lo mismo; es siempre en este libro del último que llega, y por desgracia es el mal el que llega el último.

Un caballero de media sangre, ó sea oriundo por mitad de cristianos y de moros, que sirvió lealmente á su patria en la guerra de la Independencia, se encuentra después lleno de deudas y entregado al brazo secular de un usurero de la Rioja, establecido en Guadix, que es donde pasan las cosas de la novela.

El usurero es naturalmente aborrecido de todo el mundo en general, y de las víctimas de su codicia en particular, y una noche no falta quien le ponga lumbre á la casa, con el piadoso intento, sin duda, de que se le quemaran los papeles, y áun él á ser posible.

Al saberlo don Rodrigo de Venegas, que así se llamaba el medio moruno caballero, asustado ante la idea de que la maledicencia popular le señalara como autor del incendio por aquello de *cui prodest*, puesto que no había entre todos los desplumados por el ave de rapiña llamada *Caifás* nadie que saliera ganando tanto, corrió á la casa del usurero, se lanzó entre las llamas contra los prudentes consejos de los circunstantes, salvó los papeles por donde resultaba deudor de tres millones de reales (de los que sólo diez mil duros había percibido en efectivo, siendo todo lo demás *interés*), y fué á ponerlos en manos del despiadado *israelita*. Pero se había llevado un chamuscón horrible, de resultas de lo cual le dió el *tétanos* y se murió á las pocas horas.

Hasta aquí la novela no tiene nada de particular, si bien es verdad que todavía apenas hemos entrado en materia.

El usurero hace valer contra el caudal de don Rodrigo los papeles que don Rodrigo salvó á costa de su vida, y los tribunales le adjudican todos los bienes del hidalgo, que según tasación pericial, no valen más que dos millones, pudiendo así lamentarse *Caifás* de que pierde uno.

Don Rodrigo ha dejado un niño de pocos años, llamado Manuel, que es el héroe del cuento, y á quien naturalmente no le queda más que el día y la noche.

El cura de la parroquia, á quien el señor Alarcón ha tenido la gracia de hacer tonto de capirote y de llamarle *cura de misa y olla*, y de ponerle un apellido feo y extravagante (Muley), todo indudablemente porque los *libre-escribidores*, sus antiguos camaradas, no tuvieran pretexto para acusarle de ultramontano, recoge en su casa al hijo de don Rodrigo con el fin de criarle y educarle.

Y aquí es donde empieza lo bueno, como suele decirse.

De aquí para arriba ya todo es andar al juego de los despropósitos, ya nadie sabe ni presume lo que hará ninguno de los personajes, ni después que alguno ha hecho alguna cosa, se sabe por qué la hiciera.

Manuel Venegas, conocido más tarde con el apodo de mal gusto que da nombre al libro, es una criatura incomprensible: el autor mismo le llama muchas veces semisalvaje, y aún hiciera mejor en llamarle salvaje del todo. Tiene instintos feroces, y no asoma á la razón casi nunca; y eso que le está educando un sacerdote; y eso que está enamorado de una efigie del niño Jesús, á quien hace mimos y caricias y con quien mantiene amorosos coloquios.

No se crea sin embargo que el Sr. Alarcón se haya propuesto con reunir y acumular estas excentricidades, burlarse de la devoción ni de la educación religiosa; de ningún modo;

el señor Alarcón no es hombre de intención tan larga, y en este particular estoy seguro que ni él mismo sabe lo que se propuso.

El niño semisalvaje da luego en la manía ¡verán ustedes qué manía más graciosa! de ir á sentarse todos los días en un poyo que hay enfrente de la antigua casa palacio de sus mayores, ahora habitada por el usurero, y de pasarse allí las horas olvidadas sin quitar los ojos de aquellos balcones herméticamente cerrados.

¿Qué buscaba allí? Por qué iba? No lo sabemos, y el señor Alarcón tiene la crueldad de no decírnoslo.

Mas ¡por cuánto el usurero no había de tener una hija, niña también, y muy hermosa, llamada Soledad de nombre y *La Dolorosa* de apodo (esto más tarde, y con ello no creo que haya querido demostrar el autor que la religión sirve para poner motes), por cuánto el usurero, digo, no había de tener una hija, y cátense ustedes que un día la ve el salvajito entrar ó salir en casa y se enamora de ella perdidamente! Y no para aquí la cosa, sino que la niña le corresponde, y ya tienen ustedes á Manuel y á Soledad, ó á *El Niño de la Bola* y *La Dolorosa*, como los tenemos que llamar después, convertidos en un Abelardo y una Eloisa de muy pocos años: de siete ú ocho; que no nos detenemos á ajustar la cuenta, porque el autor tampoco la lleva siempre

ajustada sin ciertas inexactitudes y distracciones.

El niño semisalvaje, sin dejar de serlo, llega á ser hombre, es decir, crece y caza y vive casi siempre en la sierra, y se propone luchar contra «el *ananque* (fatalidad) de las cosas,» que diría Víctor Hugo, y gana dinero y fama de guapo chico, y mata un oso luchando con él á brazo; con lo cual, y con otras varias habilidades prolijas de referir, llega á la envidiable categoría de matón del barrio.

A todo esto, Soledad ha crecido también y está tan *dolorosa* y tan bonita; pero el judío de su padre no quiere que se case con Manuel, y ya tenemos los amores desgraciados, indispensables en toda novela de pacotilla.

Después de otros detalles que no interesan, viene la *Rifa*.

Esta rifa es una ceremonia medio profana medio santa que el autor introduce en las costumbres de Guadix, sobre lo cual hemos de hacerle la gracia de creerle bajo su palabra. Allí se subasta todo, según dice el señor Alarcón, hasta el baile, y el precio de lo subastado entra como limosna en las arcas de la cofradía del divino Niño. Manuel acudió un año á la rifa, decidido á bailar con Soledad, que también había ido allá con su padre.

—Cien reales por bailar con aquella señora—dijo Manuel señalando á su amada.

—Mil reales porque no baile—repuso el padre de la niña.

—Cien duros por bailar—replicó Manuel.

—Ciento diez porque no—contrareplicó el usurero.

Y después de varios dimes y diretes, *Cairfás* ofreció 2.000 duros por llevarse á su hija para casa sin que bailara con Venegas, como así lo hizo en efecto (el llevarse á su hija, que no el pagar los 2.000 duros), y dijo además que el dinero que ofrecía Venegas no era suyo sino que aún se lo estaba debiendo, puesto que, como todo el mundo sabía, D. Rodrigo le debía tres millones y no había cobrado de ellos más que dos que valían las fincas.

Esta acusación miserable, hecha ante un pueblo que sabía perfectamente los antecedentes del usurero y la historia de su crédito contra D. Rodrigo y el hidalgo proceder de éste, ante un pueblo que sabía que el usurero, lejos de haber perdido un millón con D. Rodrigo, se había cobrado mucho más de millón y medio de sobra, parecía natural que no produjera más efecto que ahondar el odio y el desprecio de todos contra el que tenía el triste valor de lanzarla.

Pero el Sr. Alarcón arregla las cosas de otra manera: el pueblo, que adoraba á Manuel y á su difunto padre D. Rodrigo, parece dar la razón al usurero, y Manuel por estas causas decide incontinenti marcharse á las

Indias á buscar el millón que *debe á Caifás* y otros cuantos para hacerse dueño de la *Dolorosa*.

Se está por allá ocho años sin escribir, y entre tanto la *Dolorosa*, que le quería mucho, se casa con otro, con un tal Antonio Arregui, porque su conciencia, arreglada por el ñor Alarcón, no la permite desobedecer á su padre que se lo manda.

De suerte que cuando *El niño de la Bola* torna de allende los mares cargado de dinero, en víspera de otra rifa precisamente, encuentra á Soledad casada y hasta madre de familia.

Y aquí es ella.

El señor cura emplea todo el poco discurso que el Sr. Alarcón ha tenido la bondad de concederle, en persuadir á su ahijado Manuel que se vuelva por donde vino, y sostiene con él á este propósito grandes altercados. Por ellos se sabe que Manuel dejó la fe por allá, mientras acaparaba el dinero, lo cual es muy natural, porque, para enriquecerse, la fe no puede servir más que de estorbo.

Pero lo que no es tan natural ni mucho menos es que Manuel, que estaba decidido á matar á Antonio Arregui, á su hijo y á todo el género humano que entre él y Soledad se interpusiera; Manuel, que ya no tiene fe ni por consiguiente más norma de vida que sus pasiones salvajes, sólo con escuchar los dis-

cursos de un cura tonto, le cuelga todas sus alhajas al Niño Jesús, en quien ya no cree, renuncia á su venganza y á su amor, y se marcha de la ciudad como un cordero.

¡Para que se diga que ya no hay milagros! No los hará Dios si la moderna ciencia no se lo consiente, y por de pronto en el libro del señor Alarcón ya parece darse á entender que no los hace el Niño Jesús; pero lo que es el señor Alarcón, los hace.

La salida inverosímil de Manuel Venegas renunciando en un abrir y cerrar de ojos á todos sus proyectos de muchos años, es un milagro patente; y puesto que el señor Alarcón no quiere que este milagro se atribuya al Niño Jesús, y ha ordenado las cosas de modo que cualquiera se pudiera reir del que intentara atribuir al Niño Jesús este milagro, no hay más remedio que colgársele al señor Alarcón, gústele ó no le guste.

Lo que hay es que el milagro dura poco, porque Manuel se marcha por la mañana y á la tarde ya está de vuelta; si bien esto no quita para que el señor Alarcón, que obró un milagro para hacerle marchar, tenga que obrar casi otro milagro para traerle.

Antes convirtió, como si dijéramos, el agua en vino, y ahora va á convertir el vino en agua: antes hizo de un lobo, de un chacal, de un tigre un manso cordero, y ahora va á hacer de una tímida gacela ó de una casta paloma

una jabalina, una hiena, una furia del infierno.

Porque es de saber que aquella Soledad tan buena y tan hermosa en todo el libro, la que por su modestia exterior, fiel reflejo de su interior piedad, mereció ser por el vulgo comparada á la Virgen de los Dolores, y llamada *La Dolorosa*; la que por sus virtudes y buenas obras hacía casi olvidar las fechorías de su padre, la niña juiciosa que, según cuenta don Pedro Antonio, sacrificó su gusto en asunto tan grave como el de contraer matrimonio por no desobedecer ni disgustar siquiera al autor de sus días, ahora que es ya esposa de un hombre honrado y madre de un hermoso niño, por sólo haber visto á Manuel Venegas el semisalvaje que ha venido de la India salvaje del todo, olvida todos sus deberes cristianos y sociales y escribe á Manuel una carta que no la escribiría peor una ramera, ofreciéndole su propia deshonra, y convidándole y alentándole de la manera más desvergonzada al adulterio.

El señor Alarcón se encarga de hacer llegar esta carta á manos del fugitivo milagroso, y el fugitivo se vuelve y, corriendo á campo traviesa por los trigos de Dios, logra presentarse aquella misma tarde en la rifa.

Soledad estaba allí; la daba el corazón que había de volver su amante.

Llegar éste y comenzar á ofrecer dinero por bailar con ella, todo fué uno.

El marido de Soledad ahora, como su padre hace ocho años, trata de impedirlo con dinero, pero Manuel es ahora mucho más rico que entonces y no hay manera posible de estorbar que baile, porque, como dice el libro con cierta pretensión de hacer gracia, «el Niño Jesús no podía perder aquel dinero».

El resultado es que Manuel baila con Soledad, y al concluir de bailar, siguiendo la general costumbre, la abraza, dándola un abrazo tan fuerte que la espachurra ¡vaya un amor! como á la uva en el lagar; y en esto Antonio Arregui, el marido de Soledad, que ve á ésta echar sangre por la boca y por los oídos, coge de los pies de la imagen el mismo puñal de mango de oro que el indiano había comprado allá para matarle (antes de saber que existía, por supuesto), y le hunde en el corazón de Manuel Venegas.

Tableau, que dicen los franceses.

Y aquí da fin el romance,
Perdonad sus muchas faltas.

Que de verdad son muchas, como el atento lector habrá ido notando.

Y eso que ni la quinta parte de las que tiene el libro he podido dar á conocer en esta breve reseña; pues para darlas á conocer todas, era preciso hacer otro libro mayor, y aun así no se conocerían tan bien como leyendo

El Niño de la Bola, cosa que Dios me libre de aconsejar á nadie.

Aquí debiera concluir porque se va haciendo el artículo demasiado largo; pero he prometido decir algo del cura que pinta el señor Alarcón, y voy á decir cuatro palabras de ese sacerdote á quien de seguro ningún obispo, á no ser el señor Alarcón, se hubiera atrevido á ordenar *in sacris*.

Si pudiera yo suponer al señor Alarcón capaz de mala fe, y de dañado propósito, diría que era imposible intención más dañina; pero no creyéndole capaz de esas cosas, tengo que decir que es imposible mayor ignorancia de la Religión, de la disciplina de la Iglesia, de las costumbres del clero, mayor desconocimiento, en una palabra, de lo que se trae entre manos.

He dicho antes que el cura que pinta el señor Alarcón, con la misma facultad de *pintar como querer* con que el otro pintó á un león vencido por un hombre, es tonto de remate, y pocos rasgos bastarán para probarlo.

En primer lugar, el cura del señor Alarcón no tiene opinión política; es decir, que lo mismo le da que derriben las iglesias como que las levanten; porque ya nadie duda, á no ser acaso el señor Alarcón, que la política levanta y derriba los templos. Dicho se está con esto que el cura del señor Alarcón (y además éste lo dice) no tenía nada de ultra montano.

Tampoco tenía ni ribetes de filosofía, y «lo mismo que servía para cura de Santa María de la Cabeza (ahora va lo bueno) y como tal derramaba muchos bienes morales y materiales, hubiera servido para sacerdote hebreo ó mahometano, protestante ó chino, con gran respeto y edificación de tales gentes.....»

No tengo valor para seguir adelante.

Del estilo de la obra también habría mucho que hablar; pero después de haber encontrado defectos tan graves en el cuerpo, detenerse á contar las manchas y los rasgones de la ropa, fueran nimiedad sin disculpa. Baste saber que el señor Alarcón, que nunca ha sido modelo en materia de buen decir, escribe ahora, desde que es académico, mucho peor que en sus verdes abriles: se ha hecho amanerado, sistemático en el uso de locuciones de mal gusto, y por el afán de parecer gracioso, salpica su prosa de paréntesis hasta el extremo de hacerla insoportable.

Tal es el desventurado libro que se llama *El Niño de la Bola*, rótulo extrambótico ó epitafio bajo el cual, á mi entender, ha enterrado el señor Alarcón su estimable reputación literaria.

AMAYA.

(1879)

Consoladora en extremo es la frecuencia con que de algún tiempo á esta parte ven la luz pública buenos libros, en el género especialmente en que los libros malos han rebasado entre nosotros todos los límites de la abundancia.

Cuando ayer todavía, en el segundo tercio de la corriente centuria, decir novela era lo mismo que decir libro malo, ó por lo menos libro inútil, y cuando la novela, indígena ó exótica, pero más veces esto último, era el arma que más abundaba en los arsenales de la impiedad, y la más á menudo esgrimida contra las creencias y las tradiciones de la patria, conforta hoy el ánimo y ensancha el corazón el ver por una parte á la impiedad reducida casi en este punto á repartir simplezas á dos cuartos el pliego, ó á traducir excentricidades de que se ríen sus mismos partidarios, y por otra parte á la escuela católi-

ca producir novelas de costumbres como *El Escándalo* y *El buey suelto*, y novelas históricas como la que es ocasión y materia á la vez de este artículo.

Porque no hay duda que, supuesto el encanto y el atractivo que la novela tiene, para la juventud en especial, y supuesta la inclinación invencible de la juventud á leer novelas, el mejor y más seguro medio de evitar ó resarcir el daño de las novelas malas, es escribir y extender y popularizar novelas buenas, para ahogar así el mal entre las olas del bien sobreabundante.

Y estamos ya por lo menos en vías de lograrlo: la mala novela traducida, está hoy casi relegada á los folletines de los malos periódicos, y á los tomitos picantes de Paul de Kock, que como preservativo contra insomnios, son adorno invariable de la *mesa de noche* de oficiales de ejército y estudiantes desapplicados; la mala novela de por acá se halla también en visible decadencia, y Villoslada, y Pereda, representantes de la novela histórica y de la novela de costumbres, harán, si Dios quiere, casi todo lo que falta.

Sea lo que quiera de la cuestión sobre si la novela constituye un género literario aparte, ó si ha de considerarse rama desprendida de alguno de los otros géneros, del épico, según lo sostienen los que la llaman «epopeya en prosa» ó «epopeya bastardeada», del históri-

co, según lo afirman los que la llaman «historia fingida», ó del dramático, conforme pretenden los que la llaman «drama narrado», siempre será verdad que la novela con sus caracteres actuales no se conoció en las antiguas literaturas, que ha nacido dentro del Cristianismo, y que tiene asombroso poder de propaganda.

No vacilaré en afirmarlo: la novela ha ejercido y es capaz de ejercer mayor influencia en las costumbres y hasta en las doctrinas que el teatro mismo.

Porque el autor dramático no puede enseñorearse de la conciencia de un espectador, sin que domine al mismo tiempo las de todos los demás, entre los que hay malos y buenos, ignorantes y sabios, comunicándose todos por una especie de cadena eléctrica y formando juntos un solo espectador llamado el público; al paso que el novelista coge á su lector á solas, sin ageno auxilio, y se apodera mucho más fácilmente de su corazón y de su inteligencia.

La impiedad hubo de comprenderlo así, y ha causado con las malas novelas verdaderos extragos.

Los escritores católicos van comprendiendo también la obligación en que están de emplear sus talentos en el modo y forma que puedan dar más abundantes y mejores frutos.

Es indudable para mí que los de *Amaya*

serán copiosos y excelentes, porque cumple á las mil maravillas la ley principal de la novela, de presentar bajo las más sabrosas y deleitables apariencias, las más útiles y puras enseñanzas.

No ha de ser precisamente el objeto principal y directo del novelista la inteligencia, sino el corazón; y bien lo sabe el autor de *Amaya*, por cuanto sin disertaciones pesadas ni profusión de reflexiones fastidiosas, sencillo como Walter Scot y sobrio como Tácito, atrae disimuladamente el corazón del lector, le hace suyo, y va luego imprimiendo en él cuanto quiere, como en blanda cera, hasta dejarle por fin enamorado de los personajes de la obra, es decir, de las virtudes que en ellos resplandecen y del espíritu cristiano que los anima.

Siento de veras que los límites de este artículo no me permitan dar una idea del argumento de *Amaya*, poético hasta lo sumo, y en gran manera fácil, sin dejar por eso de ser sorprendente. Pero en cambio de esta mortificación que impongo á la curiosidad de los que me leyeren, les prometo la satisfacción centuplicada y el placer purísimo que han de experimentar al ir conociendo la interesante trama de la novela y los admirables personajes que en ella figuran, capítulo por capítulo y página por página, con el propio aliño que el autor les ha puesto.

No dejaré, sin embargo, de anticipar á los lectores, lo que es asunto de la obra, sirviéndome de las palabras de que se ha servido el autor para expresar su pensamiento en la introducción, que es bellísima:

«Se trata de los más hondos misterios de nuestra historia; duelo parece de pueblo á pueblo, combate singular entre dos héroes, uno de los cuales se llama imperio godo y otro *Euscalerri*, tierra vascongada. Guerra á muerte en que pelear es vivir, y abandonar el arma, sucumbir y caer en la huesa. Duró más de tres siglos, como pudiera haber durado menos de tres semanas, si uno de los combatientes hubiera querido ceder; como habría durado otras tantas centurias si el postrer testigo del duelo no hubiese echado el montante separando á tan encarnizados enemigos, que al fin deponen sus odios para unirse contra él.....

»¡Qué sublime espectáculo, sin par tal vez en los anales del mundo, ofrece esa tenaz y desesperada resistencia del débil contra el fuerte, coronada al fin con la victoria del poseedor pacífico y honrado contra el injusto agresor!

»Al transportarnos en alas de la fantasía á tan remotas edades, sentimos en el alma la grata frescura de la virtud sencilla, del heroísmo espontáneo y modesto, del vigoroso amor patrio, como al subir las montañas se

perciben auras purísimas, siempre renovadas, aromas acres y vivificantes, alegría restauradora, y ese bienestar inefable que físicamente nos dilata el pecho y moralmente nos eleva á Dios.

»¡Gloria á Dios, y lancémonos á las tinieblas de lo pasado por entre selvas seculares y monumentos megalíticos, sin más guía que frases de la historia, fragmentos de cantares, leyendas y tradiciones, á sorprender á dos grandes pueblos en el supremo momento de su implacable lucha, para ver cómo acaban unas edades y cómo empiezan otras, y cómo viene á ser principio lo que parece fin; que fin es lo que en vascuence significa *Amaya*, y en lenguaje cristiano se llama Providencia!»

Y aquí tenemos ya indicado el mérito principal de esta novela histórica, el de retratar admirablemente una época; pues si para conocer con detallada exactitud los acontecimientos históricos del siglo VIII sirve mejor una historia propiamente dicha, lo que es conocer á fondo aquel siglo con sus hombres y sus costumbres y sus aficiones y sus tendencias y sus virtudes y sus defectos y su manera de ser en público y en privado, para conocer al pueblo vascón y al pueblo visigodo, nada sirve mejor ni tan bien como la novela del señor Villoslada, pintura tan exacta, compendio tan acabado de las costumbres y de los conocimientos de aquellos días, que

bajo este aspecto bien se la puede llamar epopeya. Entra el lector en tierra vascongada cuando comienza á leer el primer capítulo y sale de allá cuando concluye el último, con tal conocimiento de tiempos y lugares, que se le figura haber vivido entonces.

Y áun prescindiendo del sabor de edad y de la riqueza poética del argumento, cautiva también el libro por la novedad con que presenta los episodios, y en general por la manera galana y propia suya, que tiene el autor de decir las cosas.

Nacido el señor Villoslada á la vida de las letras en la decadencia del romanticismo, y cuando el vigor irreflexivo y la generosa inspiración de sus mantenedores concertaban paces con los preceptos aristotélicos y se daban abrazos con la corrección clásica, heredó lo mejor de ambas parcialidades, dando de ello muestras en dos novelas históricas universalmente conocidas, y en algún drama que pasaría á la posteridad con gloria, si el autor hubiera sido entonces tan rico de experiencia escénica cuanto de dotes literarias. Formóse después como polemista en *El Pensamiento Español*, donde le señalaron como el primer periodista de España, su amable aticismo y su contundente dialéctica; y muerto aquel periódico, ha pasado años enteros reuniendo en *Amaya*, con afanes penosos y largas vigili-
as, todas las tradiciones y leyendas del pueblo

vasco, hasta las más apartadas de la común noticia, todos los rasgos fisonómicos del pueblo visigótico, hasta los más oscuros, empleando en darles forma todo el vasto caudal de sus conocimientos.

Si el éxito ha coronado su constancia inverisimil, no hay que decirlo: lo que hay que decir es, que con hacer más de veinte años que el ilustre impugnador de los *textos vivos* riñe con el error sin paz ni tregua en defensa de la Iglesia nuestra Madre, quizá no ha hecho nunca tanto bien á su causa, ni al enemigo tanto daño, como con esta novela histórica.

Porque si el oponer á las armas del enemigo armas de igual temple y rigor es meritorio, el presentarle armas superiores que inutilizan las suyas, no hay lauros con que premiarlo; y la verdad es, que después de la publicación de *Amaya*, las cuasi innumerables novelas que con el apodo de históricas viene dando á luz un malaventurado calumniador de Felipe II, del Santo Oficio y de todas nuestras glorias, no pueden pasar sino por cuentecillos necios de criadas imbéciles para asustar á los niños.

Ahora toca decir algo del estilo y de las galas del lenguaje, y lo haré de grado, por más que tema que, tratándose de la obra de un literato insigne, hayan en mí de parecer presunción hasta las alabanzas. Empero ne-

gárselas al autor sobre este particular fuera injusticia, y á la obra lo mismo, porque ni se puede hablar apenas del Sr. Villoslada sin hacer mérito de su cualidad de gran prosista, ni sería buena manera de dar á conocer á *Amaya*, el omitir una de las más principales partes de su belleza.

El estilo del Sr. Villoslada, por si hay quien no le conozca, es un estilo original, vigoroso y lleno á la vez de flores y de gracias. Alguien creará notar que *sabe á periódico*, pero este sabor de frescura y de viveza, constituye quizá su mayor encanto.

Con todo eso, si Horacio pudo decir que Homero también de vez en cuando se había dormido; bien se le podrá decir al señor Villoslada que se ha descuidado algunas veces, dejando correr ciertas frases revesadas, ciertos amaneramientos, y tal cual construcción oscura ó viciosa.

«Rompió en llorar», por ejemplo, es frase mucho menos bella que esta otra «rompió á llorar», que es la que emplea todo el mundo.

Decir «griego ú romano» es un capricho sin disculpa; porque el uso común y los buenos hablistas sólo sustituyen la *ó* *diyuntiva* con la *ú* cuando comienza con *o* la palabra que sigue, sin cuidarse de cómo termina la que antecede; como tampoco se sustituye la *y* *conjuntiva* con la *é* sino cuando el segundo miembro comienza con *i*, termine el primero

como quiera. Así, nadie dice, «comí é cené», sino «comí y cené», al paso que dice todo el mundo, «de una manera ú otra», «mujer é hijos».

«Debelar», del latín *debellare*, ha podido pasar al castellano; pero no se usa.

La palabra «presidio», del latín *præsidium*, tuvo realmente el sentido de defensa, amparo, fortaleza; pero tiene hoy otro mucho más general, aunque menos noble, y no parece recomendable usarla sin necesidad en el primero.

En la página 16, el rey don Rodrigo le dirige á Eudon la palabra, una vez tras de otra, de estas tres maneras:—«¿Casado tú?»—«Pero, ¿no sois bizantino?»—«Pues ¿quién eres, Eudon?» Debiendo hablarle en singular ó en plural constantemente.

El empleo del pronombre *lo* en lugar de *le* para los acusativos masculinos, y especialmente si son animados, y sobre todo si son racionales, no es de buen gusto ni tiene distinguido abolengo, y es además ocasionado á oscuridades y confusiones; lo mismo sucede con el empleo del pronombre *le* en lugar de *la* para los dativos femeninos; modismos de Andalucía, jamás aceptados en Castilla y León, no prohibados siquiera por los buenos escritores andaluces; pero recibidos como pan bendito por catalanes y valencianos que, extraños á la estructura del idioma, son secta-

rios natos y perpetuos de toda extravagancia.

No me detendré á citar los períodos que he encontrado oscuros y defectuosos, por estas causas; pero sí transcribiré uno, en que se emplea el pronombre *le* no ya en dativo, sino en acusativo femenino, contra toda regla: «Constanza reflexionó antes de contestar. *Le* asustaba cada vez más el rostro de su marido.» Este *le* no puede justificarse, ni por el impertinente decreto de la Academia, ni aun por motivos eufónicos.

Bien conozco que todos estos defectos, si son de notar, es por la misma belleza del fondo en que han caído; mas con todo, si para el ilustre autor de *Amaya* pudiera valer algo el ruego de quien tiene á gran honra proclamarse discípulo suyo y confesar que aprendió á ser periodista, lo poco que sabe, leyendo desde niño *El Pensamiento*, yo le rogaría que corrigiese con cuidado en otra edición todas esas menudencias.

De todos modos *Amaya* es la primera novela de estos tiempos. Los que la han leído según se ha ido publicando la primera vez en *La Ciencia Cristiana*, saben que no es hablar por hablar el afirmarlo.

DE FUERA VENDRA...

(1880.)

Sí, de fuera vendrá quien nos quiera enseñar disparates.

Por ejemplo, el autor de un libro, cuya portada dice:

«*El Arte cristiano en España*, por J. D. Passavant, director del Museo de Francfort, traducida (*sic*) directamente del alemán, y anotada por Claudio Boutelou.—Sevilla, imprenta y librería de José G. Fernández.»

Cosa curiosa desde luego se puede afirmar que es este libro; mas no me atreveré yo á decir que sea cosa útil, ni por consiguiente habré de alabarle el gusto al traductor por habérnosle dado vertido al castellano del alemán *directamente*.

Creo, por el contrario, que debió dejarle descansar en el idioma en que fué escrito, si no se sentía con fuerzas para vestirle por entero á la española; y aun en este caso, tanto costaba, y mucho más valía, que nos hubiera dado un libro nuevo.

Pero tenemos los españoles la fea costum-

bre, y estoy por llamarla vicio, de ir á buscar en el extranjero las noticias de nuestra patria: hemos convenido hace tiempo en que en España ni se sabe nada ni se estudia apenas, áun de las cosas que nos pertenecen y que podemos estudiar mejor que nadie; y el traductor de este libro no ha hecho más que respetar este convenio y seguir aquella costumbre.

Ni es maravilla que tal haga, cuando todos pecamos por este capítulo, y cuando (perdóneseme lo profano de la idea), si á algún francés le viniera en mientes el escribir un libro de tauromaquia, tengo para mí que no había de faltar entre nosotros quien le tradujera en castellano correcto para enseñanza y deleite de los aficionados.

Que vaya un español á París, por ejemplo, vea lo más principal de entre lo mucho que hay que ver en la capital francesa, apunte con lápiz lo que le digan de viva voz los *ciceroni*, vuelva á Madrid y haga con sus notas un libro: claro es que este libro podrá ser más ó menos útil para los españoles que no hayan estado en Francia; pero los parisien-ses han de encontrarle por necesidad defectuoso, y no han de hacer caso de él sino, á lo sumo, para reirse de sus inexactitudes.

Pues bien; yo no sé por qué, en tesis general, no ha de pasarles lo mismo á los extranjeros que escriben libros sobre cosas de Es-

pañá, y no alcanzo por qué estos libros no han de correr igual suerte que correría el libro de París escrito por un viajero curioso de nuestra tierra.

El hecho es, sin embargo, que aquí sucede al revés; y este libro, que por más señas se vende muy caro, es de ello ineludible testimonio.

Debo la primera noticia de esta versión castellana de la obra de Passavant á mi querido amigo y maestro el sabio anticuario don Juan López Castrillón, catedrático de Teología en el Seminario de León desde hace muchos años, é individuo de la comisión de monumentos de aquella provincia. El me mostró un ejemplar de la obra, indicándome brevemente sus defectos más notables, que he podido luego comprobar leyéndola.

El Sr. Passavant, director del Museo de Francfort, vino á España, según él mismo nos cuenta en su libro, por el año 1852; llegó por mar desde Marsella á Barcelona, fué de allí también por mar á Cartagena y Málaga, de **donde** pasó á Granada, y luego á Madrid por Jaén, Bailén, Manzanares, y Aranjuez. Permaneció en Madrid algunas semanas y visitó luego á Sevilla, Córdoba y Cádiz. Dió la vuelta á la corte, hizo una excursión á Toledo y otra al Escorial, y emprendió en seguida el viaje de regreso á París, deteniéndose en Avila, Salamanca, Valladolid, Burgos, Vitoria, San Sebastián é Irún.

Se dejó, por consiguiente, sin visitar el Sr. Passavant toda Extremadura, casi toda Cataluña, todo Aragón y Valencia, todo Galicia y Asturias, y, lo que es más grave, á León, que tiene en la materia de su viaje principalísima importancia; y en cambio nos cuenta haber visitado á Bailén, Manzanares, Aranjuez, San Sebastián é Irún, que no tienen ciertamente demasiado que ver con el arte cristiano.

El bueno del traductor confiesa en el prólogo que «se nota en la obra de Passavant un espíritu *algo* apasionado por su propio país», y que «debido á esto *algunas veces* atribuye todo lo bueno á alemanes ó á marcada influencia de los artistas de su patria».

Pero bien pudieran suprimirse, á mi entender, sin daño de la verdad, en este juicio, el *algo* y el *algunas veces* que he subrayado de propósito.

El Sr. Passavant comienza echando por el suelo á todos los que entre nosotros han escrito del arte, entre ellos al sabio Cean Bermúdez, achacándoles que carecen de *vistas propias*; y sin duda para que á él no se le pueda echar en cara el mismo defecto, procura constantemente ver las cosas como no las ha visto nadie.

Muéstrase tan apasionado en su libro y tan injusto con nosotros, que casi todas nuestras principales bellezas artísticas de la Edad Me-

dia quiere que sean, no ya importadas de Alemania, sino hasta obra de artistas alemanes; no se contenta con negarnos la originalidad, sino que ni siquiera nos deja la honra de ser buenos imitadores. Y en tratándose de las cosas buenas que tenemos del Renacimiento, como ya no puede llevárselas á Alemania, se las regala á granel generosamente á los italianos, incurriendo, por ver de salirse con la suya, en las más estupendas inexactitudes.

El traductor le corrige algunas en las notas, pero deja correr otras muchas y no ciertamente insignificantes.

Al obispo, verbigracia, que puso la piedra fundamental de la catedral de Burgos, el señor Passavant le hace inglés, sin que se sepa que pueda haber tenido para ello fundamento alguno, ni se acierte tampoco por qué razón, ya que no quiso que fuera español, no le hizo, como á otros, hijo de Alemania.

De estos errores pudiera citar muchos, pero me contentaré con citar uno que vale por todos.

Tratando de la miniatura, menciona el señor Passavant un Apocalipsis del siglo X que se conserva en Madrid en la Academia de la Historia, y no sé si por el afán de llevarle muy lejos de España, ó porque no acertó á escribir bien lo que le dijera el conserje de dicha Academia, ó la persona que le enseñó

el documento, lo cierto es que no le deja más acá del Líbano.

«Un Apocalipsis del siglo X que escribió en el Líbano San Beato, Presbítero, se conserva en Madrid en la Academia de la Historia...» dice el señor Passavant y reproduce el traductor (páginas 155 y 156) con tanta formalidad que cualquiera se halla tentado á creerles bajo su palabra..... Cualquiera que no sepa, y lo sabe todo el mundo, que no fue en el Líbano, sino en Liébana, diócesis de León y provincia de Santander, donde se escribió el Apocalipsis aludido.

Y lo más extraño no es aquí la equivocación del autor extranjero; más extraño es que el traductor español, con aficiones de bibliófilo y arqueólogo, haya copiado tan garrafal tropezón con una fidelidad tan poco laudable.

«El arte español—dice al principio de su libro el señor Passavant—ha sentido en todo tiempo la influencia de otras naciones, de tal manera, que apenas puede admitirse la idea de un desarrollo sucesivo y natural de un arte propio.»

Para demostrar esta tesis es para lo que en el curso de la obra se equivoca el señor Passavant con tanta frecuencia.

Aparte del apasionamiento injustificable que le ha inspirado, el libro del señor Passavant es un estudio muy ligero, sin que resulte

tampoco mucho más interesante con las notas y apéndice de la versión castellana.

Trátanse en el libro de un modo superficial varios asuntos de que hay acá excelentes monografías, pudiendo servir de ejemplo *El Cristo de las Batallas*, de que se habla con notable oscuridad en la página 107, acerca del cual tenemos un completo y erudito trabajo de don José Godoy Alcántara.

También sobre otros puntos tratados harto á la ligera en el libro del señor Passavant, hay artículos muy apreciables del señor Amador de los Ríos y de otros escritores.

Y en la parte de arquitectura, el *Manual de Arqueología Cristiana*, publicado hace años por don Ramón Vinader, vale, con sus defectos y todo, bastante más que cuanto el viajero alemán nos ha contado sobre el asunto.

Cierto es que cuando Passavant escribió su libro, no estaban estos estudios en España á la altura que hoy se encuentran; pero éste era un motivo más para no haberlo traducido ahora.

Tarde y con daño.

¡CÓMO SE ESCRIBE!

I.

Y no me quejo de que escriban mal, verbi-gracia, los académicos de la lengua ó los obreros de alguna fábrica de hilados de Cataluña, de quienes ya sé que no se pueden esperar primores de lenguaje; lo triste es que tampoco escriban bien algunos escritores.

Por ejemplo, un amigo mío que tiene mucho ingenio y muy brillante imaginación, y sin embargo, por falta de lectura de buenos autores, ó por sobra de lectura de autores malos, ó por devoción á la Academia, ó no sé por qué, lo cierto es que escribe medianamente.

Hace poco escribió este párrafo:

«En su corazón ha muerto ya la mujer hermosa; sólo la madre queda, y ve á su hijo y no le puede llamar, besar, abrazar, morir por él; tiene miedo de que *le* desconozca, de que *le* rechace, de que *le* in-

sulte, de que *le* desprecie, y llora y solloza y le contempla».

Todos estos *les* son ilegítimos, fuera del último. Las otras cuatro veces que dice *le* refiriéndose á la madre, debe decir *la*, y cada uno de aquellos cuatro *les* constituye un disparate solemne.

¿Por qué habrá escrito *le*?

Quizá porque la Academia manda decir *le* en los dativos femeninos, y él no se ha parado á distinguir los acusativos de los dativos.

Tampoco en los dativos femeninos se debe decir *le*, aunque la Academia lo mande; porque los más y los mejores escritores castellanos han escrito *la* en el dativo femenino; algunos siempre y exclusivamente, y otros las más de las veces.

Pero si está mal y suele producir anfibologías el decir *le* en el dativo femenino, decirlo en el acusativo es ya completamente desatinado.

Conste, pues, que el autor del párrafo transcrito debió escribir:

«... tiene miedo de que *la* desconozca, de que *la* rechace, de que *la* insulte, de que *la* desprecie, y llora y solloza y le contempla».

II.

Pues otro escritor que también es fecundo escribe todavía mucho peor que el aludido anteriormente.

Porque no se contenta con decir *le* donde debe decir *la*, sino que deshace las frases para volver á hacerlas á su modo, reforma las construcciones usuales echándolas á perder... y, en fin, que no hay posibilidad de leerle sin hallar un gazapo gramatical á cada paso.

En una novela dice:

«Nueva pausa; *se oyó dos chupadas* que á su cigarro dió el cura, y de pronto estas palabras dichas en tono resuelto, decisivo y breve.»

Pues en *tono breve*, resuelto y decisivo tengo yo que decirle á él que eso es un disparate.

Que no se dice «*se oyó dos chupadas*», ni «*se oyó estas palabras*»; sino «*se oyeron dos chupadas*» y «*se oyeron estas palabras*.»

Y cuenta que no es esto un descuido de los que cualquiera que no esté muy fuerte en el idioma puede padecer escribiendo de prisa, sino una manía ó una presunción de saber más que los otros; porque el autor del párrafo copiado siempre construye así, y aun tengo

entendido que se enfada si el regente de la imprenta se lo corrige.

Pues no señor—hay que decirle—no tiene usted razón.

Dirá usted que así construyen los franceses, y esto es verdad; pero, amigo, para eso son franceses.....

En castellano nunca se construyen esas oraciones así en impersonal, sino siempre en pasiva: «*Se oyeron dos chupadas*, es decir, fueron oídas dos chupadas.»

Los franceses pueden decir, por ejemplo, como dice Pablo Bourget en *El discípulo*: «*On doit á M. Sixte quelques frases*»; pero nosotros no podemos decir: «*Se debe á Cánovas muchos desaciertos.*»

No porque no se le deban, sino porque hay que decir: «*Se deben á Cánovas muchos desaciertos*»; es decir, «*son debidos á Cánovas*».

Los franceses pueden decir, como dicen: «*On imagine les effets*»; pero nosotros no podemos decir: *se imagina los efectos*, sino «*se imaginan los efectos*»; es decir, los efectos son imaginados.

El mismo escritor dice en otra parte:

«Y no estaban seguros de que *el peor día* no apareciese por allí.....»

Tampoco esto está bien.

Tampoco se puede decir en serio *el peor día*, para decir «cualquier día». Como se dice

ES EL MEJOR DÍA, y no *el peor*. La frase recibida para significar un día cualquiera es EL MEJOR DÍA, y también se dice en el mismo sentido EL PRIMER DÍA, aunque no se usa tanto.

Los franceses suelen decir, para significar algo parecido á lo que nosotros damos á entender con EL MEJOR DÍA, *un beau jour* y *un bel jour*; por cierto que los malos traductores lo suelen traducir al pie de la letra: un hermoso día y un bello día.

Pero no es menor yerro que traducir así, escribier en castellano *el peor día*, en lugar de EL MEJOR DÍA Ó EL PRIMER DÍA.

Del mismo escritor es este otro párrafo:

—¡Un cuerno me rindo yo, mi teniente!—*decía como si le fuese en ello arte ni parte*».

La frase ARTE NI PARTE, que el autor del párrafo copiado habrá oído y leído muchas veces, sólo se usa con el verbo TENER.

No tengo en ello arte ni parte... Como si él tuviera arte ni parte en eso... etc.

De este modo la frase es natural y lógica, y resulta expresiva; pero del modo que la usa el aludido escritor, con el verbo *ir*, no tiene sentido.

Porque, vamos, que irle á uno arte en una cosa!... Se puede tener ó haber tenido arte para hacer una cosa, y haberle empleado en hacerla, como se puede tener parte en ella;

pero *irle* ó no *irle* á uno *arte*, ¿qué quiere decir?

A poco que el autor de la desgraciada reforma hubiera reflexionado, se hubiera convencido de que no decía bien.

Y si ahora reflexiona, se convencerá de que no le conviene echárselas de novador, con tan mala fortuna por lo menos como se las echa de novadora una escritora muy conocida, sino estudiar el habla castellana en los buenos autores y en el uso de la gente culta, y escribirla y hablarla como la gente culta la habla y como los buenos autores la escribieron.

III.

Con motivo del ataque á mano armada que una cuadrilla de catorce ladrones ha dado en la noche del 18 del corriente á una casería en los alrededores de Valladolid, ha tenido que sufrir también el habla castellana ciertos ataques más ó menos telegráficos.

Por de pronto, los periódicos todos, con abrumadora unanimidad, han llamado á la casería *caserío*, sin razón ninguna.

Porque aquello, lo asaltado, por las señas que dan los mismos periódicos, es una CASE-

RÍA, es decir una «casa aislada en el campo, en la cual viven las personas que cuidan de alguna hacienda contigua ó cercana», como dice el Diccionario de la Academia, que alguna cosa había de decir bien, ó siquiera regularmente.

Mientras que *caserío* es, según el mismo Diccionario, que tampoco aquí dice mal, el conjunto de casas de una población»; y por eso se dice que *tal* pueblo tiene buen caserío ó mal caserío, ó que tiene el caserío muy esparramado ó muy aglomerado, para dar á entender que tiene buenas ó malas casas, ó muy separadas ó muy juntas.

En el reino de León, en Castilla la Vieja, en Extremadura, en donde quiera que se hable bien el castellano, se llama casería á la casa aislada en el campo en las condiciones de la recientemente atacada por los bandidos.

En Espinama (Santander) está la *Casería de Naranco*, y todo el mundo la llama así, casería. En León están, entre otras, la *Casería de Mental* y la *Casería de Lomas*, que son del marqués de Prado, y nadie las ha llamado jamás *caseríos*. En Asturias hay muchas *carerías*, y así las llaman siempre. En Salamanca... no hay más que ver cómo concluyó Meléndez Valdés su famosa égloga *Batilo*:

«Así loando fueron
La su vida inocente

Los dos enamorados pastorcillos,
 Y los premios se dieron
 Del álamo en la fuente,
 Llevando allí á pastar sus corderillos;
 Y yo que logré oillos
 Detrás de un haya umbrosa,
 Con ellos comparado,
 Maldije de mi estado;
 De entonces la ciudad me fué enojosa,
 Y muy alegres días
 Pasé en sus venturosas CASERÍAS.»

¿Qué razones hay en contrario?
 Ninguna.

Que en las provincias vascongadas, donde no saben castellano, y por consiguiente cuando le hablan suelen decir las cosas al revés, llaman á la casería *caserío*.

Y se conoce que, no los corresponsales de Valladolid, que indudablemente escribirían casería, sino los telegrafistas que transmitieron los partes, ó los periodistas que los interpretaron, han ido á veranear á San Sebastián y han querido aprender allí castellano de los vascongados, á la manera como el toro de la fábula de Iriarte, oyendo hablar á un papagayo,

«quiso que él y no el hombre le enseñara»,

y por eso han llamado *caserío* á la casería.

Verdad es que el Diccionario de la Academia, por no pasar mucho tiempo sin errar,

después de dar la definición de caserío, la genuina, la buena, pone las dos rayitas perpendiculares al renglón que quieren decir, «otro significado», y añade: «*casería*», dando á entender que también se usa la palabra en este sentido. Pero hay que tener en cuenta que también los académicos van á veranear á San Sebastián, y por eso ha podido uno de ellos aprender allí y añadir luego al Diccionario ese disparate.

Y lo bueno es que ni aun en las provincias vascongadas se ha llamado siempre y por todo el mundo *caserío* á la CASERÍA.

No; la gente docta allí mismo ha llamado á la casa aislada en el campo CASERÍA, como en León y Castilla.

En el *Fuero de Vizcaya*, recopilado en el siglo XVI, se lee:

«Que por quanto en Vizcaya hay copia de muchos ganados y cría, et la tierra es derramada, e las CASERIAS tiene cada uno por sí con sus heredades sitas en montaña y en bajo.....» Título 34, ley 1.^a

»Por quanto en Vizcaya hay algunas casas y CASERIAS que deben el censo..... «Título 36, ley 1.^a»

»Porque por experiencia se ha visto que enagando se disminuyen las tales CASERIAS....» El mismo título, ley 2.^a

De modo que hasta en Vizcaya se ha dicho bien antiguamente.

IV.

Ya que hablé de Valladolid, voy á decir dos palabras de otro disparate íntimamente relacionado con la hermosa ciudad del Pisuerga.

De algún tiempo á esta parte no es posible leer un periódico que trate de Valladolid sin encontrarse con este enormísimo despropósito: *vallisoletano*.

En esto también tiene razón el Diccionario de la Academia, que dice:

«VALISOLETANO. *na* (Del lat. *vallisolitanus*; de *Vallisoletum*, Valladolid.) adj. Natural de Valladolid. U. t. c. s. Perteneciente á esta ciudad.»

Aquí está perfectamente expuesto el origen, el proceso y el estado actual de la palabra. Del *Vallisoletum* latino, Valladolid, se formó el adj. latino *vallisoletanus*, *na*, *um*, escrito con dos eles, como derivado de *vallis*, *is*, pero sonando una sola en la pronunciación, porque el latín no tenía nuestro sonido de las dos eles. Este adjetivo *vallisoletanus*, *na*, *um*, latino, pasó al castellano pronunciado como en latín, naturalmente, sonando una ele sola, y, como en castellano no se escribe

por punto general ninguna letra que no haya de sonar, y como además las dos *es* tienen en castellano un sonido especial distinto del de la palabra latina que se adoptaba, se la suprimió en la escritura la *e* sobrante, y se escribió así: VALISOLETANO, NA.

Y así se ha continuado escribiendo hasta poco hace, hasta ayer como quien dice, que es cuando ha comenzado esa conjuración, de la cual son parte muy importante algunos regentes de imprenta, que en otras ocasiones son muy escrupulosos observantes del Diccionario; pero en ésta, que es una de las pocas en que le debieran consultar y obedecer, no le obedecen, y le plantan un *vallisoletano* al lucero del alba, si se descuida.

Cuando quisiéramos hacer un adjetivo castellano derivado del nombre castellano de la ciudad de Valladolid, tendríamos que decir sin más que cambiar la *de* final en *ce* ó en *ceda*, *valladolicense*, *valladoliceño*, *valladolizano*... Pero adoptando el adjetivo latino, derivado del nombre latino de la ciudad, adjetivo que en latín se pronuncia *valisoletanus*, es un disparate muy grande pronunciar *vallisoletano*, y otro disparate igual escribirlo.

V.

Y todavía creo que es mayor este otro, que también se encuentra en los periódicos con desconsoladora frecuencia:

El coronel *tal*, *al mando* del regimiento *cual*, ocupó *esta* posición ó *la otra*.

«El general Loma (en las últimas huelgas) sale para Bilbao, *al mando* de dos brigadas».

Esto quiere decir una cosa, y dice otra. Lo que quiere decir, ya se supone; lo que dice lisa y llanamente en buen castellano, es que el general va mandado por las brigadas; que las brigadas mandan y el general obedece.

De esto no dice una palabra el Diccionario de la Academia, y casi hace bien; porque si se ponía á explicar la frase AL MANDO, regularmente la explicaría mal, y para explicarla mal, es mucho mejor que no la explique.

Mas, aun cuando el Diccionario no diga nada, el uso vulgar y el de todos los escritores formales que han empleado la frase *al mando*, la dan el sentido contrario al que tiene en los párrafos transcritos.

Decir que un capitán va al mando de su compañía como se lee á cada paso en los periódicos, es un disparate tan grande como

decir que un general está á las órdenes del oficial... de órdenes.

Vamos, que ir *al mando* no es ir mandando, sino ir obedeciendo, ir bajo el mando; así como ir *á las órdenes* no es ir ordenando, no es ir dando órdenes, sino recibíéndolas.

VI.

Hay en nuestro idioma una frase muy expresiva, muy vigorosa y de sentido bien determinado. Se habla de un hombre de malas costumbres y hasta malos instintos, de un perdido, que no hay vicio á que no esté sujeto ni villanía en que no sea capaz de incurrir, y para dar á entender que es malo del todo y que no tiene cualidad buena, se dice: **NO TIENE EL DIABLO POR DÓNDE DESECHARLE.**

Pero hay otra frase con la que se da á entender también la malísima condición, la malísima calidad, el malísimo estado de una persona ó de una cosa, diciendo que **NO HAY POR DONDE COGERLA.** Para referir, por ejemplo, que una persona habló muy mal de otra, ó que juzgó muy desfavorablemente una obra de arte, se suele decir: **LA PUSO... QUE NO HABÍA POR DONDE COGERLA.**

Pues ¿qué ha hecho la ignorancia con estas

dos frases?... Confundirlas, y decir á menudo, hablando de algún calavera deshecho: *No tiene el diablo por donde cogerle.*

Ya se ve que esto es una majadería, pues cuanto más malo sea un hombre, mejor y más á gusto puede cogerle el diablo; pero es una majadería hoy muy extendida, y en la que caen hasta algunos escritores que se dejan llamar maestros y que aspiran á ciertas jefaturas literarias.

Y es claro; cuando los *maestros* escriben así, ¿qué han de hacer los discípulos?

Conste, pues, á los discípulos y á los maestros, que para dar á entender que una persona es rematadamente mala, no se puede decir que *no tiene el diablo por donde cogerla*, que esto es una barbaridad, sino que se dice que NO TIENE EL DIABLO POR DONDE DESECHARLA, frase gráfica y hermosa, expresión genuina de nuestro antiguo buen sentido cristiano.

Y conste que en la otra frase, también castiza, aunque no está en el Diccionario de la Academia, en la frase de NO HABER POR DONDE COGER á una persona ó á una cosa, no tiene nada que hacer el diablo.

VII.

También hay escritores que, no por ignorancia y desconocimiento del idioma, sino por un poco de manía de innovar y un poco de soberbia, que les hace creer que antes de venir ellos al mundo, nadie supo una palabra de nada, reforman á su modo, echándolas á perder, las frases más castizas y más usuales.

Sirva de ejemplo la tan conocida frase NI POCO NI MUCHO.

Hace unos días, leyendo en *El País* un artículo de crítica teatral, encontré este párrafo:

«El público no simpatizó ni poco ni mucho con la tesis de la obra.»

Perfectamente. Así es como hase usado siempre la frase NI POCO NI MUCHO, tan castiza y tan popular que todo el mundo la conoce y la emplea.

Pero este párrafo me recordó que una insigne escritora contemporánea se ha empeñado en quitar á dicha frase el primer *ni*, creyendo que sobra.

Y ha tomado la reforma con tanto calor, que, por ver de popularizarla, vamos, por ver si la gente se acostumbraba á decir ó escribir la frase sin el primer *ni*, la usa ella con mucha frecuencia, aunque no pegue.

«...No me inquietaba poco ni mucho», dice ella, echando á perder la frase y quitándola su verdadero sentido.

Como que, á la mitad de la lectura, la frase reformada por la aludida escritara parece que dice lo contrario de lo que quiere decir realmente.

Al leer: «*tal cosa no me inquietaba poco...*» lo primero que se entiende es que la inquietaba bastante; y luego, cuando se lee «*ni mucho*», hay que corregir el primer juicio.

Mientras que en la frase castiza, sin reformar, tal como la escribió en el párrafo citado el crítico de *El País*, y como la han escrito y la dicen todos los que viven sin afán de ser reformadores, no se da ni un momento de mala inteligencia.

«El público no simpatizó con la tesis...» proposición negativa que tiene sentido completo. Y luego, para dar mayor fuerza á la negación, se añade: NI POCO NI MUCHO, manera elegante y vigorosa de decir: nada absolutamente.

Hay otros que, sin ir tan adelante en la reforma como aquella escritora, sin suprimir nada de la frase, invierten sus términos, y

dicen: *ni mucho ni poco*, creyendo que es más lógico y ordenado, tratándose de negar por completo la existencia de una cosa, negar primero que exista en cantidad grande y concluir por negar que exista aun en cantidad pequeña.

Tampoco éstos tienen razón, por más que su reforma no sea tan desatinada como la precedente.

Y no tienen razón, porque no la hay para quitar á nuestro idioma sus rasgos geniales y sus bellezas, á pretexto de dar á esta ó á la otra frase más método y más lógica.

Las frases no se reforman: se emplean, cuando vienen á pelo, tal como las ha recibido el uso; *quem penes arbitrium est...* etc., que nos dijo Horacio.

VIII.

Así como así es otra frase muy castiza, pero muy desgraciada, porque casi nadie la emplea bien.

Casi nadie entre los escritores, porque lo que es el pueblo la sabe emplear perfectamente.

Y hasta la Academia, por raro que parezca

el caso, anda cerca de darla en el Diccionario su verdadero sentido.

Pero la generalidad de los que escriben emplean esta frase, ASÍ COMO ASÍ, en el sentido de *fácilmente*, confundiéndola con otra frase, la de ASÍ COMO QUIERA, lo cual es un verdadero desatino.

Para dar á entender que una cosa no se hace con facilidad, se dice: NO SE HACE ASÍ COMO QUIERA.

En el Diccionario no se halla esta frase; pero eso no quita que sea de buena ley y que se use mucho.

Ahora, el decir en el mismo sentido *tal cosa no se hace así como así*, es un disparate, que no deja de serlo por muchos que sean los que lo digan.

Bretón de los Herreros, que tenía talento y vis cómica, pero que no conocía bien el castellano, escribió en *El pelo de la dehesa*:

—Cosas de *así como así*;
mas cuando él recapacite
que no estamos en Belchite..
—Ya sé que estamos aquí.

No es fácil adivinar por qué llamó Bretón cosas de *así como así* á las cosas de don Frutos, como no fuera por el consonante. No es fácil conocer el sentido que quiso dar á la frase ASÍ COMO ASÍ en el pasaje copiado; lo

que se conoce desde luego es que no la dió su sentido propio.

Que es el que la había dado don José Iglesias en aquel epigrama que dice:

Un médico en una calle
el santo suelo besó,
es decir, que se cayó
de su mula alta de talle.

Empezábale á zumbiar
la gente que andaba allí,
y él dijo: ASÍ COMO ASÍ,
me iba yo luego á apear.

Los académicos, que han debido de tener presente este epigrama, traducen el ASÍ como ASÍ por *de todos modos*.

No está del todo bien la traducción, pero anda cerca.

Así como ASÍ, en el sentido que lo usa Iglesias, que es el sentido castizo y popular, no quiere decir *de todos modos*; quiere decir *cabalmente, precisamente, justamente*, y ahí está la gracia del epigrama.

The first part of the book is devoted to a general history of the world, from the beginning of time to the present day. It is written in a simple and straightforward manner, and is intended for the use of students in schools and colleges.

The second part of the book is devoted to a history of the British Empire, from the time of the first settlement in North America to the present day. It is written in a simple and straightforward manner, and is intended for the use of students in schools and colleges.

The third part of the book is devoted to a history of the United States, from the time of the first settlement in North America to the present day. It is written in a simple and straightforward manner, and is intended for the use of students in schools and colleges.

The fourth part of the book is devoted to a history of the world, from the beginning of time to the present day. It is written in a simple and straightforward manner, and is intended for the use of students in schools and colleges.

The fifth part of the book is devoted to a history of the British Empire, from the time of the first settlement in North America to the present day. It is written in a simple and straightforward manner, and is intended for the use of students in schools and colleges.

The sixth part of the book is devoted to a history of the United States, from the time of the first settlement in North America to the present day. It is written in a simple and straightforward manner, and is intended for the use of students in schools and colleges.

The seventh part of the book is devoted to a history of the world, from the beginning of time to the present day. It is written in a simple and straightforward manner, and is intended for the use of students in schools and colleges.

The eighth part of the book is devoted to a history of the British Empire, from the time of the first settlement in North America to the present day. It is written in a simple and straightforward manner, and is intended for the use of students in schools and colleges.

The ninth part of the book is devoted to a history of the United States, from the time of the first settlement in North America to the present day. It is written in a simple and straightforward manner, and is intended for the use of students in schools and colleges.

The tenth part of the book is devoted to a history of the world, from the beginning of time to the present day. It is written in a simple and straightforward manner, and is intended for the use of students in schools and colleges.

AGRICULTURAS LIBERALES

(CARTA Á JOSÉ LUIS.)

(1882)

Amigo Pepe:

«El señor ministro de Fomento, de cuya capacidad y celo por los intereses del país nos ocupamos detenidamente no ha muchos días, y de cuyas extraordinarias dotes hacíamos una especial mención para demostrar lo mucho que de él pueden esperar la producción y la riqueza pública, ha dado recientemente una nueva muestra de su actividad y de su interés en favor del importante ramo de agricultura.»

Así, palabra más ó menos, y piropo arriba ó abajo, en esa jerga propia y peculiar de los periódicos ministeriales de cualquier ministerio, modelada por Rubí en *El Gran Filón*, comienza un periódico fusionista á dar cuenta de la última disposición agrícola del ministro de Fomento.

Y luego añade:

«La *Gaceta* de ayer nos da la medida del preferente cuidado que el señor Alvareda dedica al es-

tudio y organización de dicho ramo, publicando un real decreto precedido de una brillante y razonada exposición..., etc.»

Ya ves que no se puede decir más, y sin embargo, tampoco se puede hacer menos.

Es decir, aún se puede hacer menos no haciendo nada, dejando en paz á la agricultura y no aburriendo á los agricultores con disposiciones inútiles; pero esto no es hacer menos por la agricultura, sino hacer más, aunque no sea bastante.

Porque has de saber, y te lo digo precisamente para que tú se lo digas al ministro de Fomento, á quien supongo que conoces mucho, has de saber que todas esas disposiciones que tanto entusiasman á cualquier periódico ministerial, no son más que utopias risibles, y por añadidura muy caras, de lo más á propósito para empeorar el no muy lisonjero estado de la agricultura y la no muy envidiable condición de los labradores.

Has de saber, y debes decírselo al ministro, que la reforma principal que necesita la agricultura es el alivio de los impuestos, y que todas las reformas que lejos de tener ese alivio por base ó de conducir á él á la corta ó á la larga, tiendan, por el contrario, á aumentarlos y agravarlos, como las reformas que han excitado ahora el entusiasmo de un periódico ministerial, son detestables.

Me dirás que el mal no es de ahora, sino

de muy atrás; pero eso no quita para que mereciera alabanza toda disposición que tendiera á romper con la perniciosa rutina, ni para que toda disposición encaminada á seguir la rutina liberal merezca vituperio.

¿Parécete á ti, vamos á ver, parécete á ti que cuando los labradores están agobiados con impuestos que ya no pueden pagar de crecidos, teniendo que dejar á la Administración la ignominiosa tarea de venderles las fincas en pública subasta, es buen acuerdo, ni mediano siquiera, obligarles por añadidura á pagar la suscripción á un librejo mensual que no leen (y es lo mejor que pueden hacer para no perder más que el dinero) como verbigracia, la *Gaceta Agrícola*?

Pues, para que veas, esta disposición absurda le valió al ministro de Fomento que la tomó, y que era, como recordarás, el mismo conde que fabricó el hipódromo, tan fervorosos y tan hiperbólicos aplausos de la prensa ministerial, como los que el periódico tantas veces aludido tributa por sus postreras disposiciones agrícolas al señor Alvareda.

Que por cierto esta es la hora en que todavía no ha derogado la disposición que grava á los labradores con el sostenimiento obligatorio de la *Gaceta Agrícola*, sin beneficio ninguno para ellos ni para el Erario.

Pero no divaguemos: díle desde luego al ministro si, como supongo, es amigo tuyo,

que la *brillante y razonada* exposición que le ha atraído esa granizada de elogios de la prensa ministerial, no vale un comino; que todo eso del «constante y feliz movimiento de progreso que caracteriza los actos todos de las sociedades modernas», no es más que música, y música progresista, que es, como si dijéramos, música ratonera, ó la más desagradable de las músicas posibles.

Dile que si «ese feliz movimiento de progreso» no le ha visto en el aumento pavoroso y aterrador del pauperismo, ó en el aumento aún más pavoroso y más aterrador de la criminalidad, que avise á ver dónde le vió, porque la verdad es que nadie le ha visto en ninguna otra parte.

Dile que eso de que la agricultura no podía permanecer estacionaria bajo el poder de los liberales, es verdad, y no ha permanecido; sólo que en lugar de ir hacia adelante y mejorar, ha corrido hacia atrás como el cangrejo, lo cual se explica, por muchas razones, liberales todas, que sería largo explicar aquí, y además, ocioso. Porque es cosa que está á la vista y á nadie se oculta que por volver al estado en que se hallaba cuando habia frailes, se daría la agricultura con un canto en los dientes.

Dile que todo lo que sigue de la «brillante y razonada exposición» es lo mismo, y que parece mentira que un hombre como él, eru-

dito hasta cierto punto, y de *buena sombra*, también hasta cierto punto, no haya oído nunca el refrán aquel que prohíbe «mentar la soga en casa del ahorcado», ó que habiéndole oído, hable de seguir en materias agrícolas los *brillantes derroteros* de los gobiernos anteriores, que, como es sabido, son derroteros de perdición y de ruina, derroteros de verdadera derrota; y que en punto á las escuelas de agricultura que se propone crear en las provincias, «cuando sepan nuestros labradores que de esos establecimientos pueden salir inteligentes capataces», «cuando sepan que allí pueden adquirir semillas, conseguir abonos y obtener con mayor economía sementales para el mejoramiento de las razas» y «cuando sepan la energía con que el gobierno se propone secundar sus esfuerzos», se quedarán sabiendo que tienen mucho más que pagar, como si no tuvieran ya de sobra.

¡Utopias, amigo Pepe, utopias y palabras sin sentido!

La decadencia de la agricultura es un hecho bien triste, pero ni las causas son ningún misterio, ni el remedio está donde le buscáis los liberales.

La agricultura ha decaído, en primer lugar, por la desamortización ¡pásmate, hombre! por la desamortización que los liberales listos predicaron interesadamente como remedio de todos los males, y que los liberales

bobos aplaudieron desinteresadamente como llovida del cielo.

Nadie podía cultivar tan bien ni tan barato como las manos muertas.

Las manos muertas habían convertido en feracísimas vegas los sedientos páramos.

Las manos muertas no eran codiciosas, se contentaban con una renta módica, y tampoco tenían prisa por cobrarla: en los años de mala cosecha la perdonaban, y aun si era preciso devolvían parte de la del año anterior para que los cultivadores siguieran viviendo y sembrando.

Las manos muertas no cultivaban más que lo preciso y destinaban la mayor parte del terreno para arboledas y pastos; los pastos las daban abono, y las arboledas las daban lluvia oportuna.

Pero las *manos vivas* que han sustituido á las manos muertas, el liberal desarrapado que se enriqueció con bienes de iglesias, el marqués de cartulina ó de papel de estraza que sustituyó al monasterio, todos estos que á falta de caridad tenían codicia, quisieron cultivarlo todo para ganar más, descuajaron las arboledas, roturaron los pastos, subieron las rentas, y cuando discurrían donde hacer nuevos trojes para encerrar tanta abundancia, resultó que la cosecha era menor que antes, que los colonos no podían pagar la renta, ó no podían sembrar y abandonaban la finca.

Por otra parte, los propietarios en pequeño, que no podían ser víctimas de la codicia de los piojos resucitados, lo fueron de la codicia de los gobiernos liberales; se les fueron subiendo las contribuciones hasta lo fabuloso, y no se les auxilió con nada.

¡Y después de todo esto viene el ministerio de Fomento excitando á las provincias á crear granjas-modelos ó escuelas prácticas de agricultura!

¡Bah!

No sé si te acuerdas, amigo Pepe, de la reseña por menudo que hice el año pasado, en Setiembre, de la casi única granja-modelo provincial, que con grandes condiciones de vida y de prosperidad se ha establecido en España.

El resumen era este.

Se habían amortizado un sinnúmero de fanegas de tierra de primera calidad, en lo mejor de la llanada de Alava; se había construído un edificio soberbio; se habían gastado muchos miles de duros en simientes, en árboles, en animales raros, y lejos de recoger por todo ello la provincia ganancia ninguna, sigue teniendo que pagar una respetable subvención anual para sostener el establecimiento, que por más señas lleva trazas de terminar como las pirámides, en punta.

¿Te parece que á esto se puede llamar con verdad escuela de agricultura?

¡Donosa y particular escuela que sirve para enseñar á los labradores á obtener de la tierra por fruto de sus sudores la tercera parte ó la mitad á lo sumo del gasto material de cultivarla!

Desengáñate, amigo Pepe, y dile al ministro que se desengañe si lo tiene á bien.

Las mejores escuelas prácticas de agricultura, las únicas posibles, eran los conventos: á ellos hay que volver para que la agricultura prospere; porque todos esos remedios liberales, la imposición de periódicos técnicos á las corporaciones populares y la recomendación ó imposición de granjas-modelo ó cosas por el estilo, no sirven para nada, sino á lo sumo para perfeccionar el método de esquilarse á los labradores, pobres borregos, de cuya lana se viste todo el mundo.

NICOTINA LITERARIA.

Allá cuando á los fabricantes de cerillas fosfóricas les daba por la poesía, en términos que no era posible hallar una caja sin su correspondiente cuarteta, recordarán ustedes haber oído decir que aquellos honrados industriales expendían mejores fósforos que versos.

Algo así se puede decir ahora de la Compañía Arrendataria del Tabaco.

Y no precisamente porque expendá demasado buenos cigarros; sino porque aun cuando los cigarros de la Tabacalera sean bastante malos, todavía son los versos peores.

Naturalmente.

Como que el encargado especial de este ramo en la Compañía es el Director que ella eligió el año pasado *libremente*, por orden de Cánovas; es decir, el Vizconde de Campo Grande.

El cual..... ¡vaya que es terco el pobre señor!... después de haberle dicho con toda formalidad hace unos ocho años que no se vol-

viera á meter en versos, y después de haber pasado esos ocho años en buena obediencia, acaba de reincidir en su delito de injurias á la poesía, descolgándose en Gijón con un *himno* á Jovellanos, que ha sido la nota más *saliente*... vamos, quiero decir la más discordante, de las fiestas.

¡Pobre vizconde!

Y ¡pobre Jove-Llanos!

Aunque á éste, en parte, bien empleado le está. Porque bastantes pecados hizo para merecer el castigo de ser cantado por este otro *Jove* de menor cuantía.....

Por Jove y Hevia.

Me parece que le estoy viendo, como le vi efectivamente hace un mes, paseándose por los jardines del Buen Retiro y meditando ya sin duda en su atentado poético.

Y me parece que le estoy oyendo, después de meditar un rato sobre las proyectadas fiestas de Gijón, me parece que le estoy oyendo prorrumpir en este pareado, malo como suyo:

«No hay función sin tarasca...

Y allá voy yo con mi chistera blanca.»

Y fué, no sólo con la chistera blanca, sino con un himno muy cursi á Jovellanos, que ni siquiera tuvo el mérito de la sorpresa (como el discurso del Alcalde de Gijón), porque el vizconde había cuidado de que le anunciaran todos los periódicos.

Anuncio ante el cual, con la fama de *poeta* que tiene el vizconde desde que en los *Ripios Aristocráticos* apareció comentado aquel soneto del *ayer... ayer... ayer...* y del *hoy... hoy... hoy*, todo el mundo se echó á temblar... de risa.

Y excusado es decir que el *himno* hizo á todo el mundo seguir temblando.

¡Cuidado con el *himno!*.....

Tiene un coro y tres estrofas.

Lo suficiente para probar que si don Plácido dirige muy mal la Tabacalera, no dirige mejor la inspiración; si es que puede llamarse inspiración á un erupción de pedantería.

El coro dice:

«Honor al severo
Patricio eminente,
Al sabio, al *virtuoso*...»

¡Vizconde, vizconde! Modérese usted y repare usted que *virtuoso* tiene cuatro sílabas, *vir-tu-o-so*; y que reducido á tres para hacerle encajar en el verso, como usted quiere, apenas puede pronunciarse.

¿Por qué no puso usted otro adjetivo cualquiera, que no tuviese más que tres sílabas?

Sobre elegirlos á capricho.....

Lo mismo que le llama usted *sabio* y *virtuoso*, pudo usted haberle llamado *coloso* ó *chistoso*, aunque ninguna de estas cosas fué, ó *soso* ó *resoso*, porque lo fué muchísimo, ó

chismoso, que no sé si lo sería, ni me importa.

Pero dejemos el coro y vamos á las tres estrofas, que parecen tres cajetillas de picado de diferentes precios, aunque todas malas.

La primera dice:

«La virtud y el amor *le mecieron*
En amante regazo *materno*.....»

¡Hombre! La virtud bueno que tenga regazo materno, pero el amor... ¿no ve usted que es macho? ¿Cómo ha de ser *materno* el regazo del amor? Sería paterno, si acaso. ¿Y cómo han de tener el amor y la virtud sólo un *regazo materno* entre ambos?

Y luego *mecieron* y *materno* son asonantes, aunque no lo debieran ser.

Bueno. A ver qué más.

«La virtud y el amor *le mecieron*
En su amante regazo *materno*:
En el fondo del nido paterno...»

¡Es claro! Para concertar con *materno*... pues... *paterno*.

«En el fondo del nido *paterno*
Del honor el ejemplo encontró.»

Pero ¡qué ha de ser paterno el nido, hombre, qué ha de ser paterno!

Es consonante, eso sí, consonante de materno. Lo demás, ha de saber usted, señor Viz-

conde, que hay muy pocos padres que hagan nidos. En la mayor parte de las especies los hace exclusivamente la madre, y sólo en unas pocas los hacen á medias.

Verdad es que, como el personaje de *la carreta verde* habla de la «casa paterna de su tío», también puede usted hablar del *nido paterno de la madre*.

Si hubiera usted hablado sencillamente del «hogar paterno», evitaba usted esa impropiedad, y además la imagen ridícula del nido, que ahí no pega.

Ni sirve para otra cosa que para recordar el nido de que usted acaba de caerse.

Y luego lo de *encontrar* el honor en *el fondo del nido* como si se tratara de una moneda de dos reales...

Siga usted:

«Cuando un Genio en la tierra aparece,
Es un faro que enciende la madre:
Mucho puede el ejemplo de un padre,
Mas al Genio la madre inspiró.»

¡Dale con el genio!

En primer lugar, Jovellanos no fué un genio, sino un progresista, lo cual no es lo mismo, ni con mucho.

Y luego eso de comparar á un genio con una candileja...

¡Ya, ya! ¡Está bueno!

Como lo de venírse nos diciendo que,

«mucho puede el ejemplo de un padre»,

verso que, sobre no ser poesía, sino pura prosa, no es verdad tampoco.

O por lo menos usted procura que no lo sea.

Porque si hubiera podido mucho en usted el ejemplo de su padre, que seguramente sería una persona formal, ni usaría usted chistera blanca, ni lira, ni laud, ni rabel, ni ningún otro instrumento poético. Es decir, que se guardaría usted mucho de meterse á hacer versos, ni menos á dirigir Compañías Arrendatarias de Tabaco, cuando apenas sirve usted para estanquero... aéreo.

La segunda estrofa parece la filiación de un quinto, por lo concisa y aprovechada. Empieza así:

«Escolar distinguido en Henares...»

¡Hombre! ¿En Henares? Henares es un río, y no es de creer que Jovellanos fuera escolar en el río. A no ser que anduviera aprendiendo á pescador...

Es posible que fuera Jovellanos escolar en Alcalá de Henares, aunque lo mismo pudo haberlo sido en Espinosa ó en cualquier otro pueblecillo de los que el río baña. Pero *Alcalá* no cupo en el verso, y *velay*.

¿Le parece á usted, señor Vizconde, que de

un vecino de Aranda se puede decir que reside en Duero?...

Poder... ustedes los malos versistas lo pueden todo; pero nadie se entera por esas señas de si la persona aludida reside en Aranda de Duero, ó en Tudela de Duero, ó en Villanueva de Duero... ó en algún otro pueblo de los que llevan el mismo apellido.

Y dice la estrofa:

«Escolar distinguido en Henares,
De Sevilla juez recto y *amado*
Consejero y Ministro *admirado...*»

Y consonante... después de *amado*, *admirado*.

¿Quién le habrá dicho á usted, señor Vizconde, que esto es poesía, ni siquiera administración, ni nada?

¿Y para qué se mete usted en lo que no entiende?

¡Cacipleruco!

Vaya; quédese usted con Dios, señor vizconde.

Y dé expresiones al Alcalde y al *Musel*, encargándoles que cuiden de que no se les vuelva á subir á la cabeza el espíritu... del entusiasmo.

PROTESTA.

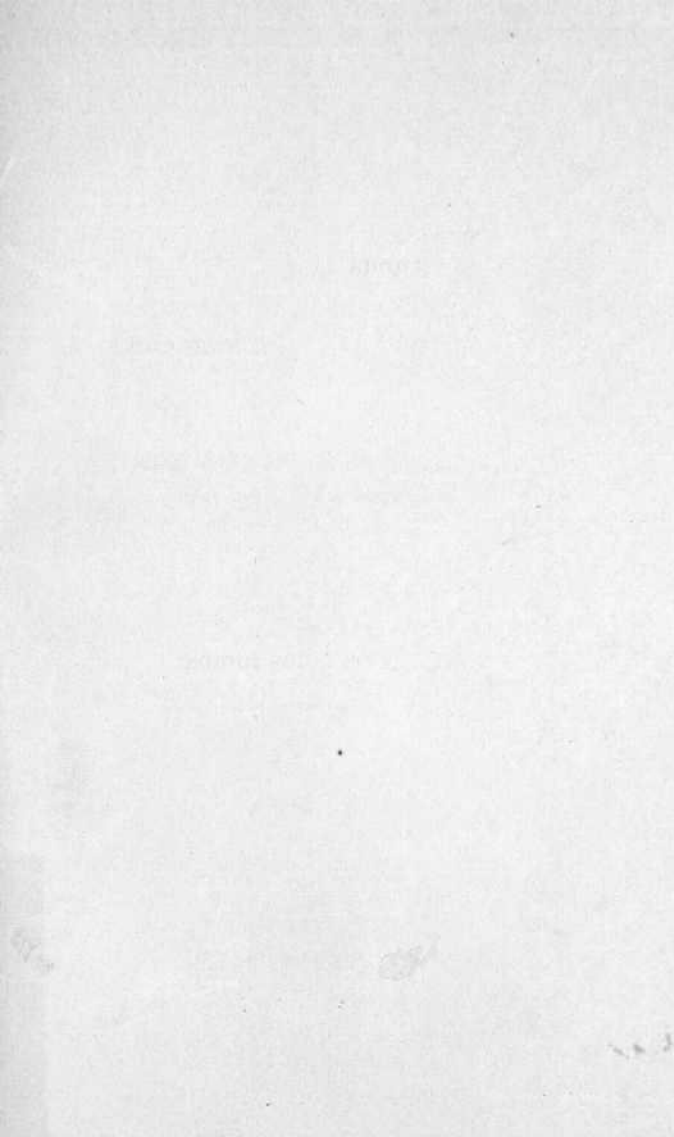
Si alguna cosa apareciere en este libro contraria á la fe católica ó á las buenas costumbres, téngase por no escrita.

EL AUTOR.

ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
Las oficinas.....	5
Cinco días en globo.....	17
Robo con fractura.....	27
Sobre unos folletines.....	57
El último mono.....	69
Lo de la Cibeles.....	75
Santiago de Villanófar.....	87
Sobre libros.....	95
Las exposiciones.....	117
Una corporación... modelo.....	125
Congreso liter... ¿qué?.....	131
De espera.....	141
Pepita Jiménez.....	149
Don Gonzalo González de la Gonzalera.	163
El Niño de la Bola.....	181
Amaya.....	199
De fuera vendrá.....	211
¡Cómo se escribe!.....	219
Agriculturas liberales.....	239
Nicotina literaria.....	247

Se acabó de imprimir este libro
en Madrid, en casa
del Sucesor de
J. Cruzado, el
21 de Junio
de 1893.



OBRAS DE D. ANTONIO DE VALBUENA.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

	PTAS. CS.
RIPIOS ARISTOCRÁTICOS (quinta edición) un tomo en 8. ^o	3 »
RIPIOS ACADÉMICOS (segunda edición) un tomo en 8. ^o	3 »
RIPIOS VULGARES (segunda edición) un tomo en 8. ^o	3 »
FE DE ERRATAS DEL DICCIONARIO DE LA ACADEMIA (tercera edición) tres tomos en 8. ^o	9 »
CAPULLOS DE NOVELA, un tomo en 8. ^o	3 »
PEDRO BLOT, versión de Paul Feval (segunda edición) un tomo en 8. ^o	3 »
HISTORIA DEL CORAZÓN, idilio (tercera edición de gran lujo, con ilustraciones en cada página en varios colores).....	3 50
AGRIDULCES (POLÍTICOS Y LITERARIOS), dos tomos en 8. ^o	6 »

(Los pedidos á la Administración: Mendizábal, 10, Madrid.)

EN PRENSA.

RIPIOS ULTRAMARINOS.
AGUA TURBIA, novela.

EN PREPARACIÓN.

VIDA DEL BEATO JUAN DE PRADO.
LOS CAZADORES DE DOTES, novela.
RATONCITO NOSEMÁS, novela.
DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA.

ILBUENA,

AGRIDULCES.

2.ª FORMA.

PRECIO:

3 PESETAS

en rústica.

3.50

Encuadernado

en tela.

G-132293